



El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos «chots», y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

# **La hermandad de la Kopcha**

**Por tierras del Profeta I - 15**

ePub r1.2

Titivillus 01.05.16

Título original: *Die Bruderschaft der Koptscha*

Karl May, 1896

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# LA HERMANDAD DE LA KOPCHA

## Resumen de los episodios anteriores

El autor, llamado Kara Ben Nemsí (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido con su fiel criado Halef Omar, desde el desierto del Sur de Argelia hasta Turquía, entre constantes y peligrosas aventuras. En unión de Omar Ben Sadek, guía árabe, y de Osco, comerciante de Montenegro, han salido Kara Ben Nemsí y Halef desde Andrinópolis en persecución de Manach el Barcha, Barud el Amasat y otros criminales, que forman la hermandad llamada de la Kopcha<sup>[1]</sup>. Los bandoleros se han dirigido hacia las fragosidades de los Balkanes, donde se encuentra su jefe el Chut o el Amarillo. En la persecución se adelanta solo el autor, que llega a una posada de aldea, donde tiene que intervenir para evitar que el posadero azote a una criada; con tal motivo surge una disputa, y Kara Ben Nemsí da unos latigazos al posadero. Éste, después de intentar en vano defenderse a tiros, desaparece para ir en busca del «kiaya» o alcalde del pueblo, y acusar al autor de asesinato frustrado.

# CAPÍTULO 1

## La cartera robada

El mesonero, después de navegar por el mar de estiércol y por el fangal, cruzó el portalón, mientras yo me encaminaba a la puerta por donde había visto desaparecer a la criada, y me hallé con una trastera llena de instrumentos de labranza y otros útiles fuera de uso. Sobre un montón de paja sollozaba la muchacha, encogida de dolor y de vergüenza. Iba a dirigirle algunas palabras de consuelo, cuando sentí que me agarraba por detrás la esposa del mesonero, empeñada en sacarme de aquel antro de tristeza, por temer acaso las revelaciones que pudiera hacerme aquella pobre víctima de la crueldad humana.

—¿Qué buscas aquí? Sal enseguida.

—¡Tú sí que vas a salir! —contesté en el tono más duro de que era capaz.

La mujer retrocedió asustada, exclamando:

—¡Es un ogro este hombre!

—Ya puedes decirlo, porque yo he devorado mujeres y hombres rebeldes; pero tú no eres ningún bocado apetecible.

La mesonera se quedó tan espantada que se alejó, y yo, dirigiéndome a la pobre moza, le dije:

—Ya ves que deseo protegerte, pero necesito saber el motivo que tenía tu amo para castigarte con tanta dureza.

—Si te lo digo me maltratará más aún —contestó la infeliz, sollozando.

—Ya cuidaré yo de que no sea así. ¿Quién era el forastero con quien bromeaste?

—Era un señor de... de... no me acuerdo dónde, que pasó la noche aquí.

—¿Cómo se llama? ¿Qué oficio tiene?

—Madi Arnaud, y prometió volver.

¡Era el mismo nombre del extranjero de quien me había hablado Chimín!

—¿Por qué molestó tanto a tu amo la amabilidad de ese señor?

—No fue esto lo que le encolerizó, sino el hallazgo de una cartera.

—¿De quién era?

—Del forastero, se le había perdido y la buscaba con mucho afán. Yo, que la encontré en el dormitorio de mi amo, iba a entregársela a su dueño, cuando me sorprendió el amo y me encerró hasta que se hubo marchado el viajero, y al reprocharle yo que se quedara con lo que no era suyo, me ha hecho azotar.

—Entonces tu amo es un ladrón. ¿Qué encerraba la cartera?

—No pude verlo, porque el amo me la arrancó de las manos antes de abrirla.

—¿Sabes dónde la guarda?

—¡Ya lo creo! Se la dio a su mujer para que la ocultara en la leñera.

De pronto oí afuera una voz afeminada, que decía:

—¿Dónde está ese asesino?

Salí escapado al corral y me hallé ante un hombre delgado y seco como una sogá, tocado con una gorra de pelo enorme y calzado con gigantescas botas. Llevaba además unos calzones y un chaleco de color de sangre de toro y encima un *chiupeh* azul, de manga corta. Aquélla especie de caftán estaba hecho un puro andrajo, y tanto el calzón como el chaleco carecían de botones y estaban sujetos por un sencillo bramante. Cabalgaban en sus narices unos enormes espejuelos, con cristales incompletos, y llevaba en la mano un tintero de cuerno, una pluma de ave y unas hojas de papel de barba llenas de manchas de grasa.

—Ahí le tienes —respondió el mesonero señalándome con el dedo.

¿De modo que aquel hombre estrambótico era la suprema autoridad del pueblo? Su aspecto me hizo idéntica impresión que las insignias de su cargo. Al primer vistazo que le eché vi que la pluma de ave estaba abierta de puntas y que el tintero contenía un fango negro y seco como carbón.

—¿Conque eres tú el criminal? —me dijo con la actitud severa y digna que corresponde a un magistrado.

—No.

—Pues este así lo asegura.

—Para ser asesino hay que haber matado a alguien.

—Si no lo eres de hecho, lo eres por la intención y basta. Vamos todos a la sala, donde se te someterá a un severo interrogatorio. No cuente el criminal con eludir el fuego cruzado de un careo. Ea, colócadle en medio, y adentro.

—¡Alto ahí! —repliqué entonces—. Yo no necesito ni consiento alguaciles a mi lado. Aún no ha quedado probado quién es el asesino. Voy delante, solo y libre.

Una vez dentro de la sala volví a ocupar, junto a mi puchero de raki, el único asiento relativamente cómodo que había en la casa.

—¡Quítate de ahí! —me dijo el kiaya entonces—. Ése es mi sitio.

—¿No ves que está ya ocupado? Aquí estoy bien y no me muevo.

—¡Levántate! ¡Yo lo mando! —insistió la autoridad.

—No veo aquí nadie que merezca tal cortesía.

—Estoy yo, el kiaya del pueblo; y si no por las buenas, te sacaré de ahí por las malas.

—El que se atreva a tocarme al pelo de la ropa, puede darse por muerto —dije tendiendo el brazo armado con el revólver.

El kiaya dio un salto atrás que hubiera hecho honor a un gimnasta de profesión, y respondió:

—Ese hombre es realmente peligroso. Habrá que dejarle por ahora.

Y fue a sentarse al otro lado de la mesa, donde puso el tintero y el papel, y arrugando el ceño para darse importancia examinó con gran atención la pluma desdentada. El resultado del examen fue pedir un cuchillo.

El mesonero le trajo uno con el cual se hubiese podido cortar leña y el kiaya fue recortando la pluma como quien descorcha un roble y acabó por pedir agua. Llenó el tintero y revolvió con la pluma aquel negro amasijo, que tardó bastante en ablandarse, hasta conseguir que se formase una pasta.

Estos preliminares me divertían en extremo y alargándole mi puchero, le dije:

—¡Vaya un trabajo más pesado! Toma.

Y ocurrió lo que había supuesto, el kiaya cogió el puchero, diciendo:

—¿Qué es?

—Aguardiente de ciruelas.

—¿Es bueno?

—Exquisito.

El hombre metió las narices en la olla y se echó un trago.

—¿Quieres más?

—Si tienes con qué pagar...

—Yo convido.

—Pues manda que llenen el puchero y todos echarán un trago.

Lleno el puchero de aquel brebaje pasó de boca en boca. Al llegarme el turno, observó el kiaya muy juiciosamente:

—A ése no, que es el asesino.

La prohibición me satisfizo mucho, aunque noté que los mozos deseaban hacerme partícipe de aquel néctar divino. En efecto, pude convencerme de que la gente estaba de mi parte. El funcionario vació el puchero de un solo trago, se afirmó en la nariz las antiparras y dijo:

—Ea, ahora empieza el interrogatorio. Conque tú disparaste tu carabina contra el posadero, ¿no es así?

—He disparado contra su escopeta y no contra él.

—Eso da lo mismo; la cuestión es que has disparado y aquí da fin la sesión. No necesito escribir nada, paga el aguardiente y vente conmigo.

—¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás después. Ahora sólo te toca obedecer y callar.

—Está bien; pero ya que me prohíbes que pregunte, deseo que tú me preguntes a mí.

—Yo no necesito saber más; todo está ya dicho.

—Pues entonces no hay más que hablar y continuaré mi viaje enseguida.

—Eso no será. Estás preso.

—Mira, si quieres hacerme reír, discurre un chiste que valga la pena. ¡Estaría bueno que me cerraras el paso! Ni tú ni nadie me detiene.

El kiaya se esponjó y llevándose la mano al pecho, respondió:

—Yo te detengo.

—Pues pruébalo. En cuanto te coja entre mis manos caes al suelo como una caña partida, y si hay otro que intente ayudarte le meto un balazo en el cuerpo.

—¿Lo oís? —exclamó el kiaya—. No va a quedarnos más remedio que atarlo.

—No es preciso. Yo no pienso haceros daño, porque sé que sois incapaces de hacérmelo a mí. Además me has sometido a un interrogatorio sin enterarte siquiera de mi nombre, y eso tendrás que decírselo a tus superiores jerárquicos.

—Es verdad. ¿Quién eres y cómo te llamas?

—¿Ahora se te ocurre hacer preguntas?

—Si no te las he hecho antes fue por no aumentar tu desgraciada suerte, porque si sigo preguntando saldrán a relucir todos los demás crímenes que has cometido.

—Pues sigue indagando como es tu obligación. Pienso confesarte todos mis delitos, para que puedas lucir tus habilidades caligráficas, porque ¿supongo que sabrás escribir?

La pregunta pareció desconcertarle, pues al cabo de un rato de silencio, acabó por decir:

—Esta tinta está muy espesa y la pluma muy despuntada. Tendré que hacerla nueva. ¿Eres forastero, verdad?

—En efecto.

—¿Posees un *teskereh* de nueve piastras?

*Teskereh* llaman al pasaporte obligatorio para todo viajero, que debe ser visado en cada lugar de tránsito.

—Sí, lo llevo.

—Pues enseñámelo.

Le entregué el documento y en cuanto le echó la vista encima, exclamó:

—No ha sido visado ni una sola vez. ¿Cómo es eso?

—Porque es la primera vez que lo presento.

—Eres un vagabundo. Tu culpabilidad se agrava y tu castigo se duplica y multiplica por momentos...

—¿No sería mejor que indagaras la causa de que no haya presentado el *teskereh*?

—Dímela y saldré de dudas.

—Porque llevo otro papel más importante, que vas a ver ahora mismo.

Y le alargué el *budieruldu* o sea la carta de recomendación del bajá a todas las primeras autoridades del bajalato. El hombrecillo puso una cara muy atribulada.

—¿Qué es eso? —le dije—. ¿Así honras la firma de tus jefes supremos?

El kiaya hizo una profunda reverencia y balbució completamente estupefacto:

—¿Por qué no me enseñabas ese *budieruldu* antes de empezar el interrogatorio?

—Porque no me has dado tiempo. Veo que no recibes el sello con el respeto debido. Ponte en pie al instante y descálzate, que todavía vas a ver otro documento de más fuerza.

—¡Por Alá bendito! ¿Es acaso un *ferman*?

—¡Míralo!

Y extendí el documento ante sus aterrados ojos. El *ferman* es el pasaporte supremo, y entre una maraña de lazadas y rúbricas caligráficas menciona los títulos

del Padichá, el cual recomienda a las autoridades que reciban y atiendan al viajero con todo género de consideraciones, adelantándose a sus deseos y dándole las convenientes indicaciones respecto del precio a que debe pagar las caballerías, guías, escolta y demás, a fin de que no sea explotado.

El documento produjo la impresión apetecida, pues el kiaya, volviéndose a los que le rodeaban, exclamó:

—Inclinaos todos respetuosamente ante la dignidad, el sello y la firma del señor de los creyentes, de cuya boca fluyen verdad y bendiciones y cuyas órdenes han de cumplirse en todos los ámbitos de la tierra.

Las reverencias y saludos no tenían fin. Yo, entonces, me guardé en la cartera los tres pasaportes y pregunté al kiaya:

—¿Qué dirá el Padichá cuando le escriba que he sido insultado y tratado como un criminal en este pueblo?

—Ten compasión, *Hazreti*, sí te he faltado por ignorancia.

*Hazreti* significa Alteza. Me di por satisfecho con el tratamiento y adopté la actitud de un príncipe de la sangre, al contestarle:

—Por esta vez usaré de misericordia, aunque te has hecho reo de un grave delito, llamando asesino al que sólo venía a descubrir las iniquidades de un gran criminal. Acércate a esa leñera, quita o manda quitar esos troncos, y encontrarás algo que te dejará sorprendido.

El kiaya se apresuró a obedecerme; el posadero no podía disimular su temor y su mujer juzgó prudente escabullirse.

En efecto, el funcionario descubrió la cartera y me la entregó. Estaba vieja y desgastada, y vi que contenía un cuadernillo con un sinnúmero de apuntes, rimados y sin rimar, en lengua alemana.

El contenido del cuaderno no tenía valor alguno; acaso encontrara algo en los estuches. Lo primero que vi fue una cartulina en la cual había dibujadas dos manos enlazadas y la inscripción: «Ni la muerte puede separarnos»; un billete de tercera, taladrado, del ferrocarril de San Pedro a Nebresina; dos hojas de un diccionario; una hoja de encina dibujada con una rosa pintada y las palabras: «Tan bella eres tú»; un librito muy sobado con el título: «Cálculo exacto de todas las suertes del juego del *scat* con fondo de color o sin él»; una lista de precios de un almacén de vinos de Budapest, y, por último, una cosa satisfactoria: un billete de ocho *gulden* austriacos, envuelto en papel de seda.

Este billete era lo único que debió de tentar al mesonero, pues lo demás carecía de valor, a no ser para su dueño.

—¿De dónde has sacado este *chizdán*? —le pregunté.

—Es mío —contestó.

—¿Quién ha escrito estos apuntes?

—Yo.

—¿En qué lengua están escritos?

—En... en... en...

—En persa, ¿verdad?

—Justamente.

—Pues para desenmascararte basta que sepan éstos que está escrito en alemán. Ea, lee lo que dice esta línea.

El mesonero sudaba de angustia y no acertaba a deletrear lo escrito.

—¿Veis como no sabe leerlo siquiera? Este *chizdán* pertenece a un hombre que se llama Madi Arnaud, y yo cuidaré de que vuelva a sus manos. En cuanto a ti, ladrón y embustero, mereces un castigo ejemplar, del cual no te escaparás sino a condición de que confieses ahora mismo que te has apoderado de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Conque habla, ¿es tuya esta cartera?

Mucho le costaba contestar, y a no ser por el *ferman* habría negado en redondo; pero desde que había visto el documento me consideraba un gran personaje a quien debía temer, y así acabó por balbucir:

—No es mía, es de ese extranjero que dices.

—¿Sabes dónde se halla su dueño?

—Salió para Ismilán.

—Bueno, estás perdonado, y como penitencia te impongo la obligación de obsequiar a cada uno de los presentes con un puchero de tu aguardiente de ciruelas. Ya sabes que te espera el apaleo y muchos meses de cárcel; conque elige.

—Daré lo que dices —gruñó entre dientes.

Al oír esto el kiaya me cogió la mano con tal entusiasmo, que volcó el tintero, diciendo:

—Señor, tu bondad es grande, pero aun la supera tu sabiduría. Castigas al delincuente favoreciéndonos a todos, tu recuerdo será eterno entre nosotros.

—Pues entonces mostraos dignos de mis favores; bebed con ánimo y que el obsequio os sirva de alegría y de enmienda.

La criada maltratada seguía en la trastera. Fui en su busca y la hallé acurrucada sobre el montón de paja, tal como la había dejado. Le comuniqué la pública confesión de su amo, que acabó de sobresaltarla.

—¡Ay, señor, ahora sí que voy a pasarlo mal! ¡Pobre de mí!

—Tu amo ignora que haya sabido por ti lo de la cartera. Pero, dime, ¿por qué sigues sirviendo a un amo tan malo?

—Por fuerza, le pedí adelantadas treinta piastras de mi sueldo para mi pobre madre y eso me impide salir de su casa hasta que se haya cobrado el anticipo.

—Yo te daré el dinero para que se lo devuelvas; pero con la condición de que dejes su servicio.

—Así lo haré; pero no dejará que me vaya.

—Obedecerá en cuanto yo se lo mande.

—¡Señor, cómo agradecerte tantos beneficios!

—No hables de eso, te sacrificaste por auxiliar a tu madre y eso merece

recompensa. Sigue siendo buena hija y no te faltará la bendición de Alá.

Le entregué las treinta piastras y algo más, y su rostro se iluminó con una expresión bien distinta de la que tenía el del mesonero, a quien encontré en la entrada saliendo en busca de más aguardiente.

—Señor —me dijo malhumorado—, no veo la necesidad de obsequiar a toda esa gente a mi costa. Con darle aguardiente al kiaya bastaba.

—¿Te parece así? Pues has de saber que ninguno de vosotros vale un triste para, y tu aguardiente menos aún que vosotros. Haciéndooslo beber os impongo un castigo y me complazco al pensar en sus efectos; pero todavía tengo que hablar contigo unas palabras respecto de tu criada, que va a despedirse de esta casa acto continuo.

—Es imposible, tiene el sueldo adelantado.

—Te pagará lo que te debe.

—¿Le has dado con qué?

—Sí.

—Pues que se vaya enhoramala. Ni quiero verla más, por su culpa me veo en este trance.

—Pues díselo delante de todos.

—No hay necesidad.

—Es que yo lo exijo, porque no me fío de tu palabra; y te advierto que no saldré de aquí antes que ella.

—Ya te he dicho que puede marcharse. ¿Me crees un embustero?

—Sí, y además ladrón y déspota.

—¡Si me lo dijera otro! Pero de ti tengo que aguantarlo. Espero que después de las pérdidas que sufro por tu causa, siquiera me pagarás la escopeta que me has estropeado.

—¿Es posible que pienses tal cosa? ¿Eres musulme?

—Soy armenio cristiano.

—Pues mayor vergüenza para ti, por haber robado a uno de tus hermanos. Eso agrava tu delito. Los cristianos, que debierais ser para los mahometanos espejo de todas las virtudes, sois en realidad dechado de todos los vicios. Pero no quiero sermonearte, pues sería predicar en desierto. Ten entendido que no me sacarás un cuarto por el aguardiente ni por la escopeta, y sólo te daré cinco piastras por el pienso de mi caballo. Aquí las tienes, y en paz.

El hombre las tomó y se alejó rechinando los dientes. Yo me senté en el poyo de la puerta esperando la salida de la criada, que no tardó en presentarse con su hatillo bajo el brazo. Me dijo que había dado a su amo el dinero que le debía, que estaba despedida, y se marchó llenándome de bendiciones y muestras de agradecimiento.

Detrás de ella abandoné el mesón que pudo serme tan funesto. Nadie se dio cuenta de mi ausencia, pues estaban todos entregados en cuerpo y alma al repugnante raki. Mientras me despedía a la francesa, me recreaba pensando que probablemente el espíritu del nefando brebaje realizaría mis propósitos. Una paliza general entre todos

los bebedores y el mesonero no les sentaría mal a aquellos pícaros redomados.

En Topoklú me alojé en otro *jan*, cuyo dueño era turco y donde reinaban la limpieza y el aseo y se servía un exquisito café, por lo cual resolví aguardar allí a mis compañeros, tanto más cuanto que me encontraba ya a orillas del camino de Stayanova.

Yo contaba con que pasarían por Topoklú al caer la noche; pero era aún media tarde cuando aparecieron. Pagué el gasto que había hecho y les salí al encuentro. Todos se admiraron al verme, pues sabían que mi propósito era llegar hasta Palatza. Cuando les referí los episodios de mi viaje, lamentó Halef no haber estado presente.

Ellos, en cambio, habían pasado la noche al raso y habían reanudado el viaje al romper el día, así es que tanto los jinetes como los caballos estaban muy necesitados de reposo. Hasta Ismilán contaban con poder resistir; pero allí había que hacer una parada larga para reponerse.

## CAPÍTULO 2

### Un amigo antiguo

**A**l llegar a Ismilán preguntamos por el café del armero Deselim, y averiguamos que no se limitaba el establecimiento a servir la aromática bebida, sino que además era un *jan* y alojaba a gran número de viajeros. Nos hospedamos en la misma casa del hombre que había muerto en contienda con nosotros, la cual por esta razón encerraba para mí y mis compañeros no pocos peligros; pero como el suceso no era conocido aún y como el armero era cuñado del chut, sospechaba yo que en el mesón se habrían cobijado los fugitivos y averiguaríamos muchas cosas cuyo conocimiento podía sernos precioso.

La casa estaba situada, como se nos había dicho, en una calleja y la rodeaba un corral espacioso, con graneros y cuadras y un edificio bajo en que se hospedaban los viajeros. El edificio tenía dormitorios muy chicos con lechos muy primitivos, y cada huésped estaba obligado a llevar las mantas, cobertores y demás ropa.

Al apearnos se nos acercó un hombre mal encarado, preguntándonos si pensábamos alojarnos en la posada, y al contestarle afirmativamente, observó de mala gana:

—Entonces tendréis que contentaros con dormir en el corral, porque todas las habitaciones están ya ocupadas y no hay otro sitio disponible.

—¿Ni llevando esto? —repliqué enseñándola la *kopcha* a fin de ver el efecto que causaba el distintivo.

—¡Ah! ¿Sois de la hermandad? —contestó—. Entonces la cosa varía mucho, pues se hace sitio aunque no lo haya; pero habréis de dormir de dos en dos, pues sólo podré ofrecerlos dos cuartos.

Aceptamos gustosos el ofrecimiento y le seguimos al corral para atender a nuestras caballerías. Mientras las acomodábamos, creí oír un canto extraño, pero no le di importancia. Luego nos condujeron al salón del café, donde nos dieron la grata nueva de que, por casualidad, podían servirnos un pilan con pollo, recién hecho, que fue muy bien recibido.

Además de nosotros no había nadie en el local, y el mozo que nos servía parecía tener pocas ganas de hablar. De modo que cenamos en el mayor silencio y sin que nadie nos molestara; pero luego se nos acercó el taciturno para indicarnos cuáles eran nuestros dormitorios, diciendo:

—Lleváis la *kopcha* y convendría que nos comunicáramos; pero ahora no tengo tiempo, porque tenemos hoy sesión musical en el jardín.

—¿Quién es el que la da? —le pregunté.

—Un cantante extranjero que acaba de llegar.

—¿Le habéis contratado?

—No. Ha venido a pasar la noche. Se ha sentado en el jardín, ha empezado a cantar y todos los parroquianos se han ido a oírle. Canta que se las pela y todos le escuchan devotamente, con lo cual nos obliga a llevar a la gente el *tabak* y el café al aire libre. Estamos reventados de tanto ir y venir.

—¿Sabes de dónde es él cantante y cómo se llama?

—Es de un país lejano que llaman Austria, y usa un nombre muy extraño, Madi Arnaud. Si no estáis muy cansados podéis ir también y oírle un rato, pero os advierto que no entenderéis una palabra de lo que canta, porque son cosas de su tierra. No obstante, suenan muy bien, de manera que da gusto oírle. Le hemos prestado la cítara de la señorita y con ella imita las voces de todos los pájaros.

Hablando así habíamos atravesado el corral y entrado en la hospedería cuya puerta daba directamente a los dormitorios. El hombre había echado en los rincones unas brazadas de paja fresca, sobre la cual había extendido una manta, atención extraordinaria que debíamos a la famosa kopcha.

Omar y Osco se acomodaron en un dormitorio y Halef y yo en el otro. Nuestro guía se alejó con los primeros, encargados de traer nuestro escaso equipaje.

Mientras el pequeño *hachi* y yo arreglábamos nuestro lecho, oímos los acordes de una cítara. Nuestro dormitorio tenía enfrente de la puerta una ventana solamente cerrada por un postigo. Nos daba la luz necesaria un puchero lleno de sebo con una mecha encendida.

Escuchamos al cantante y oímos una introducción de ocho compases y con gran asombro mío una copla regional alemana. Agucé el oído, porque aquella voz no me era desconocida. ¿Sería posible? Halef, que escuchaba con la misma atención, acabó por decirme:

—*Sidi*, ¿sabes quién es el que canta?

—Tú dirás.

—El hombre de Chiddah, el que estaba con Malek, el jeque de Aleibeh y con Hanneh su hija y mi esposa, la perla de las mujeres. Entonces llevaba un sable muy largo y unas cosas altas y tiesas como dogales que llamáis cuellos postizos.

—Tienes razón, a juzgar por la voz es el mismo.

Halef, a quien entusiasmaba el canto, acabó por decir:

—Me voy al jardín; necesito convencerme de que es el hombre que conocí en la tienda de Hanneh.

—Pues vamos los dos.

Por un postigo inmediato, pasamos al jardín, en cuyo centro había una especie de plazoleta formada con césped. Allí ardían unas cuantas lámparas de sebo, que arrojaban sus vacilantes llamas sobre un grupo de oyentes. Éstos formaban un semicírculo alrededor de Martín Albani, nuestro conocido de Chiddah. Al vernos entrar nos miró de soslayo y continuó cantando, sin hacer caso de nosotros.

Seguí andando hasta colocarme detrás del cantante, deseoso de darle una

sorpresa, correspondiendo así a la que su presencia nos había procurado a nosotros. Sin saber que yo estaba detrás de él, entonó la copla siguiente:

*Cuando allá arriba en el monte  
canta la perdiz en celo,  
le doy un beso a mi niña  
y suena más fuerte el beso.*

Vi que cantaba en tono de fa sostenido. De pronto le quité la cítara de las manos, y seguí yo en el mismo tono:

*La mocita es muy hermosa  
de los pies a la cabeza;  
pero en la garganta tiene  
unos bultos de paperas.*

El austríaco se puso en pie de un salto, se quedó mirándome como quien ve visiones y acabó por balbucir:

—¿Es usted alemán?

—Bien hallado, señor Albani —le contesté.

—¿Pero usted me conoce? ¡Milagro sobre milagro!

—¿Y usted no me conoce a mí? ¿Vamos a emprender otra carrera en camello, a ver si así hace memoria de quién soy?

—¡Ya caigo! Sólo una vez en mi vida arriesgué la cabeza montando en un dromedario... ¡Truenos y rayos! ¡Es usted, usted, usted! Dan ganas de hacer una barbaridad por el gusto de volver a verle. ¿Qué demontres le trae a usted a esta endiablada tierra?

—Vengo en su busca.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

—¿Cómo ha sabido usted que estaba en Ismilán?

—Incluso sé que viene usted de Chirmen y se dirige a Menlik.

—En efecto, así es, ¿quién se lo ha dicho?

—El primero que me habló de usted fue el herrero Chimín, de Kochikavak.

—En efecto, estuve en su casa.

—Es decir, supuse que sería usted, pues sólo me habló de un *türki chaghy rychy*, a quien había dado hospedaje.

—¿*Türki cha-chi-cho-chu*? ¡Qué palabra más enrevesada! ¿Qué significa?

—Cantante.

—¡Ya! El diablo solamente puede pronunciar esta lengua. Yo no acabaría de aprenderla nunca.

—¡Y eso que viaja usted por el país!

—Sé lo bastante para darme a comprender, y cuando me faltan las palabras las sustituyo por señas y pantomimas. La mueca es un lenguaje universal, que todo el mundo entiende. Pero siéntese y cuénteme lo que ha sido de usted en todo este tiempo.

—Primeramente vuelva usted la cara, pues hay quien desea saludarle hace rato.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¡Pues no está aquí el señor Hachi Ha-Hi-Ho... el de los nombres largos y repetidos!

Halef, al observar que se hablaba de su persona, dijo con la gravedad de un maestro de ceremonias:

—Hachi Halef Omar Ben Hachi Abul Habbás Ibn Hachi Davud el Gossarah.

—Enterado, enterado. Esa retahíla de hachís no me cabe en la cabeza; permita que le llame por su sencillo nombre Halef. Conque, buenas noches, señor Halef —y tendió presurosamente la mano, que Halef estrechó sin entender una sola palabra.

—Recuerde usted que mi buen *hachi* no conoce el alemán.

—Entonces ¿qué habla?

—Árabe y turco.

—Precisamente en lo que estoy yo más débil. Bueno, ya sabré darme a entender, pero basta ya de cantos y hablemos como Dios manda.

Al observar los circunstantes que a causa del inesperado encuentro se les acababa la música, pusieron cara de pocos amigos; pero el triestino, renunciando al placer de verse admirado por ellos, se volvió a mí diciendo:

—Cuénteme usted sus aventuras.

—Empiece usted por las suyas.

—Yo he pasado de todo, bueno y malo. A épocas de suerte han sucedido otras de escasez y miseria. Ahora soy socio de mi socio y vengo a ver qué negocios se pueden hacer en estas tierras.

—¿Adónde se dirige usted?

—A la feria de Menlik.

—Pues iremos juntos.

—Que me place.

—Es decir siempre que disponga usted de buen caballo, porque yo llevo prisa.

—Tocante a eso, puede usted estar tranquilo; no creo que sea óbice para hacer el viaje juntos.

—Espero que será usted mejor jinete a caballo que en camello.

—No se preocupe, monto como un indio, como un artista.

—¿Tiene usted acaso caballo propio?

—Eso no.

—¿Alquilado?

—Voy con una recua de tres mulos, uno para mí, otro para las mercancías y otro en que va el dueño de las caballerías.

—¿Cuánto le llevan a usted?

—Sólo me cobran las dos que utilizo a diez piastras diarias por cabeza.

—Es el precio acostumbrado para la gente forastera que ignora la tarifa y puede ser explotada.

—¿Entonces pago de más?

—A uno del país sólo le llevarían la mitad.

—¡Ah, pillete! Desde ahora no verá más que cinco piastras por cabeza.

—No se precipite usted. ¿Qué clase de pasaporte lleva?

—Un *teskereh*.

—¿Sin más carta de recomendación para las autoridades? Entonces le aconsejo que no haga valer sus derechos con excesiva energía. ¿Dónde alquiló usted la recua?

—En Mastanly.

—Pues continúe pagando el precio convenido hasta el próximo relevo. Con el nuevo arriero ya ajustaré yo el trato.

—Se lo agradeceré muchísimo. ¿Cuánto hay de aquí a Menlik?

—Unas veinticinco *aghach* turcas, o sea quince millas inglesas en línea recta.

—Tres jornadas, como si dijéramos; pero como no volamos serán más.

—Yo me comprometería a hacer el trayecto en mi potro en dos días. Los mulos suelen ser malos andarines, ¿qué tal se portan los suyos?

—Hasta ahora vamos bien.

Dijo esto en un tono tan vacilante, que supuse que disfrazaba un poco su pensamiento por no verse privado de nuestra compañía.

—Oiga usted, Albani, me temo que tenga usted la costumbre de no ser muy exacto en sus afirmaciones. ¿Acierto?

—¡Ca, no lo crea usted!

—¿Es posible que esos mulos, y por añadidura de alquiler, sean tan buenos como usted afirma?

—Hablando con franqueza, el mío tiene alguna maña que otra, por ejemplo, la de sostenerse en las patas delanteras mientras con las de atrás hace todo género de dibujos en el aire. Al de carga, en cambio, le da por hacer de las suyas, bien sea parándose en medio del camino a contemplar el paisaje con gran inteligencia, bien echándose en las charcas más inmundas y fangosas a resolver arduos problemas. Pero esas paradas las compensa él muy pronto, pues si se le mete en la cabeza que el movimiento es higiénico y conveniente a la salud, no hay tren expreso que pueda competir con él. Y el muy tuno relincha de gozo al ver nuestras idas y venidas para recoger lo que él suelta en su carrera desenfrenada. Ya dice el refrán que cada animalito tiene su gustito, y yo tengo la suficiente humanidad para no estorbarlo.

—¡Pues diga usted que son un encanto esas caballerías! Sólo que yo opino que el único gustito que ha de concedérseles es que obedezcan al amo.

—Vamos, no sea usted tan severo. En los hombres como en los animales, respira siempre el espíritu de oposición. Por lo demás, le aseguro que mis mulos no tienen más defectos que esos.

—Al parecer el guía escogió el mejor para su uso particular.

—Así lo creo yo también; pero es natural; la caridad empieza por uno mismo.

—¡Hermosas máximas, en verdad! Según ellas, debiera usted empezar por tenerla consigo mismo. Dudo cómo van a salvar esos animales los malos pasos que nos esperan. Desde Menlik, ¿adónde irá usted?

—No lo he decidido aún; o me dirigiré al Sur, hacia Salónica, o bien al Oeste, hacia el Adriático, donde me embarcaré para Trieste.

—Yo le aconsejaría la primera ruta.

—¿Por qué?

—Porque es menos peligrosa.

—¿Tan mal concepto tiene usted de la gente?

—No es eso; pero los moradores de las comarcas que se encuentran entre aquí y el Adria tienen unas costumbres muy particulares, son partidarios de la comunidad de bienes, siempre que éstos sean de otro, y luego se divierten en juegos de tiro con fusiles y navajas, para lo cual suelen tomar por blanco a un ser humano cualquiera.

—Sí que serán molestos para el viajero.

—Usted lleva mercancías y acaso dinero, cosas que les son apetecibles en extremo, y podría ocurrir que tuviera usted que prestarles a perpetuidad lo que lleva o bien que en vez de embarcarse se encontrara con que le han matado o le han despeñado por algún precipicio con la mayor tranquilidad del mundo.

—Gracias por el aviso. No me había figurado tan seria la cosa. Hasta hoy no me he visto en ningún lance desagradable, fuera de que me vaciaran un molde, y no en bronce, en Adsachaly, y de que me limpiaran la cartera. Esto último lo he atribuido más bien a mi propia negligencia que a la maldad de los habitantes.

—Pues acháquelo a la maldad y acertará.

—Si pierdo un objeto por descuido, ¿quién va a tener la culpa?

—En efecto, si lo pierde usted, nadie.

—Entonces ¿supone usted que me la robaron?

—Es probable, pues de lo contrario se la habría devuelto el que la encontrara.

—¿Cómo iba a conocerme? Además, ni siquiera recuerdo dónde la perdí.

—Desearía que la pérdida no hubiera sido importante.

—No, sólo había en ella un billete austríaco de ochenta florines. Lo que más sentí fue la pérdida de unos papeles que tenía en gran estima.

—¿Qué clase de documentos eran?

—¡Oh! Nada interesantes para un extraño.

—Siempre interesa la declaración: «Ni la muerte puede separarnos».

—¿Qué dice usted?

—Y esta otra: «Tan bella eres tú».

—La verdad es que no le entiendo.

—También resulta interesante «el cálculo exacto de los diversos juegos del *scat*».

—¡Pero usted conoce todo el contenido de mi cartera!

—En efecto.

—¿Cómo puede ser?

—Tuve el gusto de hablar de usted con una señorita joven y guapa.

—¿Joven y guapa? ¿Dónde está ese fenómeno?

—Me parece que sabe usted averiguar dónde paran las mujeres jóvenes y bonitas.

—En efecto.

—Pues que viaja usted en busca de una novia.

—Ahora caigo; usted se refiere sin duda a la sirvienta de la posada de la leche agria...

—¿También la vio usted revolviendo la cubeta?

—Eso es lo que hace desde la mañana hasta por la noche... Debe de ser su pasión favorita.

—Cada cual tiene las suyas. También el mesonero la tiene buena.

—La de ser un grosero, ¿verdad?

—No, la de quedarse con lo que encuentra.

—¿Lo ha experimentado usted?

Entonces saqué la cartera y se la di. El hombre exclamó, asombrado:

—¡Es la mía! ¿La tenía el mesonero?

—Sí, cuando todavía estaba usted en su casa.

—¡Qué granuja! ¿Cómo es que se la entregó a usted?

—A la fuerza ahorcan. La moza del mesón me reveló que su amo la tenía escondida.

Y le conté el episodio con todos sus pormenores. Albani se apresuró a registrar la cartera por ver si faltaba algo y me dijo:

—Por causa mía ha arriesgado usted el pellejo. Le estoy profundamente agradecido.

—Está usted equivocado. Lo hice solamente para defender a la infeliz azotada, pues entonces ignoraba que hubiera usted estado en el mesón.

—¡Pobre muchacha! ¡Y yo que la busqué por todos los rincones de la casa sin poder dar con ella!

—Deseaba usted despedirse, ¿verdad?

—Claro que sí, y eso que no soy amigo de despedidas ni escenas sentimentales. ¿No le chocó a usted ver en el cuadernillo letra alemana?

—Sí que me sorprendió. Pero hablemos de otra cosa. Necesito salir de aquí mañana a primera hora y por eso voy a aprovechar el tiempo en echar un buen sueño.

—¿Dormir ahora? No lo consiento, es preciso que me refiera usted todas sus aventuras.

—Son muy largas de contar. Además, ya que hacemos juntos el viaje nos queda

tiempo sobrado para hablar de todo.

—¿Dónde tiene usted el dormitorio?

—Pasado el portón la primera puerta.

—El mío está en la tercera.

—Entonces somos vecinos, porque dos de mis compañeros duermen pared por medio. Ea, buenas noches, y descansar.

—Buenas noches.

Pasé con Halef a la cuadra a echar el último vistazo a los caballos, que estaban perfectamente atendidos. Antes de alejarme dije al oído de Rih el sura acostumbrado y al atravesar el corral topamos de nuevo con el mal encarado que nos había recibido, y nos dijo:

—Señor, ya se fueron todos los parroquianos en cuanto cesó el canto. Ahora puedo dedicarte un rato. ¿Quieres seguirme?

—Con mucho gusto, mi amigo vendrá también.

—Como posee la kopcha, no hay inconveniente.

Nos condujo al edificio principal, y entramos en una habitación pequeña donde nos acomodamos en los cojines dispuestos alrededor de las paredes. Nos sirvieron café en diminutos *fiḡans* y pipas de exquisito trabajo. Todos estos pormenores daban a conocer la prosperidad que reinaba en la casa. En cuanto las pipas estuvieron encendidas se sentó a nuestro lado y comenzó:

—Como lleváis la kopcha no os he pedido los pasaportes, pero desearía saber vuestros nombres.

—Mi amigo se llama Hachi Halef Omar y yo Kara *Effendi*.

—¿De dónde venís?

—De Edreneh, habíamos de avistarnos con tres hombres que deben hospedarse en tu casa.

—¿Quiénes son?

—Debes de conocer a Manach el Barcha. A él y a sus dos compañeros me refiero. El taciturno nos dirigió una sombría mirada y contestó:

—Os tengo por amigos...

—¿Vendríamos aquí si no lo fuéramos?

—Tienes razón.

—O bien ¿ostentaríamos la kopcha?

—Es verdad y menos la tuya. Yo la conozco muy bien.

Esta observación envolvía un peligro; pero no me di por enterado y contesté:

—¿En qué la conoces?

—En que es algo diferente de las demás, por ser de las que usan los jefes. Ésa era propiedad de mi hermano Deselim.

—¿Eres hermano del armero?

—En efecto.

—Tanto mejor, pues esta kopcha es la suya.

—Entonces te han hecho jefe a ti y ha cambiado su kopcha con la tuya, como suele hacerse entre los camaradas. ¿Dónde le has visto?

—En el bosque de Kabach, en la cabaña del mendigo Sabán.

—Pues no era ése su destino.

—Ya sé que iba a casa del tintorero Bochak, de Chinibachlü, donde yo estaba hospedado.

—¿Y dónde se halla mi hermano ahora?

—Sigue en Kabach.

—¿Puedo saber al fin quién eres? ¡Hay tantos *effendis* en el mundo!

—Sólo te diré una palabra y adivinarás quién soy: *usta*.

Era una tentativa arriesgada; pero se vio coronada por el éxito más lisonjero. El hombre aquel hizo un gesto de grata sorpresa y respondió:

—Con eso basta. No quiero saber más.

—Y haces bien, pues no suelo someterme a ciertos interrogatorios.

—¿En qué puedo servirte?

—Primeramente desearía saber si se hospeda aquí Manach el Barcha.

—Aquí estuvo con dos de los suyos; pero partió ayer al mediodía.

—Pues ha caminado aceleradamente, pues anteayer estuvo en casa del kiaya de Bukioi, donde cambió de caballo.

—¿Conoces a ése también?

—¡Vaya! Me encargó muchos recuerdos para ti. Manach el Barcha siguió hacia Menlik y quisiera saber dónde se hospeda cuando va allá.

—No hay inconveniente en que lo sepas, pues me ha dejado las señas para que fuese a encontrarle allí mi hermano. En Menlik hay un opulento tratante en granos llamado Gava, en cuya casa se hospeda. Cualquiera te dirá dónde es.

—¿Ha preguntado Manach el Barcha por el Chut?

—¡Claro, como que va a verle!

—Pues yo también.

—Entonces podréis hacer juntos el viaje.

—Eso pienso. Los caminos de Alá son admirables y los sucesos se conciertan a veces a medida de nuestros deseos. Temo que Manach parta antes que yo llegue, por lo cual me convendría saber dónde hallar al Chut.

—Enseguida. Yendo de Menlik a Istib por el camino de Radovich tomas la dirección Norte hasta llegar al poblado de Sbiganzzy, que está entre dos riachuelos, el Bregalnitzza y el Sletowska. Allí preguntas por el carnicero Churak, a quien dices que deseas ir a la choza de la caverna, y él te contestará debidamente. Una vez en la caverna te enterarás de todo lo referente al Chut y de lo que pueda interesarte y yo ignoro aún.

—Creí encontrar al tratante Mosklán en Palatza, pero me he llevado chasco.

—¿Conoces también a Mosklán?

—A toda nuestra gente, y a ése más, puesto que es el recadero del Chut.

—Bien enterado estás. Ya veo que eres uno de los miembros más importantes de la asociación. Honré mi casa alojándote en ella; puedes disponer de todo a tu antojo y aquí estamos para servirte.

—Gracias, gracias, no necesito más que los informes que me has dado, y ahora a descansar. Vámonos a dormir.

—¿Cuándo piensas salir de aquí?

—Mañana al romper el día; no es preciso que nos llames, tenemos costumbre de despertarnos a la hora que disponemos.

Y después de un afable saludo, nos encaminamos a nuestro dormitorio.

—*Sidi* —me dijo Halef en voz queda mientras cruzábamos el patio—, ya hemos averiguado todo lo que nos hacía falta. Ese hombre nos ha tomado a ti por un granuja de alto rango y a mí por tu compinche y amigo. Hay gente que, en vez de sesos, lleva aserrín en la mollera. Si sospechara que su hermano se ha roto la cabeza y que a Mosklán le hemos estropeado la dentadura, ¡valiente descanso nos desearía!

—Halef querido, no cantemos todavía victoria. ¿Quién te dice que no llegan esta misma noche a sus oídos todas esas noticias?

—¡Dios nos tenga de su mano! Ese taciturno daría buena cuenta de nosotros.

—Ya ves que hemos de estar en guardia y alerta por si acaso. Nos hemos metido en la mismísima boca del lobo y veremos cómo salimos de ella.

No obstante estos pronósticos alarmantes dormí de un tirón toda la noche. Cuando salí al patio a la mañana siguiente, me encontré a Albani regateando con el hostelero la cuenta que éste le presentaba, y acusándole de exigir más de lo justo. Por fin pagó, pero yo hallé también tan elevado el precio que hube de decírselo al malencarado, el cual me contestó en voz baja:

—¿Qué quieres que haga? Si le cobro de más, lo hago en obsequio tuyo. Es un infiel y a éstos les toca pagar por los poseedores de la kopcha, a quienes doy hospitalidad gratuita.

—¿De modo que yo nada te debo?

—Ni un céntimo. Tú y tu escolta sois amigos y como a tales os trato.

Estas declaraciones no me hicieron maldita la gracia, pues a nadie le gusta admitir favores de un enemigo, pero hube de resignarme por prudencia.

Entré después con los míos en el salón donde nos sirvieron el café, luego ensillamos los caballos, nos despedimos y emprendimos de nuevo la marcha.

## CAPÍTULO 3

### Una cristiana muerta

**S**eguimos a lo largo del Arda. El guía de Albani, como yo había supuesto, se había quedado con el mejor ejemplar de su cuadra y ocupaba una buena silla turca. Al que le pagaba, en cambio, le había dada un animal terco y rebelde y una silla que daba risa. Menos mal si le hubiese dado una albarda; pero el artefacto aquel era un caballete de madera de agudas aristas y tan ancho que las piernas del jinete quedaban separadas media vara por cada lado, lo cual debía de producirle al infeliz gran incomodidad y terribles agujetas, a no ser que prefiriera encogerlas hasta el asiento. Los estribos brillaban por su ausencia, pero haciendo oficio de tales pendía a cada lado de aquel instrumento de martirio un pedazo de cuerda con una lazada, procedimiento que se distingue más por su baratura que por su seguridad y duración.

No nos habíamos alejado gran cosa de la silla cuando topamos con un hombre acompañado de un perro. El can se puso a ladrar descaradamente y en el acto vi en el aire las patas traseras del mulo de Albani, no con precipitación y ligereza, sino con majestad y lentitud, como si el animal aficionado a tan extraño ejercicio, se esmerara en ejecutarlo con el mayor arte y el mejor gusto posibles.

—¡Ah! ¡Eh! ¡Oh! —exclamó el jinete muy azorado—. ¿Ya empiezas a hacer de las tuyas, bestia maldita?

Y trató de retener al mulo sin conseguirlo, pues salió por las orejas y se vio en el suelo antes de darse cuenta. El triestino, furioso, se puso en pie de un salto y empezó a golpear al animal en la frente; pero el dueño, indignado, se interpuso, diciendo:

—¿Por qué le maltratas? ¿Eres su amo, por ventura, para que te creas con derecho a darle de palos?

—Y el animal ¿está en su derecho al disparar al jinete como si fuera una pelota?

—El mulo no te ha tirado; al contrario, te ha dejado caer con toda suavidad para que no te hicieras daño, de modo que encima le debes gratitud y no los palos que le has dado.

—Yo alquilé el animal para ir encima de él y no debajo. Así es que me debe obediencia. Mientras lo pague es mío y cada vez que me falte lo castigaré.

—Si vuelves a pegarle te dejaré plantado en medio del camino, monta enseguida.

Albani trepó otra vez a la silla; pero entonces se obstinó el animal en no dar un paso. El triestino chillaba y rabiaba, y esto parecía divertir extraordinariamente al mulo, pues movía la cola y las orejas sin moverse de su sitio. Albani, no atreviéndose ya a castigarle, exigió al dueño que lo pusiera en movimiento; mas él contestó:

—Déjalo que haga lo que quiera. Si se empeña en no moverse, que se esté quieto. Luego saldrá de arrancada en cuanto se canse y nosotros echemos a andar.

Así fue. Al doblar un recodo del camino me volví y vi al tozudo animal, inmóvil como una estatua, pero moviendo alegremente las orejas y el rabo; pero en cuanto desaparecimos de su vista tras el recodo echó a correr, a tan desenfrenado galope, que el armatoste en que Albani saltaba y rebotaba como una pelota amenazaba deshacerse en mil pedazos; y como ya tenía impulso adquirido pasó por nuestro lado como una exhalación, sin que lograran detenerle ni nuestros gritos ni las amenazas de su amo.

El resultado fue una desbandada general, pues la mula de carga, contagiada por el mal ejemplo, se soltó de un tirón, echó a correr tras su compañero y nosotros salimos en su persecución, deteniéndonos a recoger en el camino los paquetes que iba soltando. Al llegar donde estaba Albani encontramos a éste en el suelo y rascándose esa parte tan interesante del cuerpo que sigue al espinazo. Mientras tanto los dos mulos causantes de la avería, le contemplaban satisfechos, moviendo rabos y orejas y enseñando los dientes como si quisieran esbozar una sonrisa irónica y burlona.

Volvimos a cargar los bultos en la acémila y seguimos caminando; pero no había pasado media hora cuando volvió a pararse en firme el dichoso mulo.

—Ya vendrá, adelante —observó de nuevo su amo y señor.

Yo había callado hasta entonces; pero ya no pude consentirlo.

—¿Es que quieres que vuelva a desbocarse? Si el lance se repite mucho vamos a hacer un viaje agradable. Deja que este señor haga uso del látigo y todo irá bien.

—No lo tolero, de ningún modo.

—¿Ah, sí? ¿Pues qué trato hicisteis cuando este señor te alquiló la recua?

—Pedirme dos caballos o machos, uno para montar y otro para carga.

—Está bien. ¿De modo, que no te exigió el animal que le has dado?

—No.

—Pues entonces, apéate ahora mismo y cédele el tuyo.

El mulero puso una cara muy asombrada, tomando mi proposición por cosa incomprensible y disparatada.

—¿Qué dices? Este mulo es mío.

—Y el otro también.

—Pero no acostumbro a montar más que éste.

—Pues esta vez habrás de faltar a la costumbre. El señor te alquiló un animal para montar y el que monta necesita una silla adecuada, que es esa que usas tú. Conque tienes que cederle tu mulo en el acto.

—¡No será!

—Sí será, porque yo lo quiero —repliqué con voz amenazadora—. Llevo encima el *ferman* del Gran Señor y este señor es de mi escolta y está bajo mi protección, y por tanto también bajo la del Padichá. Si te doy una orden has de obedecerla sin chistar. Conque ¡al suelo ahora mismo!

Albani se apeó con gran presteza, mientras el mulero refunfuñaba:

—¡Halef! —llamé yo.

El pequeño *hachi*, con la mano en el puño de su látigo, aguardaba con

impaciencia la orden; así es que en cuanto me oyó hizo restallar la fusta de piel de hipopótamo sobre la espalda del desobediente, que gritando se dejó caer al suelo. Halef le hizo algunas caricias más y se hizo la mudanza sin ulterior protesta. Está visto, hay que dar a cada cual lo suyo y tratar a la gente según su clase.

Albani estaba contentísimo con el cambio, que era muy ventajoso para él, aunque no tanto para nosotros, pues al llegar a una aldea próxima se había desbocado el otro mulo con su dueño, así como la mula de carga. Afortunadamente, dimos allí con un mulero dispuesto a sacarnos del compromiso. Se le pagó al otro lo debido, se le despidió como merecía y él se desahogó llenándonos de improperios y amenazas que oímos como quien oye llover.

Si hubiéramos seguido el camino recto hacia Menlik hubiéramos tenido que pasar por Boltichta; pero como no siempre lo recto es lo más corto desistimos de ello. Hubiéramos tenido que subir varias colinas y atravesar algunos valles y para evitarnos la molestia nos desviamos hacia el Norte, con objeto de llegar al valle del Domno y Karlyk salvando el cerro de Kruschema.

Al mediodía paramos en Nastán y por la noche nos encontramos en Kara-Bulak, donde pernoctamos.

Al día siguiente tomamos la dirección occidental hacia Nevrekup. Al hallarse el sol en su cénit llegábamos nosotros a una meseta que se inclinaba repentinamente hacia Dorpat-Dere. Como no había caminos, se nos hizo difícil abrirnos paso a través de la espesura y la maleza que cubrían el terreno.

Al pasar junto a uno de los matorrales más espesos, hizo Rih una cosa que me asombró extraordinariamente. Solté la rienda y el animal empezó a olfatear la maleza dando fuertes resoplidos.

—*Sidi*, ahí dentro hay alguien escondido —observó Halef al notarlo.

—Es posible, la actitud de Rih demuestra claramente que hay algo.

El *hachi* echó pie a tierra y penetró en la espesura; poco después le oímos lanzar una exclamación y volviendo atrás nos dijo:

—¡Venid a ver! ¡Hay un cadáver!

Seguímosle todos y encontramos una especie de claro rodeado de intrincada maleza, donde se hallaba el cadáver de una mujer; estaba ésta arrodillada y con la frente inclinada sobre un monumento extraño, formado por piedras superpuestas; de modo que resultaba una especie de altar con un pequeño nicho que enceraba un crucifijo de madera.

—¡Era cristiana! —exclamó Halef.

En efecto, aquello era una especie de ermita oculta en la selva y levantada acaso por aquella infeliz, quizá a fuerza de grandes trabajos y molestias, pues había observado que en aquella comarca escaseaba la piedra. ¡Quién sabe desde cuán lejos las había acarreado hasta allí para ofrecer en secreto un pobre culto a su Dios!

La idea me conmovió profundamente, y mis compañeros, aunque mahometanos, guardaron respetuoso silencio. El lugar en que un alma atribulada clama a su Dios es

siempre sagrado.

Me arrodillé para rezar y los demás me imitaron; luego examinamos el cadáver, que representaba treinta años escasos, y cuyo rostro era de finas y nobles facciones. Las manos descarnadas, que cruzaba sobre la piedra, sostenían unos pequeños rosarios. En el dedo anular de la mano derecha llevaba un anillo de oro con una amatista, pero sin otra señal alguna. Vestía a la turca; pero se había quitado el velo de la cara y lo tenía a su lado en el suelo. Había sido hermosa en vida, pues todavía lo era muerta, la diminuta boca sonreía y todo su ser respiraba una paz y un sosiego que daban claramente a entender que el ángel de la muerte la había rozado blandamente con sus alas.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Halef, perplejo.

—No nos queda más remedio que indagar a qué familia pertenecía la difunta, pues supongo que debía de residir en estos parajes, ya que las mujeres no pueden alejarse mucho de su casa. Debemos de estar cerca de Barutín. ¡Vamos!

Montamos a caballo y seguimos adelante. La meseta iba cayendo en declive bastante agrio y la espesura se aclaraba. Poco después descubrimos un edificio en forma de castillo, rodeado de un enjambre de casas y casuchas que el mulero nos dijo ser el *karaul* del capitán.

*Karaul* llaman los turcos a una especie de fortines que sirven de guarnición a los militares encargados de la guardia y protección del territorio, antiguas construcciones que ya no llenan su objeto. La torre estaba en sitio muy elevado y a sus pies se divisaba una especie de camino que conducía al poblado cercano.

—Ese pueblo se llama Barutín —repitió el guía—. Yo no he estado nunca en él; pero otros me han hablado de este *karaul*, en donde vive un capitán caído en desgracia, que no ve ni recibe a nadie, vive como un ermitaño y es enemigo jurado de toda la humanidad. En cambio, su mujer es el amparo y consuelo de todos los desgraciados y menesterosos.

—Vamos al *karaul*.

En cuanto nos acercamos a la torre, nos salió al encuentro un anciano con todo el aspecto de un antiguo soldado y con unos bigotes tan largos y espesos como no había visto yo otros en mi vida.

—¿Adónde vais? —preguntó en tono harto brusco.

—Acabo de saber que vive aquí un oficial del ejército.

—En efecto.

—¿Está en casa?

—Sí; pero no recibe a nadie. Conque, podéis seguir vuestro camino.

—Eso es cosa nuestra; pero permíteme al menos que te pregunte si por la comarca se echa de menos a alguna mujer.

El rostro de aquel hombre cambió de repente y adquirió expresión de ansiedad al contestar:

—Sí; ha desaparecido la señora, a quien buscamos en vano desde ayer por la

mañana.

—Nosotros sabemos dónde está.

—¿Dónde? ¿Cómo no la habéis traído?

—Condúceme a la presencia de tu amo.

—Ven, ven.

La actitud del viejo había cambiado como por ensalmo. Nos apeamos y yo le seguí. La torre era una construcción maciza sin habitaciones en la planta baja; así fue que tomamos enseguida una escalera y llegamos a una pequeña antesala donde aguardé. En la habitación contigua sonaron repetidas voces, se abrió de repente la puerta y apareció el capitán, que no debía de pasar de los cincuenta años, y era un hombre guapo y arrogante, cuyos ojos parecían enrojecidos, sin duda por el llanto. Se dirigió a mí preguntándome:

—¿La has encontrado? ¿Dónde está?

—Primero me permitirás que te salude. ¿Puedo entrar en tu despacho?

—Sí, sí, entra.

La habitación en que penetramos era bastante espaciosa y tenía tres altos ventanales alargados y estrechos como aspilleras. Alrededor de los muros había largos cojines de descanso y en las paredes se veían colgadas armas y pipas de todo género. Dos niños abrazados ocupaban uno de los ángulos y sus rostros estaban igualmente escaldados por las lágrimas.

El viejo ordenanza no salió de la habitación, deseoso de saber las nuevas que llevábamos a su amo. El capitán me saludó, diciendo:

—Bienvenido seas en esta casa. Dime, por Dios, dónde se halla mi mujer.

—Muy cerca de aquí.

—No es posible; hemos recorrido todos los alrededores sin hallar rastro alguno y todavía anda gente buscándola.

Evitando darle de sopetón la noticia del fallecimiento de su esposa le pregunté:

—¿Estaba tu mujer enferma?

—Estaba delicada desde hace años; pero ¿por qué me lo preguntas? ¿Ha muerto? Sé, hace tiempo, que su vida no había de ser larga, porque el médico la había declarado tísica; pero de eso a...

—¿Tienes ánimos para soportar la verdad?

El capitán se puso blanco como el papel y dio media vuelta sobre sí mismo, como si así fuera a evitar el golpe que le amagaba.

—Estoy sereno; habla —repuso con voz bronca.

—Tu esposa ha muerto.

Los niños lanzaron un grito y rompieron en llanto. El padre no dijo palabra; pero se apoyó contra el muro como buscando sostén. Permaneció angustiado y jadeante, intentando contener los sollozos que querían escapársele del pecho, y sólo después de un buen rato logró preguntar:

—¿Dónde está?

—Entre la maleza, a diez minutos de aquí.

—¿Quieres guiarme?

Antes que pudiera contestar oí a mis espaldas un sonido extraño, como si estuvieran estrangulando a alguien y vi al viejo ordenanza con media chaqueta en la boca, para ahogar el llanto; pero fue inútil la precaución. Medio asfixiado se quitó aquella especie de mordaza y rompió a llorar desconsoladamente.

Esto dio al traste con la resistencia del capitán, que se echó a llorar a su vez, acompañado de sus hijos. A mí se me destrozaba el corazón y me acerqué a una de las ventanas para disimular la compasión que me inspiraban; pero sin ver nada, pues las lágrimas me empañaban los ojos.

Tardaron bastante los dos hombres en serenarse y al cabo el capitán me dijo:

—Forastero, no te burles de nuestras lágrimas, pues has de saber que quería yo mucho a la madre de mis hijos, y este viejo, que fue sargento de mi compañía, no me abandonó en la desgracia como el resto del mundo. Mi mujer era el único consuelo que me quedaba en la triste soledad en que vivo. ¿Qué va a ser de mí sin ella?

Lo que yo quería decirle no debía oírlo el anciano sargento y así pregunté a éste:

—¿Tienes por ahí unas angarillas?

—Sí, señor.

—Tenlas dispuestas y prepara gente que las lleve.

El viejo salió y yo pregunté al capitán:

—¿Eres mahometano, verdad?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Y tu mujer ¿lo era?

El capitán me lanzó una mirada de sorpresa y contestó:

—¿Tienes motivo para suponer otra cosa?

—Sí, y muy fundado, de que fuera cristiana.

—Era muy afecta a los infieles. Cuando nos vinimos aquí trajo consigo una sirvienta que, según luego supe, era cristiana y trataba por todos los medios de seducir a mi mujer. Yo la despedí, y desde entonces noté que Hara estaba cada día más callada y más triste. A veces la encontraba llorando, y acabó por enfermar. Tosía con frecuencia y enflaqueció y perdió el apetito.

—¿Fuiste duro con ella?

El capitán calló y acabó por decirme:

—No podía consentir que se hiciera yaúr.

—A pesar de ello fue, y tu severidad la hizo enfermar y morir de tristeza. Logró levantar en medio de la maleza un santuario para adorar a Dios a estilo de los cristianos, y rezando ha muerto. Que la paz sea con ella y contigo.

—¿Por ventura eres tú también cristiano?

—Lo soy.

El capitán clavó en mí sus ojos, como si me consultara, luchó un rato consigo mismo y terminó por tenderme la mano, diciendo:

—Tú no tienes la culpa de haber nacido infiel ni de que mi mujer diera crédito a vuestras falsas doctrinas. Condúceme junto a ella, a mí y a mis hijos.

—¿No sería mejor que se quedaran aquí los niños? Demasiado pronto verán a su madre muerta.

—Tienes razón: iremos solos.

Mis compañeros aguardaban abajo. Al verlos, el desterrado me dijo:

—Creí que venías solo, pues no os he visto llegar. Desde ahora consideraos aquí como en vuestra casa. Detrás de la torre están las cuadras, donde podéis acomodar el ganado, y al otro lado la verdadera vivienda. Esta torre la habito yo solo. Id a instalaros con toda libertad.

—¿Dónde está el sargento? —pregunté.

—Ha salido sin duda en busca de gente; pero todos mis criados están fuera, indagando el paradero de mi mujer. Vamos nosotros allá.

Mis compañeros se encaminaron a los edificios que indicaba el capitán, llevando Halef de las riendas a Rih. Al ver al potro, como buen militar, olvidó el desterrado momentáneamente su dolor para contemplarlo y preguntarme:

—¿Es tuyo ese caballo?

—En efecto.

—¡Un cristiano con semejante corcel! Por fuerza has de ser un señor principal y opulento, perdona si no te he recibido con los honores debidos.

—Alá hizo a todos los hombres ordenándoles que fueran como hermanos. No tengo, pues, nada que perdonarte. Vamos.

Bajamos la pendiente y al llegar a la espesura y ver que me detenía, miró el capitán a todas partes y preguntó:

—¿Es aquí?

—Sí, ahí dentro.

—¿En ese matorral? ¡Quién iba a suponerlo! ¿Cómo has dado con ella?

—Mi potro la ha descubierto al quedarse mirando y olfateando la espesura.

—Entremos.

Nos abrimos paso por entre la maleza hasta llegar al claro, y nunca se me olvidará la escena que presencié entonces. Al descubrir el capitán el cadáver lanzó un grito agudo y se arrojó sobre él, lo tomó en los brazos, besó los labios de hielo, acarició las marmóreas mejillas y olió los hermosos cabellos de la muerta. En efecto, debió de quererla mucho, a pesar de la dureza con que la había tratado.

Su esposa le había ocultado por eso su conversión y hacía sus prácticas religiosas en secreto. ¡Quién sabe las luchas que habría sostenido su alma entre su fe y su cariño conyugal!

El capitán debió de pensarlo así, pues entonces, al estrechar a su esposa entre sus brazos, sus ojos secos ya y ardientes, clavados en ella, parecían querer descifrar en el rostro de la muerta algún enigma misterioso. Luego dijo con voz ahogada y ronca:

—Enfermó y murió de pena...

Habría sido inútil tratar de consolarle; así fue que le dije:

—Ha muerto en la fe que salva y da la dicha eterna. El cristianismo concede a la mujer su parte en el paraíso, y tú quisiste privarla de su herencia.

—No digas eso, que tus palabras me desgarran el alma. Ha muerto, y acaso haya contribuido yo a ello. ¡Ojalá volviera a abrir una sola vez los ojos! ¡Ojalá volviera a pronunciar una sola palabra! Con eso me consideraría feliz. Pero se ha ido sin despedirse de mí, y ya nunca volveré a oír su voz ni me acariciará su mirada. ¡Parece como si fuera yo su asesino!

Yo no contesté. Entonces él cogió los rosarios, diciendo:

—Éstas no son las cuentas de los musulimes, cuyo número es de noventa y nueve como las perfecciones de Alá. Esto no tiene más que cuentas pequeñas y grandes. ¿Qué significa?

Yo le expliqué el objeto de los rosarios y entonces me rogó que le recitara el Padrenuestro y el Avemaría. Cuando le hube complacido, repitió lentamente:

—Perdónanos nuestras deudas... ¿Crees que me habrá perdonado la mía?

—Sí, porque era cristiana y te amaba.

—Esta sarta de cuentas pertenecía a la anciana criada que despedí, la guardaré por haber estado en las manos de mi Hara. Esta cruz también era de la vieja; debió de dejárselo todo a mi esposa cuando se fue. Deseo que este lugar quede intacto, tal cual está, y yo vendré a visitarlo a menudo; pero no quiero que nadie penetre en él; por eso voy a sacar de aquí a la muerta. Vamos, señor.

Y en brazos llevó el cuerpo fuera de los matorrales y un buen trecho más allá, para que nadie pudiera adivinar el punto del hallazgo. Luego cubrió con el velo el rostro del cadáver, diciendo:

—Como musulime lamento que hayas visto su cara, porque para nosotros es un pecado. Sólo me tranquiliza pensar que ha muerto como cristiana; pero nadie ha de verla más sin velo.

Luego, sentado a los pies del cadáver continuó culpándose y acusándose; su dolor era sincero, pero fue cediendo poco a poco en violencia. Al cabo de un rato llegó el viejo sargento con unas angarillas, guiado por Halef. Colocamos en ellas el cadáver y lo transportamos a la torre, donde lo depositamos. Los niños, uno de nueve y el otro de siete años de edad, se daban ya perfecta cuenta de la horrible desgracia que habían padecido. Su llanto traspasaba las entrañas y hube de salir de la habitación para no llorar con ellos.

## CAPÍTULO 4

### Conducta misteriosa

Los habitantes de las cabañas que rodeaban el fortín fueron volviendo uno tras otro, eran colonos del capitán, que era dueño de todo el caserío. Mandó que se nos preparara comida, de la cual no participó. Después de comer, le mandé recado de que nos era preciso continuar el viaje y me rogó que subiera a verle. Cuando entré en su despacho le encontré sentado junto al cadáver, con los ojos encendidos de llorar y el rostro lívido de pena. Al verme me alargó la mano, diciendo:

—¿Conque te vas?

—Necesito continuar el viaje.

—¿Tan necesario es? ¿No podrías pasar al menos este día conmigo? Si Hara viviera le rogaría que me dijera algo de la doctrina de los cristianos; pero ya que su boca ha enmudecido para siempre, sólo quedas tú para poder instruirme en las creencias de su religión. No te vayas, no me dejes entregado a estas reflexiones que me atormentan.

Yo no tenía tiempo que perder; pero como al propio tiempo consideraba un deber acceder a sus ruegos, me quedé.

Mis compañeros estuvieron conformes en que prolongáramos nuestra estancia y yo pasé la noche velando con el capitán y hablando de cosas muy serias y trascendentales. Sin llegar a hacer de misionero, por carecer de facultades para el caso, hallé aquel corazón tan abierto a la verdad, que traté de echar en él la simiente evangélica lo mejor que pude, esperando que con la ayuda de Dios germinaría y fructificaría a su tiempo. Hasta el alba estuvimos platicando y al amanecer reanudé con mis compañeros el viaje.

Pasamos por Barutín; por la tarde dejamos atrás a Duibnitza y al anochecer llegamos a Nevrekup, tan famosa en otro tiempo por sus minas de hierro, y allí pernoctamos. Al día siguiente cruzamos la célebre sierra donde, según reza la leyenda griega, el poder del canto de Orfeo dio vida y movimiento a los árboles y las rocas. Por fin, al mediodía llegamos a Menlik.

Comprenderá el lector que no fuéramos a buscar hospedaje en la casa misma donde se había albergado Manach el Barcha, sino que buscáramos un mesón; pero todo estaba ocupado. Había empezado la feria y la afluencia de forasteros era grandísima. Albani, después de pagar al mulero lo despidió y logró hallar donde meterse; pero nosotros, con nuestras caballerías, no encontramos donde pernoctar. Después de recorrer todas las fondas y mesones de la ciudad, habíamos hecho la última tentativa con el mismo resultado negativo en un misérrimo parador, cuando se nos acercó un hombre, diciendo:

—Buscáis alojamiento, ¿verdad?

—En efecto. ¿Sabes de alguno, por ventura?

—Para vosotros, sí; para otros, no.

—¿Y por qué esa preferencia por nosotros?

—Porque lleváis la kopcha y sois de la hermandad. Mi amo os recibirá muy bien.

—¿Quién es tu amo?

—Un carretero, que no vive muy lejos de aquí, yo os guiaré.

—Mucho te lo agradeceremos.

El hombre echó a andar y detrás de él nosotros.

—A éste le he visto yo —me dijo Halef a media voz.

—¿Dónde?

—A la entrada de la ciudad, parecía esperar a alguien.

Entonces recordé yo también haber pasado por su lado; pero la cosa no tenía nada de particular, así es que no le dimos importancia alguna, aunque más adelante hube de enterarme de que nos aguardaba a nosotros.

Nos condujo a una casa de ancho y alto portalón que daba a un patio, en el cual había dos carretas propiedad del amo. En la parte posterior del patio se veía una barraca espaciosa, que el guía llamaba cuadra y donde nos hizo acomodar los caballos.

—¿No sería mejor hablar antes con tu amo?

—¿Para qué?

—No sabemos aún si está dispuesto a recibirnos.

—Seréis bien llegados, yo os lo aseguro. Tiene sitio suficiente donde alojaros y además pertenecéis a la hermandad.

—Entonces también él es de los nuestros...

—Sí, mirad, ahí viene.

Y aparecieron en el patio un hombre bajo y regordete que no me causó muy buena impresión, principalmente por ser bizco; y no es que por sistema desconfíe de los bizcos, sino porque aquel hombre, de añadidura, tenía un modo de andar rastrero y felino y unas quijadas angulosas, que en mi concepto suelen encontrarse en las personas falsas y traicioneras.

—¿Quiénes son esos que me traes aquí?

—Gente amiga, llevan la kopcha y no tienen dónde alojarse. No creo que tengas inconveniente en que pernocten aquí.

—¡Bien venidos! ¿Cuánto tiempo pensáis estar conmigo?

—Algunos días —contesté yo— y te pagaremos lo mismo que tendríamos que pagar en el *jan*.

—De eso no se hable, a los amigos no se les cobra hospedaje. Acomodad vuestros caballos y entrad en mi casa, donde se os dará todo lo que necesitéis.

Diciendo esto se marchó, pero no sin cruzar una mirada de satisfacción con su criado, lo cual me llamó la atención.

La cuadra era larga y estaba dividida en dos compartimientos, uno donde se hallaban los bueyes y el otro, vacío, donde introdujimos nuestros caballos. El criado trepó por una pequeña escalera, diciendo:

—Voy por heno, a no ser que prefiráis otro pasto.

—Danos lo que tengas.

El mozo desapareció por una trampa y yo aproveché la ocasión para mirar por un agujero de la pared posterior de la cuadra, que daba a un gran corral, y donde, apoyado contra dicha pared, descubrí a un hombre alto y fuerte, que estaba escuchándonos. El mozo tosió con fuerza desde el desván y el otro contestó tosiendo también y acto continuo salió del corral.

Me llamó la atención aquella maniobra, aunque no me di por enterado al volver el mozo. Dispusimos el pienso para los caballos y luego entramos en la habitación donde nos esperaba el amo, sentado en un cojín y con un trípode delante lleno de tazas de café. Volvió a darnos la bienvenida y dio unas palmadas a las cuales acudió un muchacho que llenó las tazas de la aromática infusión.

Se hacía todo tan a tiempo que parecía haber sido ensayado y que nos hubieran estado aguardando con antelación. No faltaba la caja de buen tabaco para las pipas ni el brasero para encenderlas.

—¡Qué hermoso caballo tienes! —me dijo el gordo en cuanto nos hubimos sentado—. ¿Me lo venderías?

—Nunca.

—¡Es lástima! Te lo pagaría bien.

—Señal de que eres rico, pues; hay pocos que puedan permitirse la adquisición de un caballo de ese precio.

—Los carreteros solemos tener dinero. ¿De dónde vienes?

—De Nevrekup.

—¿Adónde vais?

—A Seres.

Como verá el lector no era mi ánimo decirle la verdad absoluta.

El hombre puso una cara como de quien está mejor enterado y no quiere demostrarlo y continuó:

—¿A qué clase de negocios te dedicas?

—Vengo a comprar trigo y otros cereales. ¿Sabes si hay aquí tratantes de confianza?

El carretero no pudo reprimir una sonrisa artera, al contestar:

—Hay uno en la plaza que se llama Glava y te servirá bien, por ser de la hermandad.

Al fin había llevado la conversación al terreno que me convenía o sea el procurarme noticias del amigo de Manach el Barcha, y así le pregunté:

—¿Vive lejos de aquí?

—En la calle contigua. Es conocido mío, no hace mucho que ha salido de aquí.

—¿Está muy ocupado?

—Mucho, hoy no podrás hablar con él.

—Tendrá siempre huéspedes a quienes atender, ¿no es verdad?

—Los está aún esperando, entre ellos a Deselim el armero y fondista de Ismilán, a quien tal vez conozcas.

—En efecto, es también de la hermandad.

—¿Has parado en su casa alguna vez?

—Hace pocos días pernoctamos en ella.

—Entonces, habrás, visto a su hermano...

El carretero quería parecer ingenuo y cándido; pero yo descubría en sus preguntas una intención secreta y persistente.

Luego me pidió otros datos personales y yo se los di del modo que me pareció más pertinente. Cuando al cabo de un rato dije que deseaba salir a dar una vuelta para ver el pueblo y la feria se ofreció tan insistentemente a acompañarme, que no me pude negar, aunque habría preferido salir solo con Halef.

En el mercado y en las calles había mucho movimiento, aunque no pueden compararse estas ferias con las de nuestras tierras. El turco recorre en silencio la hilera de barracas, cuyos dueños no hacen el menor esfuerzo por atraer compradores y permanecen callados e indiferentes junto a sus mercancías, y en el caso de acercarse un comprador se lleva a cabo la venta tan en silencio y en secreto como si se tratara de algún rito misterioso.

Esta diferencia estriba en la falta del elemento femenino; se ven sólo hombres y únicamente de tarde en tarde aparece una especie de globo cautivo con una mirilla en la parte superior en que se ve brillar un ojo negro como el azabache. Las mujeres de los no mahometanos no están obligadas a tanta reserva, pero consideran de mal tono verse mezcladas en el barullo y confusión de la plaza.

Los acostumbrados tiouvivos, titirimundis y barracas de juego de dados no existen en las ferias turcas, ya que el buen musulme aborrece los dados, prohibidos por el Corán. Tampoco se oyen allí los organillos y las murgas, tan propios de las ferias populares. Como distracción no hay más que alguna tienda en que se proyectan sombras chinescas de que tanto gusta la gente del país y que llaman *kara goz oyunu*.

A estas tiendas afluye el gentío formando cola interminable y a ellas se entra con el rostro curioso y anhelante y de ellas se sale con expresión corriente y satisfecha.

—¿Habéis estado ya en un *kara goz*? —me preguntó nuestro anfitrión.

—No.

—¿Cómo es posible? ¡Si no hay cosa más bonita! Vamos adentro.

Parecía imposible abrirse paso por entre el gentío; pero haciendo jugar los codos sin contemplaciones llegamos a penetrar en el interior como una cuña y allí quedamos enclavados en la multitud de espectadores que esperaban ansiosamente el comienzo de la función. Al poco rato me sentí ligeramente mareado.

El oriental duerme con la ropa puesta, de la cual se despoja rara vez, y no tiene la

menor idea de un cambio regular de la interior. De ahí que no sólo padezca la vista sino también el olfato cuando se le tiene cerca. ¿Cuál no sería mi malestar al hallarme prensado en aquel gentío? El poeta que cantó el Infierno hizo gala de una gran fantasía para pintar los tormentos de los condenados, pero se le olvidó uno de los más horribles, el del alma desventurada encajada entre orientales para presenciar unas sombras chinescas, e incapaz de mover los brazos y llevarse la mano a la nariz. ¡Y gracias que por aquel entonces no se sospechaba la existencia del bacilo coma y demás monstruos microscópicos! Allí estábamos todos anegados en un océano de bacilos sin darnos cuenta siquiera.

Por fin sonó un pito y dio principio la función, que, indecente y en extremo obscena, fue recibida con carcajadas y aplausos, a pesar de que los orientales son enemigos jurados de toda manifestación ruidosa. Yo estaba tan asqueado de lo que veía que habría querido abandonar el local; pero estaba de tal modo prensado, que me era imposible moverme, y me vi obligado a presenciar aquel espectáculo repugnante hasta que una nueva pitada hizo saber al público que por un cuarto de piastra había disfrutado bastante.

La masa humana se puso en movimiento, deshaciéndose en largas hileras de personas. En cuanto me vi fuera, respiré como el que sale de un horno. El mareo en el mar es una verdadera delicia comparado con lo que había pasado yo en la barraca.

—¿Volvemos a entrar? —me preguntó el carretero entusiasmado.

Halef levantó las manos en son de protesta y yo no le contesté siquiera. Por el camino observé que el hombre manifestaba un temor exagerado a perdernos de vista y evitaba que entabláramos conversación con nadie; cuantas veces intenté yo hablar con alguien del pueblo otras tantas logró estorbarlo, hasta que comprendí que su actitud obedecía a algún plan preconcebido. Por último le pregunté:

—¿No pasaremos por la casa del *meivechí* Glava?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque me gustaría saber dónde vive, para ir a verle mañana mismo. ¿Quieres enseñarme su casa?

—Con mucho gusto.

—¿Es serbio el comerciante?

—¿Por qué lo dices?

—Porque su nombre lo es.

—Estás en lo cierto. Sígueme.

Al cabo de un rato, me enseñó la casa del tratante en granos y yo me fijé bien en su situación y construcción. Al anoecer regresábamos a la nuestra, donde nos dijeron que el mozo había dado una caída, lastimándose tanto, que había sido preciso ir en busca del médico. El carretero se encaminó en derechura a la casa y yo a la cuadra. Al entrar vi que los caballos estaban solos, pues tanto Osco como Omar habían abandonado su custodia. Rih, al verme, se volvió hacia mí relinchando y resoplado de una manera inusitada. Le acaricié la cabeza, caricia a la que el noble

animal solía corresponder frotando la nariz en mi hombro y besándome la mejilla — pues no hay duda de que los caballos besan también—; pero aquella vez no hizo nada de eso, sino que siguió resoplando y dando señales de gran excitación.

Yo lo reconocí entonces y aunque en el interior de la cuadra estaba muy oscuro, pude observar que el potro descansaba solamente en la pata posterior derecha. Cogíle entonces la izquierda y la palpé por todas partes. Rih resopló con más fuerza y contrajo la pierna, como si le doliera.

—¡Está cojo! ¡Esto sólo nos faltaba! —exclamó Halef—. ¿Dónde habrá podido lastimarse?

—Eso lo veremos ahora mismo. Sácalo al patio, que allí se ve todavía.

El potro cojeaba y de un modo tan visible que empezó a preocuparme. Al dejarle yo en la cuadra estaba perfectamente sano. ¿Cómo había podido presentarse el mal tan de repente? Le palpé toda la pata sin que el animal diera señal alguna de dolor; el mal debía de estar, pues, en el casco, que levanté y examiné cuidadosamente sin descubrir nada anormal. Luego recorrí con la punta del índice toda la planta hasta que de pronto encogió el animal la pierna y bajo los vellones noté un pequeño bulto; aparté entonces el pelo y advertí la cabeza de un alfiler que estaba clavado por el borde del casco dentro de la carne viva.

—¡Mira, Halef, un alfiler!

—¡Por Alá! ¿Cómo es posible? ¿Dónde se lo habrá clavado?

—Se lo han clavado, como puedes ver.

En cuanto el *hachi* se convenció echó mano al látigo e intentó penetrar en la casa, pero yo le contuve, diciendo:

—¡Alto ahí, nada de disparates!

—¿Disparate llamas a apalea al infame que maltrata a un pobre animal y le deja inútil?

—Aguarda; lo principal es sacar ese alfiler. Sostenle la pata.

Rih comprendió enseguida que iba a curarle. Yo no tenía otro instrumento que mi navaja para hacer la extracción; pero el potro, a pesar del dolor que involuntariamente tuve que causarle, no se movió siquiera. En cuanto tuve en mis manos el alfiler me lo quitó Halef diciendo:

—Dámelo, *sidi*, que quiero clavárselo al canalla donde más le duela. Dime, *sidi*, ¿qué parte del cuerpo debo elegir para acerico?

—Eso no es castigo suficiente para tal infamia. Volvamos al animal a la cuadra.

Rih volvió a pisar firme con los cuatro remos. Yo no estaba menos indignado que Halef, pero no quería precipitar las cosas.

—¿Con qué objeto habrán intentado inutilizar al caballo? —pregunté al *hachi*.

—Me parece que está claro.

—A ver, di.

—Para obligarte a que lo vendas.

—Ésas son mañas de gitanos, que éstos suelen emplear con fruto, pues de no

encontrar el estorbo se declara incurable al animal y es malvendido. Pero aquí la intención es otra.

—Como te preguntó el amo de casa si querías venderlo...

—Y también se enteró por mi contestación de que no pienso en ello, pero si ha creído obligarme por medios tan infames, se lleva un chasco. Francamente, ese hombre me tiene muy receloso y aunque no puedo fundar en nada probado mis recelos, creo que conviene estar alerta. ¿Por qué no me ha dejado solo un momento? ¿Por qué ha evitado con tanto cuidado que me comunicara yo con otros? De paso, recuerda los gemidos que hemos oído al volver; el criado parece que se ha lastimado de veras. ¿Cómo habrá sido? La cosa es bien extraña.

Halef dejó oír un gruñido de aprobación y acabó por decir:

—Se me ocurre una cosa.

—A ver.

—Pensando en los motivos que pueda haber para inutilizar un caballo, cuando la idea no es inducir al amo a que lo venda...

—Acaba.

—Sólo puede haber el de impedir que el animal ande para obligar al jinete a ir al paso y que no corra.

—Eso mismo he pensado yo, y cuando se lleva esa idea, ¿por qué será?

—Porque se desea darle alcance y que no coja mucha delantera.

—Estamos de acuerdo; es indudable que se cuenta con perseguirnos en cuanto salgamos del pueblo.

—¿Qué irá ganando en ello el carretero, digo yo? A él no le hemos hecho daño ninguno. Nos ha hospedado y por tanto está obligado a protegernos y no a perjudicarnos.

—Nos hospedamos aquí por no quedar a la intemperie; pero su actitud es tan extraña que no deja de sorprenderme. Si el criado nos esperaba, como sospecho, es porque sabían de antemano nuestra llegada, y como la noticia sólo podía proceder de Ismilán y nosotros nos entretuvimos en el camino, habrán anunciado nuestra llegada con tiempo, y en tal caso...

—Mira, *sidi* —me interrumpió Halef.

Estábamos en la cuadra junto a Rih y estaba aquello muy oscuro. También fuera empezaba a anochecer; pero aún había luz suficiente para ver lo que pasaba en el patio. A la entrada vimos a una vieja, que miró a todas partes como si buscara a alguien; luego atravesó corriendo el patio y en el umbral de la cuadra llamó:

—Edgar, ¿dónde estás?

—¿Quién es Edgar? —le pregunté.

—El mozo de cuadra.

—No está aquí.

—Esto está muy oscuro. ¿Quién eres?

—Un huésped.

La vieja penetró entonces en la cuadra y me dijo con misterio:

—¿Eres cristiano?

—Sí.

—¿Vienes de Ismilán?

—Sí.

—Pues, entonces, huye enseguida. Sal de esta casa y de este pueblo a todo correr esta noche misma, sin falta.

—¿Por qué?

—Te amenaza aquí un gran peligro; a ti y a tu escolta.

—¿Quién me amenaza, y qué peligro es ése?

—Glava es tu enemigo mortal. No sé la clase de riesgo que corres; pero sí sé que es inminente. Hoy va a decretarse tu suerte y me han enviado para que avise al carretero la hora a que tendrán la entrevista.

—¿En dónde?

—En casa de Glava, mi amo.

—Está bastante lejos, según me han dicho.

—Entonces te han engañado. Vivimos ahí enfrente, y nuestro corral está a espaldas de esta cuadra. Ya ves si debes hacer caso de mi aviso y huir sin perder tiempo. No puedo entretenerme más, pues tengo que avisar al carretero. Me he deslizado hasta aquí pensando encontrar a alguno de vosotros en la cuadra. ¡Ay de mí si me descubren!

## CAPÍTULO 5

### En el palomar

La anciana quiso escabullirse en la oscuridad; pero yo la cogí de un brazo, diciéndole:

—Sólo un minuto. Recelaba que no estábamos seguros y tú acabas de confirmármelo. ¿Por qué te expones a perder el pellejo para avisarnos?

—Os he visto pasar cuando volvíais de la feria. Mis amos al veros os llamaron yaúres y perros cristianos; y como yo también soy cristiana me resolví enseguida a avisaros del peligro que corréis. Tú tienes mis creencias y rezas a la Virgen Marryam como yo; por tanto soy tu hermana, y no debo consentir que un hermano perezca a manos de estos infieles.

—Dios te pagará el favor que nos has hecho; pero ¿quiénes son los que nos acechan?

—Dos que han llegado hoy de Ismilán. Ignoro sus nombres, aunque, por lo que le he oído a mi amo, a uno le llaman mendigo. Éste es un hombre mal encarado a quien creo haber visto otras veces alojado en casa de mis amos anteriores, en la torre de Barutín.

Y dicho esto, la buena mujer iba a marcharse; pero sus últimas palabras me obligaron a detenerla otra vez, diciéndole:

—Aguarda un momento. Tú eres la que en la maleza construiste un altarcito con una cruz para tu ama, ¿no es eso?

—En efecto. ¿Cómo lo sabes?

—Vengo de allí; me hospedé en casa del capitán y encontré a tu señora muerta junto al altar donde había ido a rezar.

—¡Muerta! ¡Dios mío!, ¿es posible?

—Si no llevaras prisa, te referiría todos los pormenores. Tu amo me habló de ti.

—Cuéntame lo que te dijo —suplicó entonces—. No debiera detenerme más, pero ¡me interesa tanto lo que dices! Que me maten si quieren. Volveré pronto; pero no a esta casa. ¿Piensas estar más tiempo en la cuadra?

—Si lo deseas, me quedaré.

—Entonces me acercaré por el lado de nuestro patio y podremos conversar más tranquilamente.

—Podrás entrar si quieres, pues no me cuesta ningún trabajo quitar unos cuantos tablones para que puedas pasar.

—Bueno; no digas que nos hemos visto. Ahora me voy y en cuanto cierre la noche vuelvo.

Y la mujer desapareció en la sombra.

—¡*Hasa nasieb!*<sup>[2]</sup> —exclamó Halef.

Y en efecto, tenía razón. ¡Aquella vieja sirvienta, a quien conocía de oídas, cristiana ferviente, aunque en secreto, tenía que haber entrado al servicio del tratante en granos para que Dios nos favoreciese por medio de ella! Los mahometanos conocen la palabra casualidad; pero le dan un significado distinto del nuestro. Designan con ella lo que tienen por imposible, mientras que los vocablos *taktir*, *kismet*, *kader*<sup>[3]</sup> son para ellos palabras sagradas.

—¿Crees que el mendigo sea el Sabán que conocemos? —me preguntó Halef.

—Es más que probable.

—¿Pero no me dijiste que se lo había llevado el herrero?

—De algún modo se le escaparía, pues no estaba herido, y hay que reconocer que tiene agallas suficientes para venir hasta Menlik.

—¿Quién será su compañero?

—Sospecho que el fondista de Ismilán, el hermano de Deselim. El mendigo le habrá contado todo lo ocurrido y ahora nos persigue para vengarse.

—Pues les va a ser difícil —gruñó el pequeño Halef.

—Ante todo hay que averiguar lo que traman contra nosotros, para lo cual nos ayudará la vieja.

—¡Pobre mujer! Hay que recompensarla bien. ¿Qué le daría, *sidi*? ¿Te parece que la obsequie con unas cuantas moneditas de mi bolso?

—El dinero será lo que le venga mejor, pues debe de estar necesitada cuando todavía sirve a sus años; pero guárdate tus monedas, que eso es cosa mía.

—Ya me lo figuraba —replicó Halef, riendo satisfecho—. Tú tienes oro y yo solamente plata, de modo que yo la regalaré con lo de tu bolsillo. Eres hombre espléndido y pagas gustoso los obsequios que hace tu amigo y protector pero no le des más que una moneda de oro, pues el viaje es todavía muy largo y no sabemos si nos alcanzará el dinero que llevamos.

—Te veo hoy demasiado económico y previsor, y debías recordar que esa mujer nos salva la vida.

—No tanto, sólo nos avisa de que peligra, pero ya sabíamos de antemano que no la tenemos muy segura. De todos modos habríamos estado alerta. Pero, dime, *sidi*, ¿a qué viene esperar lo que piensan hacer cuando sería mucho mejor adelantarnos? Propongo que entremos ahora mismo, que nos apoderemos de ese traidor de carretero, a quien le propinaré unos buenos puñetazos para que no me olvide, y que vayamos a alojarnos a otro lado.

—Eso no puede ser; primero conviene apoderarse de Manach el Barcha y de Barud el Amasat, que seguramente están aquí. Además, no conviene que se enteren de que estamos sobre aviso. Luego es preciso que sepa yo a qué han venido a Menlik. Después ya te quedará tiempo de hacer uso de tus puños todo lo que te plazca.

—¡Te empeñas en esperar que te acusen como asesino! Y una vez ahorcado que derrame yo sobre tu cadáver lágrimas de aceite y vinagre. Soy tu protector; pero no

me exijas demasiado.

—El gran riesgo que corremos aumentaría si apaleáramos al carretero. Además, estamos perdiendo el tiempo en inútiles discusiones y dando lugar a que nuestro hospedero sospeche de nosotros si permanecemos más tiempo en la cuadra. Mas como éste es el lugar de cita con la sirvienta, voy a distraerme un rato, pero no sin examinar antes los tablones.

La carcoma me había facilitado el trabajo, pues al reconocerlos vi que podía soltar algunos sin la menor dificultad. Convencido de esto me dirigí a la casa, y en ella encontré al carretero con su esposa, la cual abandonó la habitación en cuanto entré. Los cónyuges debían de haber tenido una conferencia importante, a juzgar por la gravedad de sus rostros.

—¿Acaso Alá te ha enviado repentinas preocupaciones? —le dije a nuestro anfitrión—. Tu aspecto así lo indica, al menos.

—Claro que las tengo y muy graves. Mi criado está desangrándose por boca y narices de un modo alarmante.

—Llévame a que lo vea.

—¿Eres médico? Ya le ha visitado un facultativo, pero tiene tan fuertes dolores que también he mandado a llamar al saludador, que acaba de irse.

—¿Y qué opina?

—Enseguida ha acertado lo que es, y por cierto que es más entendido que el médico, pues conoce todas las enfermedades en el acto, así como el modo de curarlas. Me ha dicho que el enfermo tiene un absceso en el estómago por haber comido demasiadas naranjas agrias. Ese absceso interior ha salido a la piel con la caída o el golpe que se ha dado el enfermo. Le enviará algún reconfortante estomacal y más adelante le extirpará las úlceras del estómago.

—¿Sabrá hacer tan delicada operación?

—Ya lo creo, tiene unas cuchillas con las cuales corta huesos como el brazo igual que si fueran de manteca; y el estómago es cosa blanda.

—En efecto, debe de ser un excelente cirujano. Sea como fuere, desearía ver al enfermo.

El carretero cedió y entramos en el cuarto del criado, que yacía gimiendo en el suelo sobre una vieja manta y parecía haber perdido mucha sangre. Como sólo llevaba calzones y chaqueta, fácilmente pude examinar la herida; al tocarla lanzó un gemido.

—¿Entiendes de enfermedades del estómago? —me preguntó el amo.

—Sí, y por eso declaro que aquí no hay tal enfermedad.

—Entonces, ¿de qué padece?

—Padece un grave mal de herradura.

El hombre me miró con la boca abierta, como quien ve visiones, y repitió estupefacto:

—¿Mal de herradura? Nunca he oído hablar de semejante enfermedad.

—Pues fíjate y verás. Este bulto tiene la forma exacta de una herradura; o sea como si un caballo le hubiera dado una coz en medio del estómago. Está el casco tan marcado como si lo hubieran dibujado con un molde. La especialidad de este mal está en que fractura unas cuantas costillas, y sólo lo padece la gente que no sabe manejar alfileres.

El carretero, que no sabía por dónde tomar mi explicación, salió del aprieto, preguntándome:

—Entonces ¿crees que tiene alguna costilla rota?

—Más de una, y por añadidura le han perforado el pulmón, como lo demuestra la sangre que vomita. Tu saludador es un bruto, que no entiende palabra de medicina, y tu médico no le va en zaga. Como no llames a otro facultativo mejor, puedes dar a tu criado por perdido; y si escapa con vida le servirá de lección para no volver a meterse con caballos ajenos.

—Mi criado no ha tocado ningún caballo.

—Pues el caballo le ha tocado a él, de modo que no se te olvide mi consejo.

—¿Sabes de algún remedio para curarle?

—Sí; pero necesita mucho tiempo. Llama a un buen médico y mientras llega ponle compresas de agua fría sobre el pecho; es el mejor remedio.

—Tenemos aquí a un médico militar excelente, pero con la feria estará tan ocupado que no querrá venir. ¿No sería conveniente darle al enfermo una purga de ruibarbo y ponerle un vejigatorio?

—Tómate tú la purga después de echar en ella el vejigatorio, pues te sentará perfectamente, y en cambio, al herido lo mataría.

—¡Qué duro estás, señor! Voy corriendo a llamar al médico militar.

—¿Cuándo volverás? —le pregunté yo.

—No lo sé a punto fijo. De paso he de ver a un amigo que me entretendrá un buen rato. Cuando vuelva cenaremos. ¿Tienes apetito ya?

—No, tienes el alma llena de caridad y benevolencia. Cenaremos a tu regreso.

El hombre se fue y yo comprendí que iba a casa del tratante Glava, lo cual me venía como de molde para hablar con la anciana a mis anchas. Estaba visto, el criado había hincado el alfiler en el casco de Rih y éste le había agradecido el favor con una coz tremenda. No había necesidad de castigar al mozo, que hartado pagaba las consecuencias de su mala acción, tanto que a mí mismo me daba verdadera lástima.

Al salir topé con Osco y Omar, que volvían tan campantes de su excursión. El primero me cogió del brazo y me dijo al oído:

—*Effendi*, estamos vendidos. Ese carretero es un traidor, un embustero, un hombre muy peligroso.

—¿Qué queréis decir?

—El tratante en granos vive al otro lado del patio. Estamos bien enterados; y ¿sabes quién se hospeda en su casa?

—Tú dirás...

—Nada menos que el fondista de Ismilán, a quien he visto en el umbral de la puerta.

—¿Os ha visto él?

—Sí, aunque al divisarnos se ha metido adentro, para ocultarse. Se figura que no le hemos visto. ¿Qué hacemos ahora?

—Tal vez tengamos que partir esta misma noche. Aquí tenéis dinero, comprad fruta y pollos sin que nadie de la casa se entere y entregad las provisiones a Halef, pero no os detengáis mucho.

Volvieron a salir y yo me fui a la cuadra. Ya estaba todo a oscuras. Cuando oí que rascaban al otro lado, aparté los tablones, que había dejado clavados solamente por arriba, y me deslicé al patio contiguo.

—¡Alá, Alá! ¿Cómo te atreves? —balbució la vieja, aterrada.

—Es mejor así. Si viene alguien me vuelvo a la cuadra enseguida. No ofrece peligro alguno. ¿Está el carretero en tu casa?

—No es hora todavía. *Sidi*, vengo a que me hables de mi difunta señora.

En realidad, tenía yo cosas más importantes que tratar; pero la buena mujer merecía que le diera ese gusto, y le referí el episodio del fortín con todos sus pormenores. La muerte de su ama pareció destrozarle el alma, pues se echó a llorar como si hubiera sido una hija querida. Luego me habló de su vida pasada y de cómo había sido despedida de mala manera por el capitán, y después de muchas penas y amarguras había logrado colocarse en casa del rico tratante de Menlik.

Como aquel desahogo parecía consolarla, escuché toda su historia, aunque consumiéndome de impaciencia, sin demostrárselo. Por último, hube de poner fin a sus confidencias, haciéndole presente la gravedad de nuestra situación.

—¡Ay, *Isa*, *Yussuf*, *Marryam*! —exclamó la infeliz—. Sólo pienso en mí y me olvidaba del peligro en que estáis. Perdóname y dime qué puedo hacer por vosotros. Estoy dispuesta a todo, con tal de salvaros.

—Puedes hacernos un inmenso favor. ¿Has oído nombrar alguna vez a Manach el Barcha o a Barud el Amasat?

—Los dos han estado hasta hoy alojados en casa de mi amo.

—¿Hasta hoy? ¿Pues dónde están ahora?

—Se han ido.

—¿Adónde?

—Lo ignoro. Han llegado dos hombres, han hablado todos en secreto, y se han ido Manach y el otro. Después ha acudido el carretero y como no sabían por dónde ni cuándo llegaríais, han enviado a un criado al camino de Nevrekup, y al nuestro al de Vessmé y Vlakavitzá, así no podíais pasar sin ser vistos. He oído que decían que eres cristiano y que en ti se vengarían a sus anchas. Han dispuesto que os alojarais en casa del carretero hasta haber decidido lo que hay que hacer contigo. Todo eso lo he averiguado casualmente y he decidido avisarte. Estoy contenta de haberlo hecho, y todavía quisiera poder hacer más.

—Te estoy muy reconocido. Como no sé el tiempo que permaneceremos aquí, ignoro si podré despedirme, por lo cual te ruego aceptes este pequeño obsequio como recuerdo de tu buena obra.

Le di el objeto que le tenía destinado y ella lo recibió en silencio, pues como no se veía nada quiso adivinar con el tacto lo que era; y en cuanto se enteró exclamó entusiasmada:

—¡Dios mío, unos rosarios! ¡Ay, señor, no sabes cuánto te lo agradezco! Has adivinado el mayor deseo de mi corazón. Yo no quería utilizar las hileras de cuentas de los mahometanos, y de los nuestros o no los hay aquí o cuestan carísimos. En cada avemaría que rece me acordaré de ti. ¿Y cómo te pago yo el gran favor que me has hecho?

Mi pequeño obsequio había exaltado extraordinariamente a la pobre, disponiéndola a exponerse a todos los peligros si así se lo hubiese yo pedido.

—¿No sería posible enterarme yo mismo de lo que trama esa gente? —le pregunté.

—Es muy difícil, he tenido que llevar cojines y vino a la galería donde nadie puede espiarlos.

Con el nombre de galería debía de querer indicar la anciana algún departamento saliente. Los conspiradores eran hombres precavidos.

—¿Beben vino siendo mahometanos?

—Con frecuencia y a veces hasta perder la cabeza, pero sin que nadie se entere. La galería está oculta y hay que subir a ella por una escalerilla excusada. Yo me aventuraría a escuchar; pero no hay donde ocultarse ni por dónde escapar si me sorprendieran. Si abrieran la puerta de improviso caería en sus manos sin remedio, y el amo ha prohibido que se acerque nadie a la escalera.

—No te pido que te arriesgues tanto. Soy yo el que quisiera oír lo que hablan.

—Puesto que me dices eso, reflexionando un poco... Mira, lo sabrás todo; te lo prometo.

—Explícate, por favor.

—Encima de la galería está el palomar, y encaramándome a él podré oír todo lo que digan.

—¡Excelente idea! Pero ¿se cabe dentro?

—¡Ya lo creo! Hace muchos años que no se utiliza; pero tiene una gatera por donde se puede pasar, aunque con trabajo.

—¿De qué es el techo de la galería?

—De troncos sin juntas —me contestó.

—Pero ¿será sólido?

—Eso sí, aunque tiene rendijas por las cuales se puede ver y oír lo que se haga y se diga abajo. No hay más; me meteré por el agujero y luego vendré a decirte lo que hayan fraguado.

—La verdad, no quisiera exponerte a ese riesgo, y además...

—Señor, lo haré con mucho gusto.

—Lo creo; pero es fácil que digan cosas que tú no puedas comprender. Tu relato podría perjudicarnos en lugar de servirnos. Por eso prefiero ser yo quien los espíe desde el palomar.

—¡Está aquello tan sucio!

—Eso no puede detenerme en el peligro. La cuestión está en llegar al escondite sin que me vean.

—De eso me encargo yo.

—¿Cómo?

—Si la noche no fuera tan oscura verías desde aquí una escalera por donde se sube al pajar; otra más pequeña lleva al henil, y siguiendo a lo largo del tejado pasas de éste al de la casa y desde allí a la puerta que da al palomar. Si te escurres por ella y cierras detrás de ti, nadie podrá pensar que allí se oculte alguien. A la izquierda de esa trampa está la escalera que baja a las habitaciones de los amos.

—¿Crees que puedo atreverme?

—Siempre que te guié yo.

—Bueno; de la salida yo me encargo; la cuestión es entrar.

—En cuanto vea que ellos bajan sabré que tú también te has ido y vendré a hablar contigo. Acaso pueda serte útil entonces. ¿Quieres que vayamos? La hora de la cita debe de estar cerca.

—Espera un instante.

Volví a introducirme en la cuadra por entre los tablones, y al hacerlo choqué casi con Halef, quien me dijo:

—*Sidi*, estoy enterado.

—Tanto mejor; así me ahorro explicaciones. ¿Han vuelto los otros?

—Todavía no.

—Han ido a comprar provisiones, pues ignoro cómo saldrá la aventura. Sea como fuere, ten los caballos preparados como si fuéramos a partir al instante; pero sin que esta gente se entere.

—¿Crees que corremos peligro?

—No sé; pero bueno es estar preparados.

—Permite que te acompañe.

—Es de todo punto imposible.

—*Sidi*, soy tu protector natural.

—Me proteges mejor cumpliendo mis órdenes.

—Pues al menos llévate la carabina.

—¿Carabinas en un palomar? ¡Valiente disparate!

—Veo que vas a perecer; pero yo cuidaré de impedirlo.

—Hazlo así; pero sin separarte un momento de los caballos. Me llevo el cuchillo y dos revólveres. Con esto basta y aun sobra.

De nuevo salté al patio contiguo. La anciana me cogió de la mano y juntos nos

deslizamos a lo largo de la pared hasta la escalera. Sin decir una palabra subió ella delante y yo la seguí en el mayor silencio hasta el pajar. Por entre los haces de paja llegamos a otra escalera de escasa altura y en cuanto pisamos el último peldaño nos encontramos en lo que en Occidente llamamos el desván de un edificio lateral. Allí volvió la anciana a cogerme de la mano y seguimos por el borde del tejado. Tuvimos que arrastrarnos, y yo que era más alto di unos cuantos trompicones con la cabeza en los postes y vigas del techo. La anciana no dejaba de advertirme:

—Cuidado con el poste.

Pero siempre llegaba el aviso cuando ya había yo trabado conocimiento con él.

De pronto dimos un resbalón tan inesperado que perdimos el equilibrio y rodamos unas cuantas varas hacia abajo. La cosa no tuvo consecuencias; el plano inclinado estaba tapizado y nos habíamos deslizado por un montón de heno abajo. Mi compañera dejó escapar un grito de terror. Nos quedamos inmóviles, escuchando ansiosamente para ver si nos habían oído; pero al convencernos de que todo seguía en silencio, me dijo la anciana:

—Delante de ti está la puerta del palomar y a la izquierda la escalera que te he dicho. Yo me vuelvo por donde hemos venido en lugar de utilizarla.

—¿Estarán ya reunidos?

—No, pues ya los habríamos oído.

—Gracias a Dios, pues también ellos habrían oído el grito que has lanzado.

—Ya tienes la gatera abierta; yo me voy. Ten cuidado, no te ocurra algo malo.

La sentí trepar por el heno y por fin todo quedó en silencio en medio de una oscuridad completa.

En las selvas vírgenes de América no sentí nunca la opresión y desazón que me causaba aquel desván estrecho y oscuro. A la derecha toqué una pared y a la izquierda una escalera. Encontrábame en un cuadrado de pocos palmos de anchura, a mis espaldas quedaba el henil y enfrente una estrecha pared de tablas, con una gatera apenas bastante ancha para dar paso a mi cuerpo.

En aquel lugar constituía un verdadero peligro encender luz; pero era preciso orientarse. Saqué, pues, una cerilla y la introduje en el palomar. Razón tenía la vieja; estaba aquello hasta el techo de porquería, pero no había que pararse en pelillos; en aquel gabinete de lujo cabía yo perfectamente, con la condición de convertirme en ovillo, porque a la derecha faltaba un pedazo del piso. El resto parecía ser de una solidez y seguridad bastante aceptables.

Me arrastré por la gatera y cerré la trampa, y todavía no me había acomodado cuando empezó a molestarme el mal olor y comprendí que no tardaría mucho en romper en ruidosos estornudos como no buscara un rápido remedio. Estornudar era perderme. Palpé el suelo en busca del cordón que suele haber para abrir las trampillas de salida, y, en efecto, instantes después daba entrada en aquella jaula al aire suficiente para respirar sin peligro.

Como esta comodidad me hizo exigente, salí en busca de heno que me sirviera de

lecho sobre los duros troncos y una vez bien mullido el sitio, esperé tranquilamente los acontecimientos.

## CAPÍTULO 6

### El látigo de Halef

Estaba deseando que llegaran los conjurados; pero tuve que armarme de paciencia. Al cabo de un rato de espera hube de convencerme de que si no tomaba ciertas precauciones no podría aguantar allí mucho tiempo, el aire era escaso y la respiración difícil, por lo cual levanté la trampa que daba al henil, pues prefería el olor de la hierba seca al que despedía el guano en que yacía. Para evitar el cosquilleo en las narices, me até por debajo de ellas el pañuelo y abrí las trampillas del tejado por donde habían salido a lanzarse a sus vuelos las aves portadoras del símbolo de paz. De una mirada que eché afuera comprendí que me hallaba bajo las mismas tejas; las luces y el ruido de la feria llegaban hasta mí ahogados y las ideas más extrañas pasaban por mi mente. ¡El famoso *emir* Kara Ben Nemsi, *effendi* del famoso hachi Halef, escondido en un palomar! ¡El corremundos metido en un jaulón de pichones! Esto me recordaba a aquel oficial de sastre que había de ir al extranjero a perfeccionarse en su oficio y era tanto lo que le aterraba el viaje que su madre, compadecida, le ocultó en el palomar.

Reconstruyendo la romántica balada del héroe del dedal no pude menos de reírme, lo cual sacudió mi cuerpo y de rechazo el suelo, que de pronto crujió. Esto debiera haberme alarmado; pero como había probado antes la solidez de los troncos al someterlos a la presión de mi cuerpo, me tranquilicé enseguida. Aunque la aérea construcción no hubiera sido calculada para resistir el paso de los siglos, mi absoluta inmovilidad me garantizaba contra todo percance.

Resistí, pues, como un tronco una hora seguida, al cabo de la cual empecé a sentirme bastante molesto. Como tenía tapada la nariz, respiraba solamente por la boca, y el polvo acre y picante se me metía en la garganta produciéndome náuseas. Era imposible taparme también la boca, y así no me quedaba más recurso que aguantar la borrasca.

De pronto sonaron abajo pasos y voces, se abrió una puerta, se encendió luz y vi entrar hasta seis hombres, que se sentaron en los cojines que rodeaban la habitación. A la luz que penetraba por los intersticios del palomar ya no me parecía tan sólido el piso de troncos, pues empecé a descubrir en él múltiples y anchas lagunas que me pusieron los pelos de punta. La vieja me había asegurado que el suelo era «muy seguro» y yo veía que no tenía nada de eso.

Al entrar por el tejado, la lluvia había humedecido la palomina convirtiéndola en una capa compacta, y tal vez se debía a tan frágil argamasa que no se hubiera venido todo abajo.

Sin querer hice un movimiento y comprendí acto continuo el grave riesgo que

corría, pues noté con terror el polvo espeso y grisáceo que cubría todos los objetos de la galería y que una lluvia fina y menuda continuaba cayendo sin parar. Los conjurados se dieron cuenta del fenómeno al instante, pues uno de ellos, largo y delgado como una sogá, levantó los ojos al techo y exclamó:

—¡Malditos gatos! Voy a acabar con todos.

Ya comprenderán mis lectores que me quedé yerto, sin atreverme a respirar.

Al lado del hombre flaco, que era, por lo visto, el amo de la casa, se acomodó nuestro amigo el carretero, junto a éste Sabán y luego el hermano de Deselim, de Ismilán. El mendigo traía un brazo vendado y un buen chichón en la frente. Al parecer había salido de manos del herrero un tanto quebrantado. Los otros dos me eran desconocidos, ostentaban la kopcha y debían de pertenecer a la hermandad, pues tenían caras de esas que yo denomino «dignas de ser abofeteadas». El último de todos, además de las armas de costumbre, llevaba atado a la cintura un aparato que me pareció una honda, arma que yo ignoraba se usara aún en aquellas tierras. Estos dos callaban como muertos, mientras los demás hablaban.

El mendigo empezó por relatar el episodio ocurrido en su choza, luego nuestro encuentro nocturno y el modo y manera como cayó en manos del herrero. Atado al caballo había tenido que seguir a Chimín, hasta que al amanecer llegaron a un pueblo, donde se hospedaron en casa de un amigo del herrero; allí por fortuna topó Sabán con un su amigo que le libertó y pudo salir a uña de caballo. El herrero le persiguió buen rato; consiguió darle alcance, llegaron a las manos y de la pelea había sacado Sabán aquellos rasguños; pero pudo escabullirse y llegó en carrera desenfundada a Ismilán, donde el hermano de Deselim le contó que ya habíamos tomado el portante.

En cuanto el fondista se enteró de la participación que yo tenía en la muerte de su hermano, había montado a caballo para acompañar a Sabán en la persecución del *emir* extranjero, pues sabía que lo encontraría en Menlik en casa del tratante Glava, donde indudablemente pararía. Por el camino toparon con el mulero despedido, el cual acabó de darles otros pormenores, averiguando por este medio que habíamos dado un rodeo, por lo cual se dieron prisa por llegar antes que nosotros a Menlik. Lo habían conseguido cambiando los caballos en el camino.

Una vez en Menlik, se habían avistado con Barud el Amasat, Manach el Barcha y el carcelero escapado y les dieron las convenientes instrucciones. Los tres, en cuanto se enteraron, partieron de Menlik para no caer en manos de la policía, pero exigiendo antes la promesa de que se impediría por todos los medios que yo y los individuos de mi escolta siguiéramos en su persecución.

Al efecto habían apostado gente en las dos puertas de la ciudad para esperarnos y conducirnos a casa del carretero, y ya sólo faltaba tomar una determinación respecto de lo que habían de hacer con nosotros.

—Pues es preciso —observó el carretero— impedir que esos perros sigan molestando a nuestros hermanos.

—¿Y con eso te basta? —le interrumpió el fondista—. Pues yo exijo más, mucho

más. ¿No ha causado ese extranjero la muerte de mi hermano? ¿No me ha engañado haciendo que le revelara los secretos de la hermandad? ¿No se ha apoderado de la kopcha haciéndose pasar con ella no sólo por uno de los nuestros sino hasta por un jefe? Ese hombre posee secretos de la asociación y puede perjudicarnos y perdernos a todos. Voto por que no se le deje salir de aquí.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—Es muy sencillo. Claro que no voy a tratar de convencerle con palabras y promesas, es preciso hacer uso de la fuerza y para eso quedan dos recursos, primero acusarle de modo que le prendan las autoridades, o bien apoderarnos de su persona y encarcelarlo por nuestra cuenta.

—¿Y de qué vas a acusarle?

—¡Pues no hay pocos motivos que digamos!

—No hay uno solo que sea aprovechable, puesto que según dices posee los tres documentos que conceden la inmunidad: el *teskereh*, el *budieruldu* y el *ferman*. No sólo está bajo el amparo de las autoridades, sino que es un recomendado y protegido directo del sultán. En cuanto quieran echarle mano, sacará los papeles y las autoridades se desharán en reverencias y genuflexiones, poniéndose incluso a su servicio. Conozco otros casos. Y aun logrando que le prendieran, con acudir al cónsul de su tierra, ya lo tiene todo arreglado; y si a ése le atemorizamos, por encima de él está el cónsul general, a quien no hay medio de asustar.

—Tienes razón, hemos de obrar por cuenta propia.

—Pero ¿cómo?

El mendigo hizo entonces un ademán autoritario y dijo:

—¿A qué gastar tanta saliva? Se trata de un asesino y de un traidor, al que se le quita de en medio de una puñalada certera. Es el mejor medio de acabar pronto y de cerrarle el pico.

—Estoy conforme contigo —replicó el hermano de Deselim—. También mi hermano ha muerto, y sangre pide sangre. Le habéis inutilizado el caballo a fin de que podamos darle alcance; pero yo creo que lo mejor es despacharlo aquí. Mi puñal está bien afilado, mientras duerma me deslizo yo a su cuarto y le parto el corazón. Así quedamos en paz.

Contra esto protestó el carretero, diciendo:

—¡Eso no! Soy hermano y cómplice vuestro; por eso le he recibido en mi casa, facilitándoos la cosa, y seguiré ayudándoos en todo lo que pueda, pero no consiento que muera en mi casa, no quiero verme ante el juez para responder de la vida del protegido del Gran Señor.

—¡Cobarde! —gruñó el de Ismilán.

—No me insultes, pues bien sabes que no tengo pelo de cobarde; pero ya tengo yo más pérdidas que vosotros, sólo con la herida de mi criado, de la cual parece adivinar la causa el extranjero.

—¿Cómo es posible?

—Después de visitar al herido, ha aludido a la imprudencia de andar con alfileres y me ha dicho otras cosas que me dan que pensar. A ver si ha encontrado el alfiler en el casco del caballo, pues esos malditos francos tienen los ojos del mismo demonio y ven todo lo que no debieran.

Uno de los desconocidos que se mantenían callados soltó entonces el chibuquí y dijo:

—Ea, acabad pronto. Dejad las palabras para los niños y las mujeres, los hombres obran y callan. Manach el Barcha nos espera en las ruinas de Ostromcha para saber en qué forma nos hemos deshecho de esos perros, y me ha encargado que le lleve el recado cuanto antes, de modo que no tengo tiempo que perder oyendo vuestra charla.

Estas palabras eran para mí de importancia suma, puesto que me indicaban dónde encontraría a los criminales. Sólo me quedaba, pues, que saber la última decisión respecto de nuestra muerte, que escuché con una tensión de ánimo especial, pues verdaderamente causa una sensación extraña oír cómo se discute la muerte que piensan darnos.

Puse toda mi atención para que no se me escapara ni una sola palabra, así es que sentí una rabia grandísima al oír que crujía el heno en el desván contiguo. Levanté la cabeza. ¿Sería alguno de los gatos de que había hablado el amo de casa? El animalito había escogido el momento más inoportuno para sus expansiones. Abajo levantaron la voz; pero más ruido aún se originó en el propio palomar. De pronto se deslizó algo por la trampa, sonó abajo una exclamación furiosa y luego todo quedó en silencio, tanto arriba como abajo. Miré por los intersticios del suelo y vi que todos tendían el oído hacia arriba, asustados por el súbito ruido, aunque, afortunadamente, éste había sido amortiguado por las voces de los propios conjurados, pues todos las habían alzado en aquel crítico instante.

—¿Qué había sido?

—El dichoso gato —replicó tranquilizando a sus camaradas el larguirucho de antes.

—¿Hay muchos ratones en el desván?

—Es el refugio y palacio de ratas y ratones.

—¡Mira que si nos estuviera espiando alguien!

—¿Quién va a atreverse?

—Mejor sería que fueras enseguida a verlo.

—No es preciso, pero, por complaceros, iré.

En efecto, el tratante en granos se levantó y salió de la galería. El peligro arreciaba. Me enrosqué como un reptil. Suponía que aunque el individuo aquel no llevara luz, si encontraba la trampa abierta metería el brazo en el palomar y entonces daría conmigo. Ya oía crujir la escalera bajo su peso; pero, afortunadamente, no la subió hasta arriba.

—¿Quién anda por ahí? —gritó repetidas veces.

Todo quedó en silencio, sólo dentro de los montones de heno volvió a oírse como

un leve susurro.

—¿Quién va? —repitió el amo de la casa.

—¡Miau, miau! —respondió entonces un gato, que dejó oír después un bufido colérico. En efecto, era el gato sentenciado a muerte poco antes por el mismo dueño de la casa, quien soltó unas cuantas maldiciones al felino y regresó a la galería, diciendo:

—Ya lo habéis oído, es el maldito bicho.

Yo, que había empuñado el cuchillo, me tranquilicé, pero por poco tiempo, pues al reanudarse abajo la discusión, oí detrás de mí un ligero ruido como de alguien que pasara la mano examinando a tientas el local. Me incorporé y agucé el oído, cuando sentí que me cogían el pie y que una voz murmuraba:

—*Sidi...*

Ya teníamos explicada la presencia del minino de marras.

—¿Halef? —pregunté yo tan bajito como pude.

—¿Verdad que imito bien a los gatos?

—Pero ¿qué demonios se te ha ocurrido? ¡En buen aprieto nos pones a los dos!

—No pude aguantar más. Tardabas tanto, que me consumía de impaciencia. ¡Con qué facilidad podrían atraparte!

—Haberte esperado hasta que lo hicieran.

—¡Claro! ¡Hasta que te hubieran hecho pedazos! No, *sidi* mío, eso no podía ser. Soy tu protector de hecho y de derecho.

—Pero tu precipitación me pone en peligro. Siquiera no te muevas ahora...

—¿Puedes verlos?

—Sí.

—¿Y oírlos también?

—Sí, sí —le respondí impaciente—; pero si no te callas en el acto, acabaré por no ver ni oír lo que nos interesa.

—Bien, me callo; pero como ven más cuatro ojos que dos, voy a deslizarme dentro del palomar.

Y se dispuso a poner por obra lo que decía.

—¡Demonios! Pero ¿estás loco? Aquí no cabes. Quédate dónde estás.

En esto el fondista había levantado tanto la voz, que Halef no pudo enterarse de mi prohibición y a rastras fue introduciéndose en la jaula, como si no pudiera hacer cosa de más provecho. Furioso yo, le largué un puntapié; pero el *hachi* se quedó tan fresco. Sus intenciones eran buenas hasta el exceso. Creía hacerme un favor en la penosa tarea de mi espionaje y tomó mi patada por un movimiento involuntario de mi parte.

Y, en efecto, a los pocos instantes lo tenía a mi lado. Yo me escurrí todo lo posible hacia la izquierda.

—¡Alá sea bendito, qué mal huele esto! —susurró mi protector llevándose la mano a las narices.

—Apriétate contra mí todo lo que puedas —le respondí aterrado—, pues si vas a la derecha te hundes sin remedio.

Halef hizo un rápido movimiento hacia donde yo estaba, y con ello debió de remover toda la capa de palomina, pues abajo soltaron unes cuantos ternos, diciendo:

—¡Ya está ahí el maldito gato, echándonos esta nube de polvo encima!

—¡Achís! —hizo estornudando Halef, a quien el penetrante polvillo le cosquilleaba en las narices y la garganta.

Apretado contra mí, como se lo había mandado, sentí que le temblaba el cuerpo por la contracción nerviosa que hacía para dominar los estornudos.

—Ten cuidado —le dije, pues yo también, a pesar de la venda que me tapaba las ventanas de la nariz sentía la misma necesidad que él.

—¡Oh, *sidi*, nadie me oirá!, ¡oh... ih... achís... guch! ¡Alá, socórreme...!

En vano luchaba el infeliz por comprimir la invencible comezón. Oí primero un indescriptible resoplar y jadear interior y alargué involuntariamente las manos para taparle la boca.

—¡Alá... me valga... Alá ill... ell... ah... ah... ah... achiíís, atchis!

Y estalló el estornudo más fuerte y vigoroso que puede imaginarse a causa de los esfuerzos coercitivos que había hecho, haciendo retemblar todo su cuerpo y crujir el suelo y tambalearse el palomar como en un terremoto.

—¡*Sidi*... Sí... Mahoma... yo me hundo...!

El *hachi* creyó decir estas palabras fatídicas en voz baja; pero al desprenderse el suelo en que se apoyaba se convirtieron en una exclamación de terror y se me agarró del brazo en busca de apoyo. Yo, comprendiendo que me arrastraría con él, me solté de un tirón y un segundo después sentí a mi alrededor un zarandeo terrible, como si todo el edificio se viniera abajo...

El estrépito era horroroso, una nube de guano lo envolvía todo y abajo sólo se oían gritos, maldiciones, toses y estornudos. El buen *hachi* se había caído abajo llevándose tras sí la mitad del palomar. Yo me mantenía en el aire por un prodigio de equilibrio. Rápidamente salí por la trampa con los pies delante, y de un vigoroso empuje me hallé fuera de la jaula, y arrancándome el pañuelo que me tapaba la nariz estornudé y tosí como si me pagaran para ello, importándoseme dos cominos que me oyeran o no.

En la galería seguía el alboroto infernal. Halef debía de hallarse en peligro inminente. La luz seguía ardiendo. ¿Le habrían cogido o habría tenido la suficiente presencia de ánimo para escapar aprovechando la confusión? Sin pensarlo más, me eché escaleras abajo, no obstante la oscuridad; pero el ruido me servía de guía y a tientas encontré la puerta y vi que se cerraba por fuera por medio de un rústico pestillo de madera. Abrí de pronto, la lluvia de guano que caía del techo amortiguaba la luz de la lámpara y me cegaba.

En cuanto pude abrir los ojos, vi un revoltijo de piernas, brazos y troncos que se movían como en un hervidero, y un concierto disonante de toses, estornudos y gritos,

acompañados de chasquidos de látigo. Observé que los conjurados se acogotaban entre sí creyendo agarrar al inesperado invasor. Entre la baraúnda de voces oí gritar a Halef:

—*Sidi*. ¿Dónde estás? ¿Arriba o abajo?

—Abajo.

—¡Ven, que me agarran!

De un salto y sin pensarlo siquiera, me planté en medio del ovillo, donde encontré a Halef agarrado por varias manos. De un tirón vigoroso lo saqué fuera del montón y lo arrojé hacia la puerta abierta. Con unas cuantas patadas y puñetazos bien aprovechados logré hacer retroceder a los más audaces; salté fuera y eché el pestillo, dejándolos encerrados.

—¡Halef!

—Aquí estoy.

—¿Estás herido?

—Magullado nada más.

—Pues afuera enseguida.

Le cogí de la mano y le arrastré hacia la escalera, guiado por las voces que se oían en el entresuelo, donde la gente del comerciante se había alarmado al oír el tremendo alboroto.

Bajamos volando las escaleras, atropellando de paso a las personas que nos cerraban el camino, atravesamos corriendo el patio hasta el sitio en que estaban desclavados los tablones y en cuanto nos encontramos en la cuadra, tomamos aliento un instante, y dijo el *hachi*:

—¡Alá sea bendito! Juro que no volveré nunca a meterme en un palomar.

—Nadie te mandó que lo hicieras; así ha salido ello.

—Tienes razón, *sidi*, yo tengo la culpa; pero en medio de todo ha sido una hermosura, pues he podido manejar el látigo a mi sabor; y cree que no olvidarán esos canallas las caricias recibidas. Deben de tener el cuerpo hecho un tomate. ¿Los oyes? ¡Vaya una gritería!

—Nos irán buscando. ¿Dónde están Osco y Omar?

—Aquí, señor —contestaron los aludidos saliendo de un rincón de la cuadra.

—¿Están preparados los caballos?

—Hace rato.

—Pues a sacarlos fuera y arriba enseguida. Hay que salir ahora mismo del pueblo.

Cada cual echó mano a las bridas de su caballo. Reconocí a Rih, que llevaba mis armas en su sitio. En el patio montamos y como estaba abierto el portón, salimos a la calle sin dificultad alguna.

—¿Adónde vamos? ¿Conoces el camino? Mejor sería enterarnos.

—No quiero que nadie sepa la dirección que tomamos; por de pronto hacia Occidente, la cuestión es salir del pueblo cuanto antes, que no nos faltara después itinerario.

—Pero ¿es tan preciso huir dejándoles libre el campo?

—Por de pronto, nos vamos, que en todo caso es lo más conveniente. Si a la marcha la llamas fuga, allá tú. Como ahora sé dónde encontrar a Barud el Amasat, me agrada salir a buscarle y no dejaremos de dar con él y con sus compañeros, os lo prometo.

Pronto quedó atrás Menlik. Al entrar en la villa aquella mañana, no suponíamos que tendríamos que salir de ella tan precipitadamente la misma noche.

## CAPÍTULO 7

### Una posada modelo

En cuanto hubimos salido del circuito de Menlik nos vimos rodeados de tinieblas, a pesar de lo cual pudimos observar que íbamos por camino trillado. Delante de nosotros teníamos el río Struma, el Strymen de los antiguos, que desde Menlik se precipita hacia el Sur en busca de la rica llanura de Seres. Caminábamos por terreno desconocido y sólo sabía que teníamos que llegar a Ostromcha, que lleva también el nombre de Strumitza por bañarla el río del mismo nombre. En realidad debiéramos haber tomado la dirección de Petridach; pero supuse que eso mismo pensarían nuestros enemigos y que en esa dirección nos perseguirían. Así fue que al cabo de un rato torcimos al Norte.

—¿Adónde vamos, *sidi*? —me preguntó Halef admirado—. ¿No ves que te desvías del camino recto?

—Tengo mis razones para ello. Mira con atención, pues ando buscando un sendero que nos lleve al río, más al Norte; pero paralelo al que estamos recorriendo, para despistar a nuestros perseguidores.

—Entonces, cuidado, pues la oscuridad es grande.

Atravesamos un barbecho y poco después entrábamos en un camino de herradura; a la izquierda oímos el chirriar de las ruedas de una carreta tirada por bueyes, que había de servirnos de guía. Poco después nos encontramos junto al pesado vehículo, arrastrado por dos enormes búfalos sobre cuyo yugo brillaba un farol de papel.

—¿Adónde vas? —interrogué al carretero.

—A Lebnitza —me contestó señalando hacia adelante.

Ya estaba orientado. El camino conducía a Lebnitza, que está a orillas del riachuelo de este nombre que desemboca en el Struma.

—¿Y vosotros? —preguntó entonces el carretero.

—A Mikrova.

—Pues id con tiento, que el camino está muy malo. ¿Vais al molino? —me preguntó.

—¡Buenas noches! —le contesté sin darle más pormenores, aunque a la luz del farol vi que su pregunta estaba justificada, Halef y yo estábamos tan blancos del polvo del palomar como si acabáramos de salir de un saco de harina. No habíamos tenido tiempo de sacudirnos y tuvimos que aguardar a que amaneciera para asearnos un poco.

Al cabo de un rato oímos herraduras delante de nosotros. Apretamos el paso y nos encontramos con un jinete, que nos saludó muy cortés, preguntando:

—¿Venís de Menlik?

Contestamos afirmativamente.

—Yo voy a Lebnitza —nos dijo—. ¿Y vosotros?

—También —le contesté.

—Me alegro, pues el barquero se molesta en pasar a un solo viajero y más siendo tan tarde; pero puesto que somos varios no tendrá inconveniente. ¿Me permitís que vaya en vuestra compañía?

—Como gustes.

La verdad era que yo habría preferido que hiciéramos nosotros solos el viaje; pero como podía servirnos de guía, no rehusé su ofrecimiento. Gracias a él nos habíamos enterado de que había una barca en que pasar el río.

No se habló más palabra; el hombre aquel iba detrás de mí y de Halef y no nos quitaba ojo, a pesar de la oscuridad debió de notar que íbamos bien armados y que llevábamos una capa de polvo encima, todo ello poco tranquilizador; y como nosotros callábamos, también él guardó silencio.

Una vez llegados al río, se adelantó él en busca de la barca, que nosotros solos no habríamos encontrado tan fácilmente, y en cuanto hubimos pasado a la otra orilla, nos separamos del desconocido después de un breve saludo.

No tenía yo deseo alguno de permanecer en Lebnitza, cuyo camino tomé únicamente para despistar al viajero y evitar la entrada en Petridach. Desde Lebnitza, un sendero trazado a lo largo del Strumitza conducía a Ostromcha, en donde estaban las ruinas que servían de escondite a Manach el Barcha. Como yo deseaba llegar al tal sendero aquella misma noche, apretamos el paso en dirección a Derbend, al Sudeste de Lebnitza.

Poco después pude comprobar que Rih no se encontraba tan animoso como de costumbre. ¿Sería de resultas del alfilerazo? Si el animal enfermaba, estaría yo atado de pies y manos; así, pues, lo primero era atenderle y cuidarlo, por lo cual, al notar, al cabo de un buen rato, un resplandor a un lado del camino, nos encaminamos al sitio de donde partía.

En medio del campo hallamos una barraca baja y larga, que luego vimos que era un *sahán*. *Sahán* se llama allí una especie de matadero, en que se sacrifican de una vez gran número de animales con objeto de derretir la grasa. El osmanlí no gusta de la carne de buey, y hasta hace muy poco no ha sabido explotar el ganado vacuno. En los *sahanés* se derrite el sebo para exportarlo y los solomillos y lomos de las reses se cortan en lonchas y se ponen a secar para venderlas como tasajo en los pueblos.

Uno de estos edificios era el que despedía el resplandor que nos había llamado la atención. La parte más grande de la barraca estaba destinada a matadero y licuación de sebo y la más pequeña a habitación de los matarifes. El departamento industrial, digámoslo así, tenía gran número de puertas, abiertas de par en par, por las cuales se veían, sobre enormes fogones, gigantescos calderos hirviendo, rodeados de hombres de aspecto sucio y salvaje. El resplandor de las hogueras iluminaba el campo alrededor y daba a aquellas figuras un aspecto extraño y grotesco. Al oírnos llegar

salieron a las puertas los matarifes, a quienes, después de saludarles, pregunté si podíamos descansar allí un rato. El que parecía ser el jefe, se acercó a mí y después de contemplarme atentamente, exclamó riendo:

—¡Un gusano harinero que acaba de salir de la artesa! ¿No hay por aquí ningún jilguero que se lo coma?

Los demás corearon el chiste con groseras risotadas y se acercaron a mirarme como si fuera yo un bicho raro. ¡Delicioso recibimiento, en verdad! Ya iba a contestar como se merecían, cuando se adelantó Halef, diciendo:

—¿Qué hablas ahí, ave panzuda? Mejor harías en lamerte el sebo que te chorrea de la cara y en frotarte con grasa el entendimiento, a ver si echaba luz, como tu cara. ¡Y aún se atreve el pájaro bobo a burlarse de los demás! Con abrir esa boca no ganas nada, sino enseñar esos dientes de cocodrilo y esos morros de perro pachón. ¿Tienes hijos, por ventura?

Esta salida fue tan rápida e inesperada que el hombre se quedó perplejo y contestó:

—Sí, señor.

—En ese caso compadezco a las pobres criaturas, por descender de un hombre que tiene aserrín en la cabeza y debe de pertenecer a la familia de los micos... ¡Lástima me dan!

Entonces empezó el matarife a darse cuenta de las flores que le echaban y llevándose la mano a un harapo mugriento que le servía de faja replicó furioso:

—¿Qué oigo? ¿Qué has dicho?

—Ya veo que tu inteligencia es tan limitada que no puede abarcar el sentido de mis palabras; ¿quieres que las repita?

—Enano indecente, ¿quieres que te raje como un melón de cuerda?

Iba a interponer mi caballo entre ambos, cuando vi que uno de los matarifes cogió a su jefe de un brazo y le dijo:

—Cállate, que llevan la kopcha. Esto cambió de golpe la gravedad de la situación. El hombre se quedó mirándonos un rato y dijo luego disculpándose:

—Perdona, yo no la había visto.

—Pues otra vez abre los ojos —replicó Halef—. Me parece que no es difícil distinguir que este *emir*, que además es nuestro amigo y señor, lleva el distintivo de los jefes de la hermandad; y en vez de eso nos recibes con burlas e insultos. Merecerías que te metiera el puño por las narices hasta hacerte dar un salto que fueras a parar a la última caldera del *sahán*. Pero hoy quiero usar de misericordia y te perdono. Haz sitio inmediatamente para que podamos descansar a gusto; trae forraje para nuestros caballos y cepillos para limpiarnos la ropa y entonces veréis con qué casta de gusanos harineros tenéis que habéroslos.

Halef era intrépido hasta la temeridad, y como siempre le había ido bien al presentarse en actitud arrogante, exageraba a veces la nota más de la cuenta. Si alguna vez había dado con la horma de su zapato, allí estaba yo para sacarle de

apuros. Así se mostró delante de aquella gente, dominante y absoluto, como si tratara con subordinados, y eso que el aspecto de éstos no tenía nada de tranquilizador.

El matarife que había dado origen a la disputa contemplaba a Halef de reajo, con esa dudosa benevolencia con que suele mirar un mastín al faldero que le ladra. Su cara decía claramente: «¡Mísero gusano, de un bocado, de un zarpazo te haría trizas; pero me das lástima!».

Echamos pie a tierra y nos dieron maíz triturado para los caballos y carne en abundancia para nosotros. Yo enseguida reconocí la pata de Rih y pedí unos trapos para ponerle unas compresas frías. Al ponerle la primera, me preguntó el matarife si estaba enfermo el potro.

—Sólo tiene una picadura en el casco.

—¿Y piensas curarlo con agua? Eso solamente le refresca la herida; pero yo conozco un remedio eficaz para toda clase de contusiones.

—¿Entiendes de veterinaria?

—Tengo fama en estos contornos de curandero de ganado y hago una pomada que quita el dolor de las heridas y las cura en poco tiempo. Si la empleas te convencerás.

—Veámoslo.

No creí obrar con ligereza al admitir sus servicios, pues había oído decir muchas veces que en los saltones se habían hecho curas de animales desahuciados por veterinarios de fama. Y, en efecto, mi confianza no salió fallida; a los tres días de llevar Rih la pomada en el casco ya no quedaba ni rastro de la herida.

Halef y yo pasamos la noche al raso con nuestros caballos, y Osco y Omar prefirieron dormir en la barraca. Poco antes de amanecer nos despertaron los boyeros que traían al *sahán* todo un rebaño de bueyes, que por sus años o por su indomabilidad, habían de ser sacrificados. Ya no había que pensar en dormir, aunque solamente habíamos descansado unas dos horas.

Los animales iban a ser sacrificados enseguida y yo deseaba saber el sistema que emplearían para ello. Empezaron los mozos por echar a un buey dos sogas por los cuernos y atarlo a un poste con la cabeza alta. Encima y sobre un tronco transversal lo esperaba un matarife que empezó a descargarle hachazos en la cabeza hasta dejar exánime a la res. La agonía de los pobres animales era así larga y dolorosa y me puso los pelos de punta.

Pedí entonces permiso a aquellos cafres para matar a los bueyes a tiros. Ellos se echaron a reír burlonamente, pues creían que las balas no lograrían penetrar en aquellos cráneos macizos y huesudos. Pronto les convencí de lo contrario.

El primer búfalo que me destinaron, al recibir el balazo, se quedó con la cabeza inclinada, tieso y rígido, sin mover siquiera la punta del rabo. Con los ojos clavados en mí y las piernas espatarradas, parecía una figura de bronce.

—¡Vengan las hachas! ¡Vengan sogas, que va a salir corriendo!

—Sosegaos, que no se moverá, sino que caerá como un tronco.

Y así fue. De pronto, como herido de un rayo, se desplomó el animal y quedó

inerte.

Lo mismo ocurrió con todos los demás. No era precisamente una faena honrosa la que había tomado sobre mí al sacrificar a aquellos animales, pero siquiera tenía la satisfacción de acortarles los padecimientos y darles una muerte instantánea.

Me chocó mucho que aquella gente no nos preguntara de dónde y adónde íbamos. Acaso obedeciera esta reserva al respeto que debía de inspirarles la *kopcha* de jefe que llevaba yo. Ninguno se atrevió a hacernos preguntas indiscretas y antes de seguir nosotros el viaje nos obsequiaron con una buena provisión de *postrama*, que así llaman ellos a las tiras secas de lomo de buey. Esta carne se conserva bien durante mucho tiempo y es extraordinariamente sabrosa y nutritiva. Al pedir yo la cuenta me dijeron que no pensara en semejante cosa, pues no cobrarían nada. Hubimos de conformarnos y la despedida resultó muy distinta de la recepción que nos habían hecho. Así fue que nos alejamos del *sahán* muy contentos y agradecidos.

Al cabo de una hora larga, llegamos a Derbend y al mediodía entramos en Yenikoi, a la orilla izquierda del Strumitza. Allí hicimos una regular parada y luego continuamos hacia Tekirlik. Los caballos daban señales de cansancio, lo cual no debía sorprendernos, puesto que desde Andrinópolis no habían disfrutado del descanso completo. Caminábamos tranquilamente, sin precipitación, siguiendo a la izquierda el río y a la derecha la hilera de colinas que suben hacia la meseta del Plachkavitza-Planina, y observé que Halef iba muy cabizbajo y malhumorado, cosa tan extraña en él, que me llamó la atención. Le pregunté qué ocurría y entonces me confesó que sentía fuertes dolores en el pecho. Estos dolores podían ser resultado de nuestra aventura de la víspera, acaso en la caída había chocado con algo, aunque él no lo recordaba. No obstante, empezó a preocuparme el estado del pequeño *hachi* y decidí acortar la jornada.

En cuanto llegamos a Tekirlik pregunté por un *jan*, y me indicaron una choza cuyo aspecto no tenía nada de halagüeño, a pesar de lo cual nos apeamos y, dejando a los animales al cuidado de Omar entramos; dentro se nos ofreció un espectáculo hartamente repugnante. En una habitación ennegrecida por el humo, había varios hombres, uno de los cuales se cortaba con la navaja las uñas de los pies. A su lado, otro acepillaba una prenda, que sólo para él merecía los honores de calzones, con un chisme que debió de ser cepillo en sus buenos tiempos, pues ni vestigios tenía de lo que fue. La prenda tenía tal corteza de barro y el hombre trabajaba con tal ahínco, que los rodeaba a ambos una nube de polvo. Un poco separado de este grupo se hallaba un mozo con una escudilla de leche entre las piernas y en ella cortaba ajos. Al otro lado de la pared había otro sentado, con la cabeza de un individuo a quien afeitaba recostada en su regazo. El afeitado era un arnauta peludo y sólo llevaba en el centro del cráneo un mechón de pelo; el resto estaba enjabonado. El barbero iba limpiando la navaja, con todo lo que sacaba de la cabeza del arnauta, en la pared y hacía al mismo tiempo unos ademanes y visajes que habrían podido competir con los del barbero negro más acreditado de los Estados Unidos. Y eso ya es mucho decir, pues

los *barbers* negros tienen bien asentada la fama de gesteros.

Cuando aquellos sujetos nos vieron entrar nos examinaron de pies a cabeza y luego, sin contestar al saludo, siguieron en sus manipulaciones íntimas como si tal cosa. El mozo de la leche aprovechó la interrupción para echarse a la boca un diente de ajo. Sólo el barbero se levantó, y haciéndonos una profunda reverencia, nos dijo:

—Bien venidos, señores. ¿En qué puedo servirlos? Este humilde servidor os besa las manos.

Como no íbamos tan desastrados como el resto de la parroquia debió de tomarnos por personajes.

—¿Dónde está el hostelero?

—Ahí fuera.

—¿Eres barbero?

—Soy médico mayor —contestó con un tono que no podía ser más arrogante y orgulloso; y señalando al arnaute añadió—: En acabando de afeitarme, tengo que aplicarle ventosas.

Antes que pudiera yo decirle que su comunicación había centuplicado el respeto que me merecía su ciencia, dio el arnaute una patada en el suelo, exclamando:

—Pero ¿a quién tienes que servir, a esos o a mí? ¿Crees que voy a estar echado aquí todo el tiempo que te dé la gana? Aquí enseguida, si no quieres que te enseñe a tratar a un empleado del Padichá.

El médico mayor se acurrucó instantáneamente al lado de su cliente y continuó afeitándole la cabeza. Yo sentía ganas de tomar la puerta, pero la operación que había anunciado el barbero excitó mi curiosidad, pues me interesaba ver en qué forma la llevaba a cabo aquel eminente facultativo. Nos acurrucamos en el suelo lo más juntos posible para no estar en contacto con los demás, y en cuanto entró el hostelero le pedí una copa de *raki*, por ser lo único que podía pedirse en aquel chamizo.

El barbero acabó de afeitar al arnaute y se puso a frotar el pelado y brillante cráneo con su caftán, no sin escupir antes en él, para que la fricción fuese más completa. Luego el paciente se despojó de su vestimenta en lo que toca a la mitad superior del cuerpo y nos honró con esta explicación:

—Tengo comezón en la piel.

Unos cuantos latigazos habrían sido sin duda más eficaces que las ventosas.

El médico mayor acercó una talega desde un rincón en que la tenía, y de ella fue sacando unos objetos que me parecieron las pesas huecas de algún reloj de desecho, y que debían de tener la cabida de un decilitro. Luego apartó un instrumento semejante a unas despabiladeras fuera de uso. Prendió después fuego a una taza de *raki* y sobre la llama sostuvo una de las pesas de reloj. En cuanto el aire se hubo rarificado por el calor se echó el arnaute panza abajo y el barbero le aplicó la enorme ventosa en la espalda. Los bordes de la pesa se habían recalentado y el paciente, al sentir la quemadura, largó al operador tal bofetada, que le derribó al suelo.

—Pero ¿qué te has creído? —gritaba el arnaute—. Vengo a que me operes y no a

que me quemes.

—¿Yo qué culpa tengo? —alegaba el barbero—. El instrumento tiene que estar caliente para que haga efecto.

Con un poco más de cuidado logró aplicar al fin dos ventosas, lanzándome miradas de triunfo, que se vieron aguadas por las furiosas exclamaciones del operado:

—¡Tú quieres matarme, granuja! ¿Quién podría resistir este martirio?

—Ten un poco de paciencia y se te pasará. ¿Tienes todavía comezón en la espalda?

—No, pero en cambio me arde, me pincha, me escuece.

—Ya ves que es un alivio. La comezón se te ha pasado y no falta más que el estilete de afilar.

En efecto sacó de la talega un hierro largo, en el que empezó a afilar el instrumento, que antes me había parecido unas despabiladeras. Lo hacía con tal entusiasmo, como si se tratara de dar la puntilla a un rinoceronte. Probó el filo del instrumento en varios postes y por fin se arrodilló junto a paciente.

Las ventosas, entretanto, se habían enfriado y caído, dejando dos marcas rojas e hinchadas en la piel.

El barbero contó:

—Una... dos... tres... ¡*Allah il Allah!* ¿Qué haces? ¿De esa manera me agradeces que te devuelva la salud?

Y era que en el crítico momento en que el arnaute sintió el pinchazo, largó a su médico la segunda bofetada, y levantándose de un salto echó ambas manos al cuello del barbero, rugiendo:

—¡Perro, me has clavado! ¿Cómo te atreves a derramar la sangre preciosa de un fiel sirviente del Gran Señor? ¿Quieres que te estrangule?

Yo también me había puesto en pie; mas no para intervenir en una cuestión que no me importaba, sino por un motivo muy distinto. El pedicuro de sí mismo, una vez terminada su apetitosa tarea, se disponía a entregarse a otra aún más repugnante. Después de despojarse del lienzo que le servía de turbante, lo había extendido ante sí, y sacando un rústico peine de madera se entregaba al aseo de su cabeza, operación que nunca será bastante recomendada a los orientales, pero en forma menos pública y notoria. No debía de ser mahometano, pues llevaba toda la cabellera; pero ¡qué cabellera, Dios del cielo! Aquello era un fieltro espeso en que el peine iba dejando surcos como un rastrillo en barbecho. Pero omitamos detalles.

Como la operación del médico-barbero prometía un final interesante, el buen hombre soltó el peine y se puso en pie para presenciársela mejor, sacudiendo el paño y su contenido precisamente hacia el sitio donde nosotros estábamos. De un salto me planté en la puerta, fuera del alcance de los parásitos, y mis compañeros hicieron lo mismo, mientras Halef decía, riendo:

—Perdónale, *effendi*, el pobre no podía aguantar más.

Pagamos al hostelero el gasto y salimos de aquel edificio sólo interesante para el

entomólogo. Cualquier otro *jan*, si lo había, sería tan agradable como aquél y por eso resolvimos pasar la noche a campo raso mejor que pasarla en semejante hospedería.

## CAPÍTULO 8

### Un alma en pena

**F**uera ya del poblado, topamos con un carrito arrastrado por un borriquillo, al lado del cual iba un hombre pobremente vestido. Le saludamos y le pregunté si Radova estaba muy lejos y si había algún mesón en el camino. Me contestó que la villa estaba a dos horas largas y que no había casa ni parador alguno en todo el trayecto.

Mostróse el hombrecillo humilde y modesto, y hasta pareció hacer un esfuerzo para preguntarme:

—¿Vas a permanecer en Radova, señor?

—Acaso me detenga antes de llegar allí.

—Entonces tendrás que acampar al raso.

—Eso no importa, el cielo es el techo más higiénico.

—Tienes razón; si yo no fuera tan pobre y cristiano, te ofrecería albergue en mi pobre choza.

—¿Dónde vives?

—No lejos de aquí, más arriba, a orillas del arroyo, tengo mi cabaña.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy tejero.

—Pues, precisamente, por tus creencias y tu pobreza, me alojaré en tu casa, pues yo también soy cristiano.

—¿De veras, señor? —exclamó tan sorprendido como regocijado—. Yo te había tomado por musulmán.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros, diciendo:

—Los cristianos somos todos pobres.

—Yo tampoco soy rico, y no tienes que apurarte por la hospitalidad que me des. Traemos carne en abundancia y sólo necesitaremos agua caliente para hacer café. ¿Tienes familia?

—Sí, mi mujer. Teníamos una hija única y se nos ha muerto.

Al decir esto, su rostro tomó una expresión tan triste, que no me atreví a preguntarle más.

Acaso alguno de mis lectores extrañe que fuera a molestar a aquel infeliz, pero he experimentado varias veces que el pobre es el que más se alegra al otorgar hospitalidad a gente de condición superior a la suya. Grande era la pobreza de nuestro huésped, como bien claro lo demostraba su atavío, el cual sólo se componía de una blusa y unos calzones de lienzo burdo; por lo demás, el hombre iba descalzo y con la

cabeza descubierta.

Al poco rato llegamos a un arroyo que desemboca en el Strumitza, y, aguas arriba del mismo, junto a un gran pozo de adobes, encontramos la cabaña. Sólo tenía una puerta y un ventanuco, pero contra lo que suele ocurrir en tales chozas, contaba con una chimenea de veras. Junto a la puerta había un poyo corrido y detrás un huertecillo rodeado de una hilera de árboles que le daban aspecto risueño y simpático. A un lado de la choza había grandes hileras de tejas puestas a secar, y en aquel momento salía del pozo de adobes una mujer, atraída por el ruido de nuestras pisadas y que pareció asustarse mucho al vernos.

—Ven, ven —le dijo nuestro guía—. Estos *effendis* vienen a hospedarse en nuestra casa.

—¿De veras? ¡Será broma! —replicó la tejera.

—Te lo digo formalmente. Este *effendi* es cristiano, acércate a darle la bienvenida.

El rostro de la mujer se iluminó de alegría. Volviéndose a mí, me dijo:

—Permite, señor, que me lave antes, salgo de trabajar en el pozo.

Se dirigió rápidamente al arroyo, donde se lavó y restregó bien las manos, y después de secárselas en el delantal, me alargó la diestra diciendo:

—Nunca nos hemos visto honrados con la estancia de huéspedes tan distinguidos; pero somos tan pobres que no sé qué ofreceremos.

—Traemos todo lo que necesitamos, buena mujer —le respondí—, y habríamos continuado nuestro camino pasando de largo; pero al saber que sois cristianos he querido visitaros.

—Entra, señor, en nuestra choza y sabe que te agradecemos mucho el favor que nos hacéis.

Las palabras eran tan sencillas y afectuosas, que nos impresionaron agradablemente. La mujer iba pobremente vestida, pero limpia a pesar del trabajo a que se dedicaba. El jubón, la saya y el delantal estaban zurcidos y remendados, pero sin manchas ni mugre, y la pobreza aseada no repele, sino que atrae. Tenían marido y mujer el rostro flaco y triste, pero un no sé qué en él inspiraba a la vez confianza y afecto.

Al pasar el umbral se entraba en un pequeño departamento, donde se guardaban los útiles de su oficio y que servía a la vez de establo al borriquillo. De allí se pasaba, a la izquierda, por un corredor, a la salita, en la cual descubrí una estufa de ladrillos, una mesa y unos banquillos, todo obra del tejero y limpiísimo. En unas repisas, en la pared, había varias ollas y cazuelas. Al fondo, en un ángulo, una cama rodeada de ramaje que llegaba hasta el techo y despedía grato olor a resina, y a un lado una especie de nicho con una imagen de San Basilio, junto a la cual ardía una lamparilla.

Todo respiraba pobreza y simpatía. La mujer miró al marido como interrogándole y él contestó con un ademán señalando al huerto. Mientras nos despojábamos de nuestras armas y efectos, vi por la ventana a la tejera que cruzaba el arroyo con un

azadón al hombro y luego cavaba junto a los árboles. Enseguida comprendí de qué se trataba.

En aquellas comarcas, así como en Grecia, es costumbre entre los cristianos enterrar unos cántaros de vino hasta el día en que casan a una hija, pues entonces los desentierran y los vacían en honor de los novios. El vino alcanza así una verdadera exquisitez y entre la gente de rumbo suele hacerse un derroche, pues del vino de la boda no debe quedar ni un sorbo.

—No lo saques —dije entonces al buen hombre—; yo prefiero el agua pura, y mi gente es mahometana y no puede beberlo.

—¿Es posible? Yo les he visto hacer una reverencia al pasar por delante de nuestro altarcito.

—Porque me han visto a mí hacerlo, y además porque no son fanáticos que desprecien a los que no son de los suyos, pero son fieles guardadores de su religión. De modo que puedes dejar el vino donde está.

—¿Cómo sabes que tengo vino enterrado y que voy a ofrecértelo?

—Adivino las cosas que no sé.

—Es muy poco lo que tengo; sólo un cantarillo, que regaló a mi hija su novio. Lo enterramos para que sirviera de vino de honor el día de su boda; pero, ya que ha muerto, quiero ofrecértelo a ti.

—No lo consiento; me dolería mucho privaros de ese recuerdo.

—¡Tómalo, señor! ¡Te lo damos con tanto gusto!

—Ya lo sé. Los que dan lo poco que tienen son más acreedores a la gratitud que los que obsequian con lo que les sobra. Te lo agradezco como si lo bebiera.

Y diciendo esto, salí a llamar a la mujer, que obedeció con disgusto. Le supliqué que nos preparara agua hirviendo, y entretanto sacamos los caballos a que pacieran en el prado detrás del huerto, después de haberlos trabado. A la vuelta di a la mujer unos puñados de café para que lo moliera, y vi brillar de alegría sus ojos. ¡Sabe Dios el tiempo que haría que aquellos infelices no habían probado la aromática bebida!

En cuanto estuvo hecha, perfumando con su aroma toda la casita, sacamos a la mujer de su visible preocupación, presentando cada uno de nosotros nuestro vaso y poniendo encima de la mesa nuestra provisión de carne. En cuanto hubimos tomado el café la emprendimos con el asado. Los dos cónyuges se negaron obstinadamente a sentarse a la mesa en nuestra compañía y a probar la carne.

—Perdona, señor; pero hoy nos está prohibido —dijeron para disculparse.

—¿Por qué? No es día de abstinencia...

—Ayunamos los lunes, miércoles y viernes.

—Esos días ayunan los frailes; pero no los legos.

—No obstante, ayunamos porque así nos lo hemos propuesto.

—¿Se trata de algún voto?

—No, es un pacto que hemos hecho los dos.

—Pues, entonces, os daré harina para que os hagáis algo.

—Nada, nada, hoy no comemos en todo el día.

—Pues no entiendo ese rigor, pues hasta vuestros sacerdotes comen legumbres y hortalizas en días de ayuno.

—Es verdad; pero nosotros no probamos bocado. No te incomodes, señor.

Los infelices, sentados en un banquillo, me inspiraban viva compasión. En sus caras flacas y marchitas se leía el pesar que les roía, y no obstante su buena voluntad no quitaban ojo de lo que comíamos. El hambre les devoraba, y, no obstante, se abstenían. Su aspecto lastimero me hacía daño, y me era imposible tragar un bocado, por lo cual me levanté y me dirigí a la puerta. Yo no podía ser simple espectador de una pena y una necesidad tan grandes.

Recorrí las inmediaciones con objeto de buscar un sitio abrigado donde pasar la noche y no tardé en encontrar uno magnífico. Era una noche clara y estrellada, tranquila y hermosa como pocas. Detrás de la casa había una colina con escasa maleza y en cuya cima empezaba el bosque. Donde éste daba principio había una plazoleta despejada a la cual fui a refugiarme. Hallábase el claro cubierto de blando césped, sobre el cual se descansaría agradablemente. Bajo uno de los plátanos más corpulentos, divisé un cuadrado oscuro y al acercarme vi que era un sepulcro, en cuya cabecera y clavada al tronco del árbol distinguí una cruz.

¿Tendría aquella tumba relación con la tristeza de nuestros huéspedes y con sus ayunos y mortificaciones? Seguramente.

El interés que me inspiraba el matrimonio aumentó con el descubrimiento, no obstante lo cual me propuse guardar silencio. No es bueno volver a abrir heridas en vías de cicatrizarse ni ahondarlas con observaciones indiscretas. Bajé de la colina y cerca de la casa me salió al encuentro el tejero, diciéndome:

—Señor, ¿te has ido disgustado con nosotros?

—Nada de eso. ¿Por qué había de disgustarme?

—Porque hemos rechazado vuestro convite. ¿Vienes de ahí arriba? Habrás visto la sepultura.

—En efecto.

—Es la de nuestra hija; y a propósito, quisiera hacerte algunas preguntas sobre cosas que me tienen muy preocupado. ¿Me lo permites?

—Habla.

—Ven al prado donde pacen los caballos; allí no nos oirá nadie.

Nos dirigimos allá, nos sentamos en la hierba y tardó bastante antes de dar comienzo a la consulta. Parecía no saber por dónde empezar ni en qué forma expresarse. Al cabo me dijo:

—En cuanto has salido, tus compañeros han hablado de ti y así he podido enterarme de que eres un escritor de esos que hacen libros, que poseen toda la sabiduría y la ciencia que hay en el mundo y que saben contestar a todas las cosas que se les consultan.

Esto era obra del parlanchín de Halef, a quien, como siempre, se le había ido la

lengua. ¡Claro, como que cuanto más ensalzaba al amo más se glorificaba a sí mismo! Yo contesté solamente:

—Eso no es cierto; no reconozco más que una ciencia; las demás las desdeño.

—¿A cuál te refieres, señor?

—A la que encierra esa ley divina, que dice: «Buscad el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura».

—Tienes razón, señor. ¿Conoces las Santas Escrituras y su doctrina?

—Las he estudiado y meditado mucho sobre ellas, porque encierran la vida eterna; pero el espíritu humano es demasiado débil para soportar la luz divina. Yo me he pasado semanas enteras pensando en una sola palabra de la Biblia y he comprendido que obraba con temeridad y presunción; mas en cuanto la repasaba con el corazón hallaba la solución enseguida.

—¡Con el corazón! ¡Quién pudiera decir otro tanto! ¿Has descifrado lo que dice de la muerte y de la vida eterna?

—Sí.

—¿Crees en otra vida después de la muerte?

—Si no tuviera esa fe, preferiría no haber nacido. Creer en la bienaventuranza eterna es ya un principio de ella.

—¿Entonces el espíritu no muere con el cuerpo?

—Claro que no, el espíritu es eterno.

—¿Crees en el purgatorio?

—Sí.

—Pues hay quien dice que no existe. ¿Crees en aparecidos?

—No.

—¡Quién fuera como tú! Pero yo te aseguro que hay infelices almas que no pueden hallar descanso y que vuelven a la tierra como fantasmas. Lo sé positivamente, y ésa es nuestra desgracia, la que nos obliga a mi mujer y a mí a mortificarnos con ayunos y privaciones, a ver si le conseguimos el descanso eterno.

—¿De quién hablas?

—De la que yace en la sepultura; de mi pobre hija.

—¿Y crees que tu hija se aparece?

—Sí.

—¡Desgraciado! ¿Quién habrá tenido la perversidad suficiente para hacer creer semejante disparate a un padre infeliz?

—Lo sé positivamente.

—¿La has visto tú?

—Yo no; pero otros sí.

—No hagas caso; ésas son patrañas.

—Si no la he visto, la he oído.

—¡Estás loco! ¿En qué figura se aparece?

—En la de murciélago —balbució tembloroso, acercando su boca a mi oído—.

Dicen que no hay que hablar en voz alta de esas cosas. La verdad es que el saberlo está acabando con nosotros; y como tu gente dice que eres un gran sabio, pensé que acaso conocieras un remedio que le diera el eterno descanso.

—Eso no está en manos de los sabios; pero ten la seguridad absoluta de que no existen duendes y así te verás libre de ese temor.

—No puedo, no puedo; todas las noches, a la hora misma en que murió, viene a asustarnos. Dos horas antes de media noche se oye un susurro de alas y viene a golpear nuestra ventana.

—¿Y crees que los murciélagos van a golpear ventanas?

—Yo no la he visto. Sólo la he oído, pero otros han visto un enorme murciélago que revolotea por aquí; y su prometido está condenado a muerte.

Este pormenor me hizo aguzar el oído, y preguntar:

—¿De modo que tienen a tu hija por murciélago?

—Así es.

—¡Dios mío, eso es más horrible de lo que yo me figuraba!

—¿Verdad que sí? Nos mata esa pena.

—Te matará la pena de ser tan tonto, ¿me entiendes?

La frase era dura; pero las medicinas son amargas siempre. El hombre lloraba desconsoladamente y me inspiraba viva compasión; pero la superstición está tan arraigada en aquellos países, que hay que usar de remedios heroicos para extirparla. Además, como pensaba pasar solamente unas horas allí, no podía extenderme en largas consideraciones.

—Señor, esperaba consuelo y no burlas —me contestó el hombre tristemente.

—Yo no me burlo de ti, sino que me indigna tu necia superstición. Ve en busca de tu pope, y él te explicará que es grave pecado creer que la propia hija se ha convertido en repugnante vampiro.

—Ya hablé con él.

—¿Y qué te dijo?

—Lo mismo que dijo a Vlastán, que también lo consultó.

—¿Y quién es ese Vlastán?

—Antes era mi mejor amigo; hoy es mi enemigo irreconciliable. Su hijo era el prometido de mi niña, y ésta sale ahora todas las noches de su sepultura para chuparle la sangre hasta que se quede exangüe y muerto.

—¿Conque tu consuegro habló también con el pope? ¿Y qué le dijo éste?

—Que, en efecto, mi hija se convierte en un vampiro.

—¡Imposible parece! ¿Murió acaso sin confesión ni absolución? Pues sólo de los que mueren así se dice que se transforman en vampiros.

—Desgraciadamente, así fue. El pope vive muy lejos, y aunque le llamamos no pudo venir; y en Tekirlik no quisieron enterrarla por haber muerto de viruelas.

—¿Conque tu hija murió de esa enfermedad?

—Sí; entonces había epidemia. Mi hija no se encontraba bien hacía algunos días,

a pesar de lo cual fue a cuidar a su suegra, que estaba en cama con viruelas. Cuando volvió a casa tenía mucha fiebre. Debió de ocurrirle algo terrible, porque vino tan espantada y aterrada que no quiso confesar lo que le pasaba. En el delirio de la enfermedad no hacía más que repetir que el hijo de Vlastán su novio, estaba condenado a muerte, y que moriría irremisiblemente. En esto las viruelas reventaron, y mi hija murió repitiendo sin cesar que su novio iba a morir. Ahora está convertida en vampiro y acabará con él si no empleamos el remedio que ha dicho el pope.

—¿Qué remedio es ése?

—Hay que abrir la sepultura y clavarle en el corazón un pincho muy agudo, que haya sido bendecido y untado con grasa de un cerdo muerto ocho días antes de Navidad.

—¡Qué espantoso es eso! ¿Y puedes tú creer que semejante remedio surta el efecto apetecido?

—Sí; pero no me decido a dar el permiso. Si el pope velara y rezara doce noches seguidas junto al enfermo para que el vampiro no se acercara, el bicho no volvería y pasaría a gozar del descanso eterno; pero si le atraviesan el corazón con ese pincho caerá en poder del demonio. Dicen que da horror oír los gritos del vampiro al atravesarle el corazón, lo cual sólo puede hacerse a medianoche. Has de saber que el cadáver de los vampiros no se corrompe, sino que se conserva fresco y sonrosado como si todavía viviera. Como yo me niego a que abran la sepultura de mi hija, Vlastán se ha declarado mi enemigo de muerte.

—¿Qué clase de hombre es?

—Es dueño de los tejares cercanos. Somos de la misma tierra, de Drenova, y vinimos juntos a arrendar estos pozos de adobes. Él se ha hecho rico y yo soy pobre, y no obstante se avino a que mi hija entrara en su familia; pero desde la muerte de ésta todo se ha acabado entre los dos.

—¿Vive lejos de aquí?

—A un cuarto de hora, aguas arriba.

—Mañana iré a verle y le diré cuatro verdades. ¡Sois todos una cáfila de estúpidos!

—¿Y el pope también?

—Ése es algo más que estúpido. Pero, dime, ¿viene tu hija en días señalados a aporrearte la ventana?

—Viene con regularidad.

—¿Y por qué no has salido a verla?

—¡Dios me libre! La vista de un vampiro causa la muerte instantánea.

—Pues ¡ojalá viniera hoy!

—Hoy es miércoles y éste es uno de los días que viene.

—Me alegro, así podré preguntarle por qué molesta a sus padres.

—Guárdate, señor, de hacerlo. Tendríamos que enterrar otro cadáver. ¿A qué sacrificar locamente tu vida?

—Al contrario, trato de conservarla. Hace años que anhelo ver un fantasma, y me alegraría infinito satisfacer ese deseo.

—Veo que no tienes miedo y comprendo la causa. ¿Quieres enseñarme el sortilegio que te ha de librar del vampiro?

—Con mucho gusto; aquí lo tienes —y le enseñé el puño.

—Abre la mano, que no lo veo.

—El puño es mi talismán, y a él me refiero, para meter en cintura a los trasgos y fantasmas que te atormentan.

No hablamos más, porque nos habíamos ido acercando a mis compañeros. Dentro de la casa echamos otro parrafillo mientras daba a probar a Kerpichí mi tabaco, y por fin nos separamos en busca de descanso. Los dos cónyuges no cesaban de admirarse de que nos atreviéramos a acampar junto a la sepultura, mas sus protestas y temores no nos hicieron desistir. Allí donde una criatura humana goza del sueño eterno podemos dormir tranquilos los errantes de este mundo. Osco y Omar subieron hasta el claro donde estaba el sepulcro y yo me quedé abajo con Halef, pretextando que quería echar un vistazo a los caballos.

—*Sidi*, ¿tienes algo secreto que decirme, que no quieres que oigan los otros? —observó el *hachi* con su natural agudeza.

—Sí. ¿Has visto alguna vez fantasmas, Halef?

—Dicen que hay todo género de *yinnis* en el desierto y en la selva, en los montes y en los valles; pero todavía no me ha tocado en suerte topar con ninguno.

—Te engañas; has visto uno.

—¿Dónde?

—En tierras de kurdos; el Espíritu de la Caverna.

—¿Te refieres a Marah Duriméh? Ésa no era un duende, sino una buena mujer; pero te aseguro que me encantaría ver un *yinni* de veras.

—¡Pues yo sé dónde hay uno!

—Dímelo.

—Aquí cerca. Por las noches viene a golpear la ventana de nuestro huésped.

—¡Oh, qué gusto! ¿Crees que vendrá esta noche?

—No lo sé; pero lo deseo de todo corazón.

—Yo también. De paso podremos preguntarle si trae el pasaporte del Gran Señor, ¿verdad?

—No estaría mal. Dentro de media hora es cuando suele llegar. Si no viniera habríamos perdido solamente un rato de descanso.

—¿Dónde quieres que le esperemos?

—Aquí, junto al arroyo, echados en la hierba y ocultos por los matorrales. Tenemos la casa tan cerca, que en dos saltos la alcanzaremos. En cuanto esté de regreso caemos sobre él.

—¿Echaremos mano a las armas si se resiste?

—Mejor sería evitarlo; entre los dos no se nos escapará, por muy espíritu que sea.

## CAPÍTULO 7

### Un traidor descubierto

**N**os acurrucamos Halef y yo en nuestro escondite respectivo, algo separados uno de otro. A decir verdad, solamente me prestaba a la aventura por pasar el rato, pues estaba casi convencido de que el vampiro suspendería aquella noche su visita. Esta convicción me hizo descuidar algo las necesarias precauciones, así es que desde mi puesto pregunté al *hachi* por su dolor de pecho y le recomendé que anduviera con cuidado en caso de llegar a las manos.

—¡Silencio, *sidi*! —me contestó Halef muy indignado—. El que quiera cazar un *yinni* no debe espantarlo con palabras inútiles. Aprende de mí y que no se te olvide la lección.

Hube de someterme a las órdenes de Halef, quien tenía razón sobrada. Ya que nos habíamos metido en aquella empresa ridícula era preciso tomarla en serio y llevarla a cabo. Demasiado había yo oído y leído sobre aquellas supersticiones vampírescas para saber que no era cosa de risa, tratábase nada menos que de desenmascarar al fantástico chupador de sangre y devolver al desventurado tejero la tranquilidad y la paz que había perdido, quitándole a él y a su mujer la preocupación que amenazaba acabar con la vida de ambos.

Pasamos en acecho más de media hora, y ya pensaba yo retirarme, cuando oí deslizarse por mi lado algo tan ligero y silencioso como un espectro. Era un hombre, que con rapidez increíble se acercó a la ventana a escuchar un momento; luego produjo un ruido susurrante, que ya había oído en un teatro guiñol de Viena cuando el diablo se lleva en volandas a Fausto. La operación no es difícil, se sopla fuertemente haciendo crecer y disminuir el sonido, y zumbando a la vez, lo cual produce la misma impresión que si un viento fuerte pasara por el saliente de una roca muy aguda. Una vez que nos hubo dado esta sensación, aplicó tres fuertes porrazos contra la ventana y echó a correr. Mas entonces sonó la voz de Halef, que decía:

—¡Alto ahí, granuja!, ¡ya eres nuestro!

Y se precipitó sobre el fugitivo; pero el espíritu, como tal, tenía gran presencia de ídem, y soltando al pequeño *hachi* un puñetazo monumental en la cara, exclamó:

—¡*Eredj a tatárba!*

Y desapareció en la espesura.

Si Halef no hubiera hablado antes de tiempo, el fantasma habría caído en mis manos; pero así tomó la dirección contraria a mi escondite y hube de correr tras él, no sin llamar a Halef «insigne zopenco» al pasar junto a él. El *hachi*, hecho un mar de confusiones, me siguió muy compungido. El fantasma tenía buenas piernas, y era cuestión de hacer un gran esfuerzo para echarle la zarpa. De los indios había yo

aprendido un género de locomoción especial, en vez de avanzar a la carrera, me movía a saltos; gracias a esto pronto le tuve tan cerca que no tenía más que alargar la mano para alcanzarle. Pero ni aun entonces perdió la serenidad el pasmoso duende, pues de un salto se echó a un lado y se quedó atrás en el momento en que cruzaba yo el aire como una flecha. Acto continuo me volví y le vi cruzar el arroyo; yo lo salvé de un brinco, eché la zarpa al duende y cogiéndole del cinturón hice esfuerzos para derribarle.

—¡As istenért! —exclamó.

Y no sé si se soltó el cinturón o si éste estaría flojo; lo cierto es que me quedé con él en la mano y que por la fuerza del tirón di un traspié, que por poco me hace medir el suelo. Entretanto se escabulló el duende por la espesura, donde era inútil seguirle.

—¿Lo has cogido? —gritó Halef detrás de mí.

—No; pero a ti sí que voy a cogerte y aun a tirarte de las orejas. Ayer me estropeaste la combinación en el palomar y hoy me espantas el fantasma con tu inoportuna gritería.

—¡Sidi, culpa a mi entusiasmo! El fantasma ha huido del miedo que me ha tenido.

Era tan cómica la salida, que no pude menos de reírme, a pesar de la rabia que me daba, y le contesté amoscado:

—¡Claro, ha sido miedo y no osadía! Ahora puedes buscarle y pedirle el pasaporte, si quieres.

—En cuanto amanezca encontrará sus huellas.

—¡Claro, cuando tenemos que emprender la marcha!

—Al menos a ti te ha dejado algo; ¿qué es?

—Un harapo que le servía de cinturón.

—¿Has entendido lo que ha dicho?

—Sí, lo ha dicho en húngaro. Hay que preguntar al tejero quién habla esa lengua por estos contornos. Aquí, en el cinturón, palpo algo, vamos a ver qué es.

En efecto, entre los pliegues de aquella especie de faja, se notaba un objeto redondo con mango. Lo saqué y fui a mirar qué era, pero el penetrante olor que despedía me dijo más que otra cosa que se trataba de una pipa vieja y carcomida.

—¿Qué es?

—Una pipa de mango corto.

—¡Allah 'l Allah! ¿También los trasgos fuman?

—Con frecuencia; pero mal tabaco al parecer.

—Enséñamela.

Cogió el repugnante pebetero y dijo:

—¡Ay de mí! Para soportar este olor es preciso no tener narices.

E hizo ademán de arrojarla lejos de sí; pero yo le detuve el brazo, diciendo:

—¿Qué vas a hacer? Venga la pipa.

—¡Alá te salve! ¿Vas a usar esta porquería?

—No, pero me servirá para identificar al fantasma.

—Tienes razón. ¡Qué torpe estoy!

—Vamos a hablar con nuestro huésped.

Éste, que había oído los gritos de Halef y la exclamación del supuesto aparecido y luego nuestras carreras, estaba muerto de miedo. Al entrar en la casa encontramos, al marido y a la mujer, pálidos como la cera, y con los ojos llenos de espanto me preguntaron:

—Señor, ¿has visto al vampiro?

—Sí.

—Entonces eres hombre muerto.

—Si es así, debo de estar ya dando las boqueadas, pues no sólo lo he visto, sino que lo he tocado.

—¡Cielos!

—Y habría deseado traértelo; pero se me ha escapado.

—¿Por los aires?

—¡Ca! Por tierra firme, y corriendo. Incluso le he oído pronunciar unas cuantas palabras.

—Dínoslas.

—*Eredj a tatárba y as istenért.*

—Eso no lo entiende nadie; debe de ser la lengua de los espíritus.

—Nada de eso, es la de los magiares, que conozco perfectamente. El fantasma estaba más aterrado que nosotros, pues sólo el espanto hace decir esas palabras. ¿Hay por aquí algún húngaro?

—Sí.

—¿Quién es?

—El criado de Vlastán.

—¡Qué extraño! ¿Le conoces tú?

—Mucho.

—¿Y estos objetos los conoces también? —le pregunté enseñándole el cinturón y la pipa del duende.

—Son de ese criado húngaro —me respondió—. Precisamente la pipa no se me despinta, pues fuma con ella y le añade una caña y en cuanto está bien impregnada de tabaco y se le acaba la picadura rompe un pedazo de caña y lo masca. Dice que ése es el mayor placer de los buenos fumadores. Ahora estoy enemistado con él porque me pidió la mano de mi hija y yo se la negué. ¿Estaba ahí fuera también?

—No puedo asegurarlo; pero me parece que ya no volverá a molestaros el vampiro. Mañana mismo te lo traigo para que lo veas. Tenía intención de proseguir mi viaje en cuanto amaneciera; pero he resuelto prolongar mi estancia aquí para acompañarte a casa de Vlastán.

—¡Quita de ahí, señor! —exclamó el tejero retrocediendo—. Vlastán nos echaría de mala manera.

—Te doy mi palabra de que si el recibimiento es malo, la despedida será muy buena. Saldrás reconciliado con él, te lo prometo.

—¿Cómo lograrás ese milagro?

—Ya lo pensaré; y para ello necesito descansar un rato.

El hombre no quería darse por convencido. Nuestro episodio nocturno seguía siendo un enigma para él; y como no lograba interpretar el sentido de mis palabras, me rogó que se las explicara. Yo preferí tenerle en suspenso hasta que se convenciera por sí mismo de que los vampiros y fantasmas son patrañas. Así es que haciéndome el tonto salí afuera con Halef y subí al sitio donde estaba la tumba de su hija. Osco y Omar dormían profundamente, y no hablamos más.

Repasando los hechos supuse que el criado se vengaba del desaire de no haber sido aceptado como pretendiente, haciendo pasar a la hija del tejero por vampiro y quitando a los padres la vida con aquella perpetua angustia en que los mantenía. A la mañana siguiente cogería al duende por mi cuenta y le obligaría a cantar de plano.

Como estábamos cansados, pronto cerré los ojos; pero tengo un sueño tan ligero que el menor rumor me desvela; y aquella noche tuve el presentimiento de que iba a ocurrirnos algo.

¿Soñaba o era realidad? Ello es que me pareció oír rodar un objeto, como si sacaran algo pesado de un sitio y lo echaran por la cuesta abajo. Me incorporé y agucé el oído. En efecto, eran pasos y no de una sola persona.

Desperté, sin meter ruido, a mi gente, a quien puse al tanto de lo que ocurría con unas breves palabras, y nos internamos en el bosque en dirección contraria a los que se acercaban. Apenas nos habíamos apostado aparecieron los que nos habían estorbado el sueño. Debajo de los plátanos había más oscuridad que a cielo descubierto y así pude distinguir con claridad a cuatro personas. La que iba delante llevaba algunas herramientas al hombro, que arrojó al suelo al llegar al sepulcro. Luego entre dos llevaban a un hombre a quien sentaron cuidadosamente en la hierba, una de aquellas dos personas era una mujer. El que iba delante preguntó:

—¿Empezamos, mi amo?

—Sí, sí; no hay que perder tiempo, que ya se acerca la medianoche. La bruja endemoniada no volverá a salir de su tumba.

—¿No nos acarreará algún mal esta profanación? —preguntó temerosa la mujer.

—No temas, ya te he dicho mil veces que hacemos una buena obra. Coge el azadón, Andrés.

Andrés es, en húngaro, nuestro Andrés, y enseguida comprendí a quiénes tenía delante; o sea a Vlastán, a su mujer, a su hijo y al criado.

Venían que ni pintados, y yo resolví no dejarles llegar a profanar la sepultura, sino acabar de una vez con tan macabra escena. En dos palabras puse a mi gente al cabo de mi proyecto y nos precipitamos sobre el grupo.

Lanzaron todos un grito unánime, y cada uno de nosotros se encargó de sujetar a uno de ellos. Yo había elegido al criado, el más peligroso.

—¡*Nagy Istern!* ¡Gran Dios! —rugió éste al sentirse cogido por mí y derribado. Sujeto contra el suelo le amenacé con el puñal, que le puse al cuello.

—¡*Oh én szerencsétlen, vége mindennek!* ¡Ay de mí, estoy perdido! —gimió el infame.

Es realmente asombroso que aunque se posea un sinnúmero de idiomas se recurra siempre al propio en los momentos de dolor o peligro. El húngaro vino a confirmar la regla; para no darle tiempo a que se desdijera le interrumpí gritando:

—¡Tú eres el vampiro!

—Sí, señor —contestó atemorizado.

—Para vengarte de haberte despreciado la hija del tejero.

—Sí, señor.

—Y venías todas las noches a aporrear la ventana de ese infeliz para dar más veracidad a tus villanas afirmaciones...

—Sí, señor.

Esta confesión habría bastado para convencer a sus amos; pero yo necesitaba poner en claro el origen de la misteriosa enfermedad del hijo de Vlastán, que tanto podía ser ocasionada por el miedo al vampiro como por otras causas. Así exclamé a lo que saliera:

—Y al hijo de tu amo le estás matando también.

—¡Piedad, señor, piedad! —exclamó loco de terror.

—¡Confiesa o mueres! ¿Qué le has dado?

—Veneno de exterminar ratas, pero muy poco.

—Querías acabar con él poco a poco...

—Sí.

—¿Por qué? Habla o te clavo en el suelo.

—Para ocupar su puesto —balbució más muerto que vivo.

Entonces lo comprendí todo. La hija del tejero había vuelto tan espantada a su casa porque había descubierto el crimen del criado, y por eso no cesaba de profetizar la próxima muerte de su futuro, aunque callando lo que había visto. Yo le dije:

—Habla. La joven te sorprendió dándole el veneno y a fuerza de amenazas la obligaste al silencio, ¿no es eso?

No sé si sería el temor a mi cuchillo, o si la proximidad de la tumba le haría suponer que se las había con seres del otro mundo; ello es que confesó de plano:

—¡La amenacé con matar a sus padres si revelaba una sola palabra de lo que había descubierto!

—Con eso basta. Vamos todos a casa del tejero.

Agarré al húngaro por el cuello y a empellones le hice bajar la cuesta hasta la choza, seguido por todos los demás. El infeliz tejero estaba en vela, y se quedó con la boca abierta al ver entrar a sus enemigos jurados. De un puntapié lancé a sus pies al criado, diciéndole:

—Aquí tienes al vampiro que te ha quitado tantas veces el sueño. Examínalo a tu

sabor, pues se alimenta con pipas viejas y se recrea en desenterrar cadáveres.

El buen hombre nos miraba uno a uno sin darse cuenta de lo que le pasaba. Vlastán fue el primero que tomó la palabra, y alargándole ambos brazos le dijo:

—Perdónanos; todos estábamos engañados.

—¿Cómo os veo aquí?

—Fuimos a la sepultura con intención de clavar a tu hija el pincho bendito, cuando de pronto, no sé cómo fue que... que...

No quise saber más, y como no me juzgaba con derecho a presenciar la escena íntima de familia que había de desenvolverse allí, salí de la casa seguido de los míos.

El pequeño Halef no cesaba de comentar sabrosamente la caza del vampiro, mientras oíamos las voces que daban en el interior de la choza, primero coléricas y amenazadoras, indudablemente, al dirigirse al criado, y luego pacíficas y afectuosas. Poco después salía a llamarnos el tejero, quien me dijo, llorando de gozo:

—¡Ay, señor, cuánto tenemos que agradecerte! Tú nos has librado del oprobio y de la pena que nos hundía en el polvo. ¿Cómo pagarte tantos favores?

La mujer a su vez me alargó la mano, sollozando; mas yo les respondí:

—Sólo a vosotros mismos os debéis esta alegría. Habéis sido hospitalarios a pesar de vuestra pobreza, y la recompensa no se ha hecho aguardar. Suprimid ya los ayunos y mortificaciones, lo mismo que la amargura que os causaban las injuriosas murmuraciones de la gente. Tu franqueza conmigo te ha valido verte libre del pesar que abrumaba tu vida.

—Por haber oído que posees todas las ciencias he acudido a ti. ¿Entiendes también de venenos?

Yo examiné el rostro del hijo de Vlastán. ¡Qué pálido estaba! El joven nos escuchaba en silencio, aunque con los febriles ojos brillantes de esperanza.

—Entiendo lo suficiente para aseguraros que este mozo sanará pronto si acudís a un buen médico y no a un curandero o saludador, como soléis hacer. Al criminal ese entregadle a la justicia, para que reciba el castigo merecido.

Mis palabras fueron acogidas con grandes demostraciones de júbilo, sobre todo por el joven, en quien obraron milagros, pues se acercó a estrecharme las manos tan vigorosamente como sus padres.

Sin decir una palabra más, Vlastán cogió una cuerda y maniató fuertemente al criado a quien empujó hacia la puerta. Luego hizo una seña a su mujer para que le siguiera.

Al cabo de una hora volvieron ambos, cargados con un gran cesto de provisiones y una cántara de vino. Vlastán me dijo entonces afectuosamente:

—Señor, te negaste a beber el vino de la boda que te ofrecía al que yo tenía por enemigo, y que será desde hoy mi mejor amigo, por no privar a su pobreza de ese exiguo recurso. Yo, señor, soy rico, debéis vaciar el cántaro que acabo de desenterrar para vosotros.

—Lo acepto; pero si quieres que saboree con gusto tu obsequio, has de prometer

que no desampararás a estos infelices, ya que tienes medios para acudir a sus necesidades, a fin de que no tengan que excederse en su duro trabajo para poder cubrir sus necesidades como hasta ahora.

—Te lo prometo, y en prueba de ello aquí está mi mano. Siempre que nos reunamos, que será con mucha frecuencia, recordaremos el gran favor que nos habéis hecho.

Y dio principio al banquete. Mis tres compañeros musulimes veían con las caras alargadas lo bien que nos sabía a todos el exquisito licor, y la boca se les hacía agua. De pronto, me dijo Halef al oído:

—*Sidi*, esa bebida es espesa y roja y sale de la tierra, de modo que no puede llamarse vino.

—¿Pues qué nombre le das?

—Ahora es sangre de la tierra y como tal no nos está prohibido beberla, ¿verdad?

—¡Claro! Desde el momento que no es vino, la cosa varía.

—Entonces acerca el cántaro, que también nosotros queremos disfrutar de ese zumo que alegra los corazones.

Y se sirvió, no una, sino muchas veces.

Ya no hubo que pensar en dormir, y al romper el día nos pusimos otra vez en camino. En cuanto salimos del valle de los tejares, y nos hallamos en la carretera, observó Halef:

—En cuanto vuelva al lado de Hanneh, la hermosa entre las hermosas, la enseñaré a convertir el jugo de la vid en sangre de la tierra, pues un sorbo de ésta hace olvidar todas las penas de la vida. ¡Alá es grande y Mahoma es su Profeta!

## CAPÍTULO 10

### El mesonero robado

Los países que se hallan bajo el dominio del Sultán tienen la particularidad de no coincidir con los mapas, que se hallan muy distantes de la realidad, como suele experimentar el viajero a su costa, cuando se ve precisado a utilizarlos.

Para ser buen cartógrafo se necesita mucha práctica; pero aun así se ve uno a veces en el mayor apuro si comete la torpeza de entregarse confiadamente al incorrecto y engañoso mapa.

Así, por ejemplo, se ve en los mapas un trazo doble que parte de la famosa y antigua ciudad de Seres, en dirección Norte hasta Demir-Hisar y Petrovich y de éstas hacia el Nordeste por Ostromcha e Istib hasta Kóprili y Uskub. Se colige naturalmente que el doble trazo indica una carretera ancha y bien afirmada... y no hay nada de esto.

De carretera, tal como se entiende en nuestros países, no se hable siquiera. Cuando salimos del desfiladero lateral para penetrar en el valle de Strumitza, sabía yo perfectamente que, a juzgar por los mapas, había de hallar una hermosa carretera a lo largo del río; pero en lugar de carretera lo que encontramos fue algo que a duras penas merecería nombre de camino vecinal en tierras occidentales. Los senderos que nuestros campesinos utilizan para ir a sus labores están mejor trazados y conservados.

Desde el punto en que penetramos en la mal llamada carretera tuvimos que andar próximamente cinco horas para llegar a Ostromcha, que era el objeto de nuestra jornada de aquel día, a fin de no matar a nuestros caballos.

Yo había visto años atrás una antigua geografía de Turquía dedicada a Su Alteza Real Carlos, Príncipe Primado de la Alianza Renana, Gran Duque de Fráncfort, arzobispo de Ratisbona, etc., con las palabras consagradas de «magnánimo príncipe alemán, estimulador y amante de las ciencias y protector de los sabios». Pensando en aquel libro, camino de Ostromcha, recordé que en él se citaba esta villa como situada en la ladera de una colina en cuya cúspide había un antiguo y arruinado castillo. En los alrededores se celebraba en otro tiempo una feria famosa y al pie del monte había unas termas muy visitadas. Pero ¿quién iba a fiarse de un Panorama de la Turquía Europea del año 1812?

Por anotaciones más modernas sabía yo que Ostromcha tenía de siete a ocho mil habitantes, casi todos turcos y búlgaros dedicados al cultivo del algodón y del tabaco. Con tantos y tan distintos datos tenía verdadera curiosidad por conocer la villa.

Por desgracia, Halef seguía resintiéndole el pecho. En la aventura del palomar debió de sufrir alguna contusión interna que, sin ser de gravedad, le causaba muchos dolores, soportados por él sin lanzar una queja; y esto me obligó a poner los caballos

al paso a fin de que el viaje le fuera más cómodo.

A la izquierda del río se extendía una gran llanura, que iba elevándose paulatinamente hacia los montes Velitza y a la derecha caían como cortadas pico las alturas de Plachkavitza-Planina.

Llegamos a Radova, poblado mísero, cuyos habitantes se consagran en absoluto al cultivo del café, y pasando un viejo puente continuamos carretera adelante por la orilla opuesta. Como íbamos despacio no llegamos hasta el mediodía a Dabila, que era nuestra última parada antes de llegar a Ostromcha.

Yo había observado varias veces que Halef apretaba de cuando en cuando los labios, por lo cual, al cruzar el pueblo buscando con la vista un parador donde descansar, me fijé en una pared larga y ruinosa detrás de la cual había varios edificios, y con un ancho portalón que daba al patio y sobre el cual se leía en turco este rótulo: *Mekian rahatün ile eminlikün ile huzurmr*, que me asombró en extremo. Una muestra o rótulo sobre un *jan* turco es cosa tan extraordinaria que me llamó la atención. Traducida a nuestra lengua decía: Hospedería del Reposo, de la Seguridad y de la Comodidad. ¿Me fiaría de tan halagüeña invitación?

—¿Quieres que paremos aquí? —pregunté a Halef.

—Como quieras, *sidi*; sólo apetezco tu voluntad.

—Pues vamos adentro.

Entramos en el patio, encerrado entre varios edificios y la tapia ya mencionada. En el centro del mismo había lo que suele llamarse «mina de oro del agricultor», o sea el estercolero. A juzgar por la altura y extensión de aquella mina, su dueño debía de nadar en la opulencia, pues todo el corral tenía derecho al dorado apelativo según vimos al cruzar el dintel. Allí empezaron los caballos a chapotear en un mar de desperdicios animales y vegetales, cuya presencia se hizo perceptible a nuestro olfato de manera poco grata.

—¡Ay, qué aromas! ¡Qué deleites se ofrecen a nuestras narices! —exclamó Halef—. Bien reza la muestra al llamar a ésta la hospedería del Reposo. El que se eche en este corral cae realmente en blando. ¿Quieres probarlo, *sidi*?

—Como eres amigo y protector mío, te cedo la preferencia —le contesté riendo.

Nuestro diálogo se vio interrumpido por una jauría de perros, que se precipitaron ladrando contra los invasores, como si tuvieran gana de saciar su apetito en nosotros. Piqué entonces espuelas y lancé a Rih sobre los mastines, que se desparramaron como por ensalmo.

En el patio no había alma viviente. Los edificios que lo rodeaban parecían destinados a fines agrícolas, mientras que el principal debía de servir de vivienda y hospedería, aunque no daba señales de que nuestra suposición fuese cierta. En los muros había aberturas con maderas, pero sin cristales, y no logré descubrir tampoco ninguna chimenea. La puerta era estrecha y baja como la de un chamizo, pero, no obstante, echamos allí pie a tierra.

Por fin apareció un ser humano en el umbral, pero sin que pudiéramos columbrar

su sexo, ya que llevaba unos calzones rojos muy anchos atados a los tobillos y nos fue imposible descubrir si usaba botas o no; pero de que sus extremidades eran negras no cabía duda. Desde el cuello descendía una especie de ropón que le llegaba hasta las rodillas y estaba sujeto a la cintura con una correa. Supuse que debió de ser de dril blanco, pero entonces podía pasar por la blusa de un pintor de brocha gorda que hubiera servido a diez generaciones del mismo oficio.

El rostro, lo mismo que el cuello de aquel ente indefinido era largo y delgado como una soga, y ni uno ni otro habían tenido aún contacto alguno con el agua y el jabón. La cabeza se movía de un lado para otro como falta de base, a modo de pagoda china, y bajo el harapo que la cubría asomaban unas guedejas grises.

—Buenos días —le dije—. ¿Quién eres?

—Soy la criada mayor de la casa —contestó con arrogancia la interpelada.

—¿Dónde está el amo?

—Adentro —y con el dedo señaló al interior de la casa.

—Voy a entrar a saludarle.

—Está bien, señor.

Y se hizo a un lado dejándonos paso franco. Yo tuve que inclinarme para no dar con la cabeza en el dintel de la puerta. La casa carecía de pasillo; sólo constaba de cuatro paredes y su techado era de paja. El interior estaba dividido en varios compartimientos por medio de esterillas de junco trenzado.

—A la izquierda —nos advirtió la criada.

Seguimos la indicación y entramos en una habitación en que tampoco hallamos al dueño. Por las aberturas de la pared entraba la luz del día, pues las contraventanas estaban abiertas de par en par. En el centro había una mesa rodeada de bancos, todo recién fregado y tan aseado que me sorprendió agradablemente, pues a juzgar por el aspecto de la criada no era de esperar tanta limpieza. Como no descubrí cuadro religioso alguno, hube de pensar que el amo de la casa sería mahometano.

En las aberturas que hacían las veces de ventana había unos cuantos tiestos con flores, que daban a la estancia un aspecto muy simpático, y la tinaja estaba tan limpia que convidaba a echar un trago.

Con el puño del látigo di unos golpes sobre la mesa, que hicieron que se abriera un poco la esterilla de división y apareciera un hombre preguntándonos qué queríamos.

Iba vestido a la turca y cubierta la cabeza con un fez rojo. Era alto y grueso y llevaba una gran barba muy espesa, que le caía hasta el pecho y le daba aspecto majestuoso.

—¿Hablo con el hostelero? —le pregunté.

—Sí, pero ya no hospedo a nadie —me contestó.

—Pues, entonces, suprime la muestra de la puerta.

—Hoy mismo haré que la cubran con una buena capa de cal —respondió en tono tan malhumorado, que comprendí que le debía de haber ido mal el negocio.

—No venimos a alojarnos en tu casa; sólo deseamos tomar un refresco y descansar un poco.

—Perfectamente; os serviré lo que queráis.

—¿Qué refresco tienes?

—*Raki* y muy buena cerveza, que os recomiendo.

¡Cerveza! ¡Esto sí que era extraño!

—¿Quién la fabrica?

—Yo mismo.

—¿Cómo la conservas?

—En grandes cántaros. Todos los días hago la que necesito para el consumo diario, pues a mi servidumbre le doy también.

Este dato dejaba de ser ya una recomendación y así debió de expresarlo mi cara, pues el hombre continuó:

—Puedes probarla, está recién hecha.

El hostelero creía, por lo visto, que la cerveza es tanto mejor cuanto menos tiempo lleva de fabricada. Aunque yo soy de opinión contraria, encargué que me sirviera la extraña bebida que él denominaba cerveza y que me inspiraba gran curiosidad.

Al poco rato vino con un cántaro, que dejó encima de la mesa, diciendo:

—Pruébala.

Cogí el cántaro con las dos manos y me lo llevé a la boca. El líquido no tenía mal olor, y después de paladearlo eché un buen trago y luego otro más largo. Era una especie de cerveza de Múnich, aunque clara, muy clara, con un volumen de agua quintuplicado, pero grata al paladar. Un recurso contra la sed y nada más.

Mis compañeros expresaron su contento al trabar conocimiento con el cántaro, acaso por no ser menos que yo, y esto satisfizo extraordinariamente al bueno del mesonero, cuyo rostro sombrío fue despejándose paulatinamente, al observar:

—Sí, sí. Yo soy el propio cervecero y aquí no hay nadie que pueda hacerme la competencia.

—¿Quién te ha enseñado a prepararla?

—Un extranjero, procedente de la tierra de la cerveza, que después de haber trabajado en Estambul como zapatero, vino a parar a mi casa. Como en su país todos son cerveceros, entendía muy bien la fabricación de su bebida nacional. El pobre llegó tan necesitado, que le socorrí y pasó en mi casa una temporada sin llevarle yo nada. A cambio de este favor que yo le hice, me enseñó el modo de fabricar la cerveza.

—¿Cómo llamaba él a su tierra?

—Recuerdo que sonaba a Elanca.

—¿No sería Erlangen?

—Eso mismo. ¿Conoces esa comarca?

—Sí la conozco; pero Erlangen no es una comarca, sino una ciudad de Baviera.

—Justamente, mi protegido era bavarialy, y Bavaria es una parte de Alemania en que se bebe la cerveza como aquí el agua. Hasta los niños de teta la piden a gritos.

—¿Te contó eso el zapatero que dices?

—Sí, él fue.

—Como no le conozco no puedo decirte si bebió él cerveza al nacer, pero a lo menos ha demostrado que su bebida favorita no le ha hecho ingrato. ¿Podrías servirnos un bocado de algo?

—Sí, todo lo que quieras.

—Dime lo que tienes.

—Pan, carne, aves, de todo esto hay abundancia; de modo que puedes escoger.

—¿No podrías hacernos un plato de huevos?

—¡Claro que sí!

—¿Quién lo preparará?

—Mi mujer.

—Que no será la *bach chariyé* que hemos visto en la puerta.

—¡Ca, no! Ya sé por qué lo preguntas. Es la criada mayor y la más trabajadora, que se dedica al corral y el huerto, y no interviene para nada en la cocina.

—Entonces, encarga el plato de huevos, a ver si nos gusta.

Se fue a cumplir mi encargo, mientras mis compañeros daban evidentes muestras de satisfacción al saber que el oficio de la del indefinido sexo se limitaba a los quehaceres del exterior.

Al volver el hostelero se sentó a nuestro lado y después de observarnos con la misma insistencia de antes, acabó por decirnos:

—La verdad es que no os he recibido muy bien; pero no debéis tomarlo a mal. Hay gente que me hace entrar en ganas de cerrar el mesón de una vez.

—¿Te han dado algún chasco?

—Cuando llegabais vosotros acababa de tener un disgusto.

—¿Qué te ha pasado?

—Que me han robado.

—¿Gente alojada en tu casa? ¿Cómo ha sido?

—Os explicaré el caso. Yo cultivo bastante tabaco, que vendo después a un comerciante de Salónica. Ayer vino éste, se llevó la hoja que tenía almacenada y me pagó el último plazo de la cosecha anterior, o sea cien libras. En el momento en que contaba las cien monedas de oro sobre la mesa, entraron tres viajeros, preguntando si podían pasar la noche en mi casa. Yo les recibí muy bien y fui a guardar mi dinero en mi alcoba, de donde ha desaparecido.

—Pero ¿cómo pudieron hacerlo? ¿Tan fácil es penetrar en tu cuarto? ¿Tiene también tabiques de esterilla como éstos?

—Nada de eso; precisamente está en el lado opuesto de la casa y tiene buenas paredes de ladrillo, que llegan hasta el techo. Además la puerta es sólida y chapada de hierro. Tomo esas precauciones porque allí guardo todo lo que tengo de algún valor.

—Entonces ¿cómo pudieron penetra los ladrones, y cómo averiguaron que guardas allí tu dinero?

—Has de saber que aquí todos los tabiques son de junco trenzado y fáciles de abrir, y así es muy posible que alguien me siguiera, observara dónde iba a guardar el dinero, por el patio adonde da la ventana de mi alcoba. Precisamente al salir de ella me pareció oír ruido y al asomarme a la ventana, oí pasos de alguien que se alejaba. Cuando volví aquí no encontré más que a dos de los viajeros y sólo al cabo de un rato volvió el otro.

—¿Y no te llamó eso la atención?

—Entonces no le di importancia, pues los pasos que oí en el patio podían ser los de algún criado que estuviera trajinando por allí. Sólo cuando descubrí el robo recordé ese detalle y al interrogar a la servidumbre logré poner en claro que, en efecto, uno de los obreros había ido a aquella hora al aprisco de las ovejas, que está a espaldas de la casa, y topó con el viajero que volvía de la parte de mi dormitorio.

—¿Sabes en qué forma se llevó a cabo el robo?

—No logro adivinarlo. Al ir a acostarme era ya bien pasada la media noche. Habíamos estado jugando después de cenar, y cuando fui a añadir mis ganancias al resto de mis ahorros, al abrir el cofrecillo me lo encontré vacío.

—¿Lo dejaste cerrado con llave?

—Sí, señor.

—¿Y el dormitorio también?

—No; al dormitorio no le echo nunca la llave, pues mi mujer y mis hijos entran y salen cuando les parece y sería muy molesto tener que abrir y cerrar continuamente.

—¿Dices que ganaste en el juego?... ¿Con quién jugaste?

—Con los tres viajeros.

—¿También con el tratante de tabaco?

—Ése se fue antes de anochecer. Los viajeros no tenían ganas de dormir y me preguntaron si quería jugar un rato con ellos. Accedí y les gané una libra; luego me convidaron a unas copas de *raki* y fue tanto lo que me animaron a beber, que acabé por marearme y dejar el juego.

—¿Y fue entonces cuando te retiraste a guardar tus ganancias?

—No, antes hicieron que les abriera la puerta, pues dijeron que no valía ya la pena acostarse, ya que pronto sería de día y preferían continuar el viaje. Me pagaron con esplendidez el gasto que habían hecho y se fueron.

—¿Adónde? ¿No te lo dijeron?

—Salieron hacia Doirán.

—Es decir, hacia el Sur, por Turkoi y Olivetza... ¿De dónde venían?

—De Menlik.

—¡Ah! ¿Conque de Menlik, y eran tres? ¿Podrías decirme cómo eran?

—¡Ya lo creo, si me pasé cerca de seis horas jugando con ellos!

Me dio la corazonada de que aquellos rateros y mis perseguidos eran unos

mismos sujetos; por lo cual añadí:

—¿Te fijaste en sus caballos?

—Sí; los tres eran tordos.

—¡Admirable, delicioso! —exclamó Halef entonces—. *Sidi*, me lo dijo el corazón en cuanto entramos.

—No me asombra, pues eres el amigo agudo y el defensor precavido de tu amo.

—¿Qué presentimiento es ése? —me preguntó el hostelero.

—Algo que también llegará a interesarte a ti —le contesté—. Por de pronto, dinos todo lo que sepas de esa gente.

—¿Entonces se relaciona con los ladrones?

—Claro que sí.

—Pues interrógame y te contestaré lo mejor que pueda.

## CAPÍTULO 11

### Dos pájaros de cuenta

El rostro del hostelero había cambiado de expresión; las palabras de Halef le habían hecho sospechar que teníamos algo que ver con los rateros, y estaba pendiente de nuestros labios, como si de ellos hubieran de fluir palabras de esperanza para él. Yo insistí:

—De modo que ya se habían ido cuando descubriste la falta del dinero. ¿Y no se te ocurrió recelar de ellos?

—No; desperté a toda mi gente para interrogarla, aunque sé que no son capaces de semejante hazaña, pues todos son honrados a carta cabal. Yo, no obstante, los registré a todos, sin encontrar el más ligero indicio que pudiera inspirarme dudas, y entonces caí en la cuenta de que pudieran ser los viajeros. Por uno de los jornaleros supe que mientras estaba yo en mi cuarto había visto él a uno detrás de la casa, en el sitio adonde da la ventana de mi cuarto.

—Sin embargo el robo no se realizó entonces, sino mucho más tarde.

—Eso mismo digo yo.

—También creo que hubo más de un ladrón. ¿No recuerdas si viste ausentarse a dos a la vez?

—Sí, ahora recuerdo que faltaron dos; pero entonces no me chocó.

—¿Fue temprano o tarde cuando te diste cuenta?

—Antes que se acostara mi familia.

—¿Duermen todos en tu cuarto?

—Todos.

—Entonces el robo debió de cometerse antes que se acostaran. Los ladrones procedieron con acierto; pero ¿cómo conseguirían que ninguno de la casa los sorprendiera?

—Muy sencillo; uno de esos pilletes se puso a hacer juegos de manos con unos naipes, y como eran tan curiosos y los hacía con tanta limpieza, llamé a toda mi gente para que se distrajeran un rato. Mientras nos tenía embaucados con sus habilidades, desaparecieron los otros dos sin que nos diéramos cuenta, y cuando estuvieron de vuelta, el prestidigitador alegó que no le quedaba más que enseñarnos. Entonces se retiró todo el mundo y yo me quedé a jugar como ya te he dicho.

No hay que admirarse de que hasta en las apartadas aldeas turcas se rinda culto al juego, pues ya había presenciado yo empeñadas partidas de naipes, así como habilidosos juegos de manos, tan bien ejecutados como no lo haría el más diestro prestidigitador de nuestras tierras. Se llevan la palma en este punto griegos y armenios; el turco legítimo no suele tener la paciencia suficiente que requieren los

ejercicios continuos hasta lograr tal maestría. Doy estos datos para que sepa el lector que no me sorprendió poco ni mucho que en el mesón de Dabila se diera una sesión de juegos de manos; pero tenía mucha curiosidad por saber cuál de los tres viajeros se había hecho admirar como prestidigitador.

El mesonero me lo describió tan detalladamente que deduje que debía de ser el carcelero fugado, y que Manach el Barcha y Barud el Amasat cometieron el robo, encargando al primero que distrajera a aquella gente.

Interrumpió el mesonero la conversación, al ver que nos traían la comida, diciendo:

—No quiero estorbar. Cuando acabéis de comer seguiremos hablando. ¿Quieres que dé a los caballos agua o pienso? Precisamente tengo maíz bien preparado.

—Sí; dispón que los atiendan y encarga al mozo que los desensille y les dé un buen lavado. Eso refrescará a los pobres animales que nos traen desde Edreneh sin haber descansado apenas.

—Detrás de la casa tengo un estanque con agua clara y limpia. Si te parece podrían bañarlos.

—Me parece muy bien.

El mesonero, no obstante la basura que llenaba el corral, parecía ser un labriego emprendedor y entendido para lo que se estila en aquellas tierras. Las cien libras que le habían robado era sólo una parte de su cosecha anual, y denotaban que gozaba de un buen pasar, tanto más cuanto que había podido disponer de terreno suficiente para permitirse incluso tener un estanque pecero. Además, parecía vivir de modo muy distinto que el resto de la población, según me demostró al servirnos la comida, como también la circunstancia de no tratarnos como a viajeros vulgares.

La comida, que nos fue servida por dos mozos muy aseados, constaba de varias tortillas humeantes y apetitosas, acompañadas de melón conservado y de frutas frescas. Las tortillas descansaban en fuentes de loza blanca y limpia y sólo las tajadas de melón en fuentes de barro vidriado.

Cuidó el mesonero de que nos atendieran bien, y cuando el mozo colocó en la mesa un cestillo con los cubiertos, le dijo:

—Dile a tu ama que te dé cuatro servilletas y cuatro toallas. Nuestros huéspedes son caballeros distinguidos que han corrido mucho mundo y no quiero que digan que en casa del *konakchy* Ibarek se les ha dado mal trato.

Ibarek era, por tanto, el nombre de aquel hostelero excepcional, que incluso nos daba lencería de mesa y tocador. ¡Gracias a Dios que volvíamos a gozar de los refinamientos de la civilización!

Durante la comida observé que llevaban los caballos al estanque, mientras que el mesonero, usando de la cortesía del buen musulmán, nos dejaba que comiéramos sin testigos de vista. En cuanto hubimos terminado, volvió y dio orden a los mozos de que quitaran la mesa y trajeran un aguamanil. Era éste de loza y pudimos utilizar entonces las toallas.

Una vez que nos hubimos aseado, nos invitó el mesonero a tomar otra vez asiento, animándonos a vaciar el cántaro para llenárnoslo de nuevo; mas yo rechacé el ofrecimiento, diciéndole:

—Preferiría que me enseñaras el armarito de donde te robaron el dinero.

—Ven conmigo.

Echamos a andar, seguidos de Halef, cuyo espíritu investigador le impedía quedarse atrás, como sus compañeros. El hostelero apartó un poco los dos delgados tabiques de esterilla y nos hallamos ante la puerta de un dormitorio que seguía abierta. Una vez dentro noté que tenía un cerrojo que se podía correr y descorrer a voluntad. En la alcoba no había camas y sólo a lo largo de las paredes corría una armazón de tablones con unos cojines encima de los cuales debía de dormir la gente con la ropa puesta, en verano sin cobertores y en invierno cubiertos con mantas y pieles.

Esta mala costumbre de no usar ropa de cama y no cambiarse casi nunca la que se lleva puesta no sólo es causa en Oriente de infinidad de enfermedades, sino también de la abundancia y multiplicación de esos parásitos sanguinarios que un magnate húngaro, ignorando sus nombres latinos de *pulex* y *pediculus* denominó con los extraños epítetos de *hophop* y *krappele*.

La habitación, de paredes encaladas, tenía sólo una ventana enfrente del armarito que servía al mesonero de caja de caudales.

—Ahí tenía el dinero —observó el amo de la casa, señalando al pequeño mueble—. Lo he vuelto a dejar tal como estaba antes del robo.

—Ábrelo —le dije.

Sacó entonces una llavecita y lo abrió. Estaba absolutamente vacío. Yo examiné la cerradura y la llave, que no eran de fabricación vulgar ni sencilla. Al preguntarle quién las había construido, me dijo que un herrero de Ostromcha. Comprendí que el mueble no había podido ser abierto por medio de gancho o ganzúa. Después examiné el cofrecito donde el mesonero había colocado el dinero y me pareció más inexplicable todavía el robo.

—¿Estás seguro de que estaba cerrado? —insistí yo.

—Segurísimo.

—¿Sólo contenía dinero?

—También estaban las joyas de mi mujer y unas bagatelas de oro y plata.

—¿También se las llevaron?

—Sí.

—Eso demuestra que no pudieron entretenerse en elegir, y como esto estaba oscuro, no podían distinguir lo que era de valor y lo que no lo tenía.

—Los collares y adornos de cabeza eran de monedas grandes y pequeñas de oro y plata, como pudieron adivinar por el tacto; lo demás eran hebillas, alfileres y sortijas, todo de valor.

—Pero que pueden facilitar el descubrimiento de los culpables; por eso los

ladrones expertos no suelen llevarse esas cosas. Al no dejarlos donde estaban han demostrado que no son bandidos de profesión y que no saben el oficio. Conviene averiguar ahora cómo lograron forzar el armario.

Fui a examinar de nuevo el mueble, pero ya se me había anticipado Halef, quien exclamó:

—Ya lo sé, *sidi*, mira.

Y señaló al interior, donde vi que, en efecto, la tabla del fondo estaba un poco suelta. Me fijé en la forma en que estaba colgado de la pared, y vi que no estaba sujeto a ella sino que pendía simplemente de un clavo, del cual podía descolgarse con gran facilidad.

Así lo hice yo, y me convencí de que para saquearlo habían levantado la tabla posterior, pues aún se veían las señales producidas por la punta del cuchillo que habían empleado al efecto. Las distintas partes del mueble no estaban unidas por clavos, sino por el sistema llamado de galvanización artificial, de modo que al saltar la tabla posterior debió de hacer bastante ruido; y así pregunté al mesonero:

—¿Pero de veras no oísteis nada?

—Nada, absolutamente.

—Pues tuvo que producir un fuerte chasquido. ¿Metíais mucha bulla en la sala?

—Nada de eso, estábamos todos tan embobados con los juegos de manos, que no se oía una mosca. Acaso cerrasen la puerta por precaución.

Me acerqué a la ventana y vi que ésta era lo suficiente grande para dar paso a un hombre delgado, cuanto más al armarito, dado su exiguo tamaño.

—Vamos fuera —dije, echando a andar hacia la parte posterior de la casa; y volviéndome al mesonero añadí—: ¿Has examinado ya el terreno debajo de la ventana?

—¿Para qué? El robo se cometió en el cuarto donde estaba el dinero. Aquí no había de encontrar nada.

—Acaso no habría estado de más. Yo te lo diré dentro de poco. Por de pronto no me sigáis, pues me borraríais las huellas que busco.

Se quedaron en el sitio donde estaban y yo, solo y con infinitas precauciones, estudié la situación de la ventana. Pegada a la pared había una gran mata de ortigas, que al pie de la ventana estaba muy pisoteada.

—Mira —dije al mesonero—; esto prueba claramente que alguien ha saltado por aquí.

—Hará días; alguno de mis hijos, seguramente.

—Nada de eso, está bien dibujada la huella de un pie de hombre en el suelo; y es huella reciente, como demuestran las ortigas pisadas, que por lo que deduzco debían de estar ayer erguidas y lozanas. Lo mismo digo de las pisadas en el suelo, pues sus delgados rebordes estarían ya secos y desprendidos si no fueran muy recientes.

—¡Cómo adivinas las cosas! —murmuró el hostelero con visible asombro.

—Para averiguar eso basta tener la vista clara y discurrir un poco. Mira, aquí

estuvo apoyado el mueble, que seguramente se mancharía de tierra, pero que los precavidos granujas limpiarían, a pesar de la oscuridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no he visto rastro de tierra en el armarito; la cosa no puede ser más sencilla. Pero sigamos inspeccionando...

Miré y remiré el terreno, pero en vano. Entonces saqué mi cuchillo de monte y fui separando con él las ortigas, por si entre ellas se ocultaba algo. Mi trabajo no fue ineficaz, pues entre las hojas vi brillar algo en dos puntos distintos, y fueron un anillo con una turquesa y un pendiente de oro de pulgada y media de diámetro, como suelen llevarlos las mujeres en aquel país.

—Fíjate —le dije entonces al hostelero—. Aquí se han dejado algo esos granujas. ¿Conoces estos objetos?

—¡Son de mi mujer! A ver si encontramos el otro pendiente.

—Busquemos, pues.

Pero fue inútil, porque no se encontró nada más y tuvimos que contentarnos con saber cómo se había llevado a cabo el robo.

Volvimos a la casa para seguir discutiendo el asunto; pero antes de sentarnos fuimos a echar un vistazo a los caballos. Después de bañarlos en el estanque habían vuelto a ensillarlos y con sendos sacos de maíz triturado seguían a la orilla del agua. Dije a los mozos que los dejaran allí, donde no había tantas moscas ni tábanos como en el sucio corral, y fue gran suerte que lo dispusiera así, como se verá más adelante.

En efecto, apenas nos habíamos sentado juntos a la mesa cuando vimos cruzar el corral, en dirección a la casa, a unos jinetes, de aspecto poco recomendable. Tampoco valían gran cosa sus caballos, y además estaban tan maltratados que escasamente valdrían sesenta y cinco pesetas en buena venta. Halef, al verlos, dijo el mesonero:

—Ahí vienen nuevos huéspedes.

—No recibo gente de esa clase; voy a despedirlos inmediatamente.

—Teniendo posada, no creo que puedas hacerlo.

—¿Quién me lo va a impedir? Soy dueño de recibir o rechazar a quien me acomode.

Disponíase a hacerlo tal como decía cuando yo, cogiéndole del brazo, le dije:

—Recíbelos.

—¿Por qué?

—Necesito saber lo que hable esa gente.

—¿Los conoces?

—Sí; pero cuida tú de que ignoren que estamos aquí, para lo cual debes evitar que nos vean, tanto a nosotros como a nuestros caballos.

—No es difícil; meteos en mi dormitorio hasta que se vayan.

—Mis compañeros lo harán; pero yo necesito espíarlos.

—No sé qué idea llevas; pero te ayudaré a ponerla por obra. Ven y te esconderé.

El mesonero me colocó detrás de uno de los tabiques de esterilla, en el que había

apoyadas varias gavillas de juncos, y me dijo:

—Métete entre estos juncos; por los claros podrás observar todo el cuarto. Colocaré a los forasteros de manera que no les pierdas una palabra, aunque hablen bajo.

—¿Y si registran esto para ver si los espían?

—Dispondré los haces de modo que les sea imposible hallarte.

—Bueno, sólo quiero advertirte que necesito salir antes que esos jinetes se dirijan a Ostromcha y que tú has de acompañarme.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Para quitar a los ladrones lo que te robaron.

—¿Pero estarán en Ostromcha?

—Así lo creo. Conque, manda ensillar tu caballo y ocúltalo con los nuestros para que no lo vean esos. En cuanto haya averiguado lo que necesito me deslizaré hasta tu dormitorio, y desde allí uno de los mozos nos guiará hasta el sitio donde están los caballos. Allí vendrás a reunirse con nosotros. Ahora vete, no vayan a sorprendernos.

Pudimos mantener esta conversación porque los recién llegados no parecían tener prisa por entrar en la sala. Echaron pie a tierra con suma lentitud y se dirigieron a uno de los edificios laterales, quizá «para ver si encontraban algo que pudiera aprovecharles», según dijo el mesonero antes de irse. Yo me instalé entre las gavillas lo más cómodamente que pude. Las juntas del tabique me permitían abarcar toda la habitación.

De pronto oí pasos.

—*Sidi*, ¿dónde estás? —me preguntó Halef desde el otro lado de las gavillas.

—Aquí. ¿Qué quieres? ¿Qué nueva imprudencia es ésta?

—No tengas cuidado, están ahora en la cuadra contemplando los caballos del amo de la casa. Dices que los conoces, ¿es posible?

—Claro que sí. ¿No los has conocido tú?

—No, *sidi*.

—¡Mentira parece! Tú que te las echas siempre de perspicaz, ¿no has reparado siquiera en la honda que le cuelga a uno de ellos del cinto?

—Sí que la he visto.

—¿Quién llevaba otra igual?

—No lo sé.

—Pues debieras saberlo. ¿Se te ha olvidado ya la aventura del palomar?

—¡Oh, *sidi*, no quiero recordarla siquiera! Cada vez que viene a mi memoria, me dan ganas de pedirte que me des unas bofetadas.

—Pero ¿no te fijaste en los dos desharrapados del rincón, que parecían hermanos?

—Ahora sí los tengo presentes y recuerdo que uno de ellos llevaba una honda. ¿Serán éstos?

—¡Vaya si lo son! Son caras de facinerosos que no se olvidan fácilmente.

—Ya dijeron entonces que iban a Ostromcha a avisar a tres fugitivos de lo que

habría sido de nosotros, incluso de si nos habían enviado al otro mundo.

—Eso quisieran ellos para cumplir el encargo que les dieron sus compañeros Manach el Barcha y Barud el Amasat.

—De manera que no han llegado aún a su destino, y que los tres pilletes a quienes perseguimos y que desvalijaron a nuestro hotelero creen que no les seguimos la pista. *Sidi*, permíteme que te dé un consejo.

—A ver.

—¿No sería obra meritoria que dejáramos inofensivos a ese par de grajos?

—Desde luego.

—Pues manos a la obra.

—Alto ahí; hay que discurrir primero el modo de hacer las cosas.

—Ya está pensado.

—Por tu parte, sí; a ver qué propones.

—Matarlos «un poco».

—Te guardarás muy bien.

—Sólo un poquito, hasta que amanezcan en el infierno. Eso no será muerte violenta.

—No quiero volver a oír tales disparates.

—Siempre se me olvida que eres cristiano. Si por ti fuera, salvarías la vida a tu peor enemigo. No olvides que estos dos harán todo lo que puedan para quitarnos de en medio. Si los dejamos que se reúnan con los otros tres que los aguardan en Ostromcha. Entre todos no pararán hasta meternos una bala en el cuerpo.

—Tendremos gran cuidado en no estorbar ese encuentro —contesté.

—¿Estás loco? —exclamó Halef sorprendido.

—Al contrario. Nosotros ignoramos el escondite de los otros tres; sólo sabemos, por lo que oímos en el palomar, que están en una antigua ruina; pero ¡ponte a averiguar dónde! Me temo que aun dando con ella no descubramos a los fugitivos. Por eso no quiero que a esos dos se les toque al pelo de la ropa por ahora, y conviene que no nos vean para que podamos seguirlos y observarlos en secreto. Ellos van a ser los que nos guíen para que sus cómplices caigan también en nuestras manos. Ahora lárgate y dile al mesonero que haga por retener a esa gente en la casa todo el tiempo que le sea posible en cuanto nos hayamos ido nosotros. Adviértele que debe tratarlos muy bien para que no lleven prisa por irse. Yo pagaré el gasto que hagan; que no les escatime nada.

—*Sidi*, me escapo, pues, en efecto, oigo sus pisadas.

Dijo estas palabra muy bajito y se deslizó por la pared como un duende.

En aquel instante penetraban en la sala los dos viajeros, muy asombrados de hallarla vacía. Entonces pude contemplar a mi sabor a aquel par de buenas piezas. Tenían ambos cara de presidiarios. Sus trajes eran, más que pobres, míseros, y tan sucios y rotos que daban asco; en cambio, su armamento era excelente y estaba muy bien cuidado. Uno, como he dicho, llevaba una honda pendiente del cinto y el otro un

arma terrible, que en otros tiempos usaban los serbios y valacos que huyendo de los turcos se internaban en las selvas, me refiero al famoso *czakán* de los haiducos, cuyo mango retorcido está cubierto de la áspera piel del tiburón. Conocía yo el arma de oídas, y había visto algunos ejemplares en las colecciones; pero nunca la había visto manejar y no sospeché entonces que tan pronto había de ser blanco de ella.

Los viajeros inspeccionaron detenidamente la habitación, mientras el hondero gruñía:

—No hay un alma. ¿Se figura esta gente que no vamos a pagar el *raki* que tomemos?

—¿Qué falta hace? —replicó el otro riendo—. Para eso nos fuimos a los montes y poseemos la *kopcha* que todos temen. Si se nos ocurriera no pagar, quién iba a ser el que se atreviera a exigirnoslo.

—¡No diga disparates! No somos más que dos y ese *Ibarek* es hombre de recursos, con muchos criados y jornaleros a su servicio, que darían buena cuenta de nosotros. Además, por unos tragos de *raki* no vamos a exponer la pelleja. Verdad es que es cosa fuerte que nadie venga a atendernos. ¿Nos tendrán por unos vagabundos?

—¿Es que somos otra cosa?

—Somos los héroes de las selvas y las montañas, encargados de vengar las injusticias sociales.

—Pues la gente, en vez de héroes, nos llama bandidos, cosa que me tiene perfectamente sin cuidado. Acaso esté la sala vacía porque esta buena gente nos esté observando por entre el enrejado de esterilla. ¡Mal les habrá de sentar el espionaje! A ver si acierto.

Recorrieron todos los tabiques divisorios y al acercarse al que sostenía las gavillas en que yo me ocultaba, refunfuñó uno de ellos:

—Entre estos juncos podía haber alguien. Probemos. Por fortuna, mi cuchillo está bien afilado.

## **FIN DE «LA HERMANDAD DE LA KOPCHA»**

VÉASE EL EPISODIO SIGUIENTE:  
**«EL SANTÓN DE LA MONTAÑA»**

# COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

**P**or Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

## **A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892).**

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*)
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

## **B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistan*, 1893).**

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

## **C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).**

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

## **D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).**

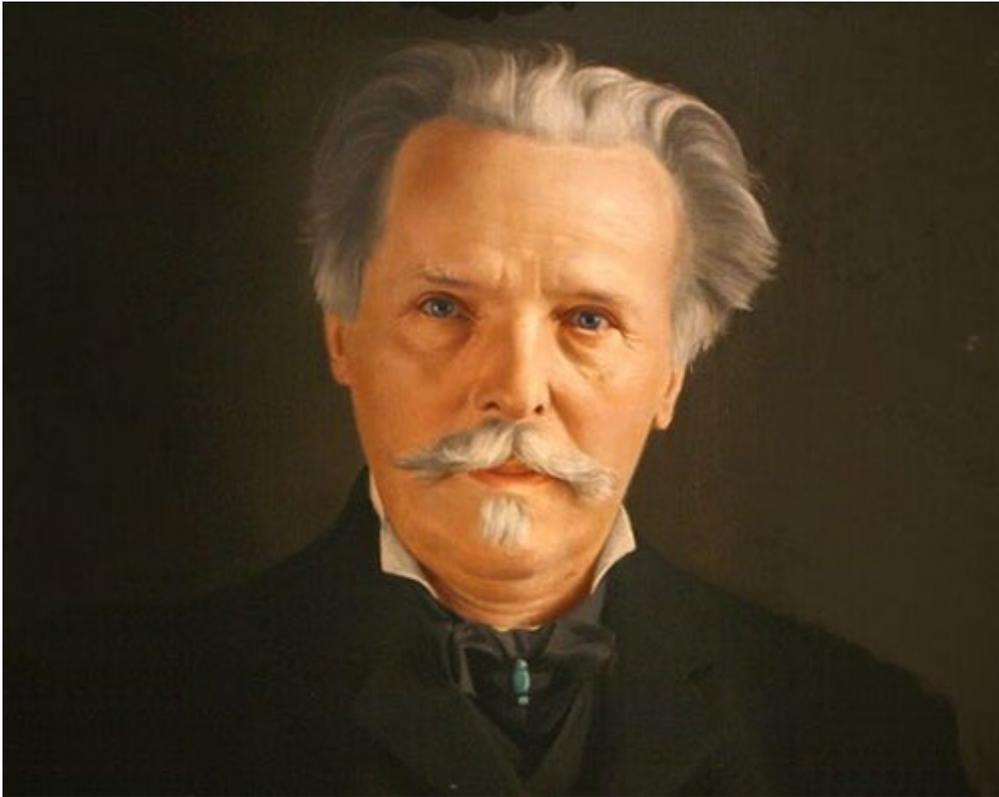
13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la Kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

## **E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).**

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

**F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).**

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 – 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachi Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

# Notas

[1] Palabra que significa «botón» en turco. <<

[2] *¡Esto es cosa del cielo!* <<

[3] Cosa del cielo, don de Dios. <<